Ya verás

Pedro Sorela

«¿Adónde vamos?», quiso saber Marina, que aún sentía su mano esquiando sobre su cuerpo.

Y Bernard le dio la única respuesta a la que ningún viajero se puede resistir: «Ya verás».

Imagine una novela que se desarrolla sobre todo en el aire. Imagine una joven elegante en cuyos ojos se refleja una ciudad en una fiesta para dar comienzo a la historia, un piloto con las uñas sucias que no es lo que parece y una muchacha que busca. Imagine el mundo, todo el mundo, «el que da vueltas por el velódromo del cosmos», propuesto por primera vez como un único escenario que de momento sólo una novela —ya no la imagine: la tiene entre las manos, es una novela de verdad— se atreve a proponer.

Tras *Aire de Mar en Gádor, Viajes de Niebla* y *Cuentos invisibles, Ya verás* cumple la promesa de su título y propone un mundo renovado por una original mirada literaria, escrito en un idioma nuevo, el castellano ágil y viajero de nuestro tiempo.

Pedro Sorela

Ya verás

Título original: *Ya verás*
Pedro Sorela, 2006
Revisión: 1.0
20/09/2020

Primera parte

Media historia del aviador y la tresmarina

Promesas a punto de aterrizar

¿Por qué comenzar justo ahí, con el fuego de una chimenea en la esquina de sus ojos y una ciudad abajo, tras los ventanales, con el millón de brillos de un botín desparramado por una alfombra?

Pues porque era uno de esos raros momentos en que de verdad comienzan las cosas. Una luna de navajazo escoltaba una caravana de nubes en fuga y de la ciudad subía la excitación de las noches de fiesta, cuando aún las mejillas de los hombres no raspan, las mujeres conservan su perfume y en el aire navegan las promesas de la noche como aviones haciendo cola para aterrizar.

Y porque a pesar de que miles de hombres entraban a esa misma hora en otros tantos salones a lo largo de la cordillera continental, un viernes de noviembre de hace unas décadas, sólo en ése los hielos de los *whiskies* dejaron de tintinear, la alfombra descalzó a los invitados, que callaron —al menos así la sintió Marina—, y luna y nubes detuvieron un instante lo que desde abajo parecía juego, pero era guerra. Fue pues uno de tantos armisticios de los que no hablan los periódicos —los periódicos nunca hablan de casi nada—, sólo para que ella, Marina, tuviese la serena certeza de que por fin sucedía lo que había esperado en secreto toda la vida, aunque supo que lo esperaba sólo al verle. O mejor: reconocerle. Y con tanta claridad que se preguntó si no se habría oído.

Pues sí, sí lo habían oído, al menos algunas de las otras mujeres, que oyen más, y Silvia, a su lado, no tardó en deslizarle:

—Cuidado —le dijo—, no se sabe muy bien de dónde viene. Y no te confundas: parece arrogante pero es un simple creído. Si te fijas, su pelo largo es ondulado, chuto. Igual su esmoquin: se nota

que es alquilado y la pajarita es de las que se ponen ya hechas. Yo lo vi ayer por la calle, junto a Ernesto. Iba con un saco de buen cuero, pero cuero negro, de chófer. Viene de Buenos Aires pero en realidad no es de Buenos Aires…

Marina no pudo saber si Silvia era o no sincera porque se encontraban justo en el primer acto, cuando las brujas avisan, los pájaros presagian y los prudentes aconsejan a los héroes, que no hacen caso: por eso son héroes. Por lo demás, que Silvia fuese bruja no hay duda. Sólo una bruja puede mantener una falda de tubo de color mostaza en el improbable equilibrio de no mostrar nada, sentada en un sofá bajo de cuero viejo, y a la vez desnudar unas piernas de color caramelo.

Marina intentó apartar los ojos pero no fue lo bastante rápida: quitó el ojo pero dejó el rastro, y él quedó descolocado, sin saber si era ella la que bailaba en el fuego de la chimenea, o era el fuego el que bailaba en la esquina de sus ojos.

Así, con una sospecha, comienzan las intrigas.

Hay que imaginar una fiesta en un típico salón del norte de Tres de Marzo esos años: un cuadro de cóndores y otro de hombres-globo de los dos pintores nacionales. Grandes ventanales sobre una ciudad sin límites en la que no se distingue qué luces son de mansiones y cuáles de chabolas. Techos bajos y tapetes persas retirados para el baile. Siempre se termina bailando, por entonces, en Tres de Marzo.

Y el juego más viejo, que, pese a que casi todos los asistentes tienen a un ex presidente en la familia, no se diferencia de otros sitios: música en inglés en los descansos de una orquestilla de bongos y acordeones bailables, jóvenes igualados por el esmoquin y mujeres brillando en vestidos cortos como para un anuncio de la felicidad, pollo al *curry* en bandejas de plata y mucho Johnnie Walker sello negro —o sea una versión alcohólica de la felicidad—, servido sin pausa por camareros de piel oscura y guantes blancos. Y en el aire un fuerte acento tresmarino de clase alta, que se reconoce

porque su vocabulario incluye palabras en inglés, no tanto por esnobismo sino porque ese mundo no existe en Tres de Marzo: *navegación a vela, esquí, Coral Gables, New York, Fifth Avenue…* Cosas por el estilo.

No así entre él y ella, y esa excepción contribuye, sin duda, a que esta historia no sea como las otras cien mil que comienzan esta misma noche.

Porque no hablan, Marina y el hombre con la pajarita ya hecha. O quizá sí hablan, aunque no se les oiga:

El finge que no la ha visto, al entrar, a lo que ella responde fingiendo que tampoco, pero no tarda en levantarse, quiere verle con disimulo, en silencio, mejor. Y cuando se arriesga a mirarle —aunque lo ha estado siguiendo con los ojos de la nuca—, lo ve embebido en Silvia, que le intenta seducir como una gacela puede intentarlo con un oso. Pero ¿no decía que tenía el pelo chuto e iba por la calle con chaqueta de chófer?, se pregunta. Es joven.

O sea que Marina se fuerza a bailar con uno de los guapos decorativos de todas las fiestas, y funciona: cuando vuelve a espiar, desde atrás del alto hombro de su pareja, lo sorprende a él mirándola con una especie de ironía. Y él, desde por encima de la cabeza de Silvia, evita dar vueltas y parece leerla: los ojos, que Marina tiene negros pero más bien inocentes y un poco agachados por las esquinas. La nariz, delgada, de las que traicionan los latidos de las aletas en ciertas circunstancias. La boca estrecha y con labios algo niños gracias a que sonríen un poco por las puntas. Y el pelo negro y flexible como noche líquida. Todavía no se sabe que, cuando se pone nerviosa, tartamudea.

Ella se siente como las modelos cuando un artista las recorta con un lápiz. Preferiría esconderse —no le gusta nada su pelo y para qué hablar de su tartamudez— y no puede. Su pareja de baile explica algo sobre músculos de coche y el tema le gusta tanto que se olvida de bailar, o sea que la mantiene bajo la mirada del otro. Que al coincidir con ella acentúa su sonrisa, la hace más abierta y, levantando la mano de la cintura de Silvia, con el dedo índice le hace por detrás una especie de bucle: «¿Después?», quiere decir.

Con las sonrisas pasa que nunca se sabe si llevan burla, ni cuánta, y eso se pregunta ella. Además, qué, después. Y después de qué.

«¿Después?», insiste él con otra sonrisa —algo con un raro equilibrio entre ironía y calidez—, y de algún modo aclara que después podrían bailar.

Ya no siente que le llueve por dentro y, mientras mariposas le despegan en el vientre, se las arregla para salir sola a la terraza. Allí él podrá buscarla, comentar que la luna está nueva (es aún el tiempo en que la luna nunca falla, en ningún idioma)…, sacarla tal vez a bailar. Mientras espera disfruta la noche fresca de Tres de Marzo, el placer imperial de tener a sus pies las brasas de una ciudad latiendo entre ruinas de nubes. Localiza su casa y otras —todos los invitados viven en el mundo visible desde ese *penthouse*—, pero termina por aceptar que la música ha cambiado ya varias veces y nadie ha venido a pedirle un baile.

Y aunque al entrar se hace la invisible, les ve. Bailan lento una música no tan lenta. Él ya no bebe en los ojos de Silvia porque tiene cerrados los suyos y la abraza, inclinado, y los dedos central e índice de su mano derecha ya han alcanzado el comienzo de la curva del culo.

Sí, el mismo índice que le dibujó un bucle de *después* en el aire.

Silvia alza sus brazos y le abraza, pese a que él le saca una cabeza, y no parece importarle que se le vea la sombra de las axilas, ni Y que el vestido amarillo le desnude sus piernas de caramelo por lo menos tanto como un vestido de baño. Silvia baila como bailan las caricias. Él apenas se mueve. Marina alcanza a sentir los pechos de Silvia contra él —pechos pequeños y firmes, como los suyos—, y en el estómago una nueva revolución: las mariposas que se marchan.

Agradece que hayan apagado las luces. Las únicas luces de la fiesta son las sombras creadas por el lejano resplandor de la ciudad que rebota en las nubes.

Nadie la ve cuando se va.

Y a la mañana siguiente la muchacha la saca de un sueño intranquilo para mostrarle una orquídea sudando en plástico y una nota:

Creía que teníamos una cita

La nota, escrita con pluma, lanza una historia a la que ella se resiste como un dramaturgo a quien sólo se le ocurre una novela. Manda devolver la orquídea, intenta seguir durmiendo, no puede, y cuando está bajo la ducha la llaman por teléfono. «Un señor con acento extranjero», dice la muchacha. No está ni va a estar en todo el día, manda decir, y por la tarde la alcanza un telegrama azul. Ni lo abre. Coge un maletín y, sin avisar a nadie, pues sus padres andan por Nueva York, se va a París.

Al regresar encuentra veintiún telegramas más y la casa llena de flores y colores. La muchacha, Consuelo, ya usa ollas de la cocina, donde caben más, y mezcla cosas que nunca se han mezclado, como petunias y cactus.

—¿También ha enviado cactus?

—Sí, niña Marina —responde Consuelo—, ayer —y no sin preocupación precisa—: Al principio orquídeas y al final cactus. Ay, niña: ¿qué le ha hecho usted?

«De momento nada», piensa Marina mientras se dirige al teléfono, «pero ahora me lo voy a comer. Qué se habrá creído ese guache».

No puede saberlo. Cuando al fin consigue el teléfono de su hotel, tras humillarse para preguntar dónde se aloja a tres amigos de la fiesta, en el hotel le dicen que se ha ido.

—¿De la ciudad?

—Sí, de la ciudad.

—¿Y no vuelve?

—No lo sabemos. Entra y sale, pero nunca deja dicho si va a volver.

La furia se le pasa de golpe, igual que cuando uno se enfada con una sombra. Ahora hasta el cactus le manda algo suave que no sabría nombrar. Esa noche, derrotada, coge uno de los telegramas y, quizá como una anciana que relee sus cartas antes de quemarlas, lo abre y lee:

QUÍTATE YA LOS TRAJES, LAS SEÑAS, LOS RETRATOS YO
NO TE QUIERO ASÍ, DISFRAZADA DE OTRA SÉ QUE
CUANDO TE LLAME SÓLO SERÁS TÚ

¿Tanto se le ha notado? Se pone tan roja como la vez en que, a los trece años, sus primos la sorprendieron probándose un sujetador de su tía sobre unos pechos que a ella le parecían blancas y exageradas picaduras de avispa. Coge otro telegrama.

Y ahí, por así decir, comienza una historia de amor que merecería una novela en el caso de ser esto una novela de amor, que no lo es. Baste saber que Marina fue abriendo los telegramas sin darse cuenta de que no eran bombones. Que los telegramas están hechos de literatura concentrada y han sido pensados para ser leídos de cuando en cuando: unos diez en la vida de un dentista, quizá treinta en el caso de exploradores o grandes delincuentes y los policías que les persiguen por el mundo. Así se explica que cuando terminó se encontrase algo febril, rara, y por la noche despertase de golpe, fuera descalza a la biblioteca, rebuscase un buen rato, pues había leído poco y mal, y en *El rojo y el negro* encontrase al fin, casi al alba, a los personajes de uno de los telegramas, que le sonaban, y que decía:

LA VIRTUD DE JULIEN IGUALÓ SU DICHA PUNTO Y COMA
ES NECESARIO QUE BAJE POR LA ESCALERA COMA LE DIJO
A MATHILDE CUANDO VIO EL ALBA…

Sólo entonces comprendió que los telegramas le habían ido trayendo exquisiteces de biblioteca. Todos ellos eran trozos, ecos, sombras de obras, como cuando Neruda escribe:

PARA QUE TÚ ME OIGAS MIS PALABRAS SE ADELGAZAN
COMO LAS HUELLAS DE LAS GAVIOTAS EN LAS PLAYAS,

y a ella le pareció que alguien se lo murmuraba al oído. Y cuando volvió a leer los versos:

MON BEL AMOUR, MA DÉCHIRURE, JE TE PORTE EN MOI
COMME UN OISEAU BLESSÉ[1],

esnob como era, de las que creen que el amor fue inventado para que las jóvenes pudieran practicar su francés, insomne y descalza sobre la alfombra persa de la biblioteca de su padre, sintió que todos esos versos eran profecías escritas para serle enviadas por correo y que ella las leyese esa noche.

No sólo. Horas después, molida por una búsqueda inútil de más mensajes cabalísticos en la lectura de *El rojo y el negro*, que logró localizar gracias a los nombres de Mathilde y Julien Sorel, no le quedó más remedio que acudir medio dormida a la puerta para recoger un envío que el mensajero insistía en entregar en persona. Era una llama. Se la enviaban desde el Perú. El animal la miró furioso, ella en cambio no. Por enfadada que estuviese la llama, ése era el mensaje que se había trasnochado buscando en *El rojo y el negro*. Puede que Bernard se hubiese ido al Perú. Pero se acordaba de ella.

Llamó Rita a la llama —Rita por *irritación*, «pero no se lo diremos a nadie», le prometió—, y la instaló en el jardín, a la espera de poder encontrarle un alojamiento mejor. Quizá en París…

La entrada de Bernard en la fiesta (se llamaba Bernard, según averiguó cuando lo buscó en el hotel, Bernard Surville), su leyenda, los telegramas, las flores, el cactus y la llama la fueron preparando para casi cualquier cosa, pero no para que, al cabo de unos días, le trajeran un piano.

—¿Un piano? —se sobresaltó.

—Sí. Un piano. Grandísimo —precisó Consuelo—. No sé si va a caber por la puerta, ni lo que va a decir la señora.

En efecto, cuatro operarios que parecían luchadores sudaban para meterlo. Se agitaban debajo del piano como merluzas empujando el cadáver de un cachalote. Apenas se les podían ver las piernas. Al fin lo instalaron en una esquina del comedor, y el comedor de la Navidad y los banquetes políticos de su padre cogió entonces un aire de café cantante. Marina despidió a los hombres con una propina y, al regresar al comedor a buscar algún tipo de mensaje camuflado entre las teclas, se encontró al cuarto hombre, de espaldas, tocando un do que podría ser un no. O un si. Si condicional, porque no sonaba.

—Está rota la cuerda —dijo el hombre, y hasta que no se dio la vuelta, porque aún no le conocía la voz, Marina no supo que era Bernard. Con canas teñidas y quitándose un bigote falso de camionero, pero el mismo Bernard que Marina había estado mejorando en el recuerdo con una nostalgia que no sabía que lo era.

Y que se portó en consecuencia. Porque Marina no había terminado de aceptar nunca las reglas que le proponían los hombres, primera ley de la seducción, y eso es algo que si no se ha hecho a los quince, no se empieza a los veinticuatro. Además, el disfraz de camionero era una máscara, que oculta pero descubre, y en él Marina creyó ver el lado *pelo chuto* y *chaqueta cuero negro de chófer* que le subrayó Silvia. ¿Y no había algo de eso en los envíos de flores al estilo petrolero, en meterse en su casa con el caballo de Troya de un piano que además estaba dañado? Había algo un poco lobo en todo ello. Por *lobo*, y antes de enfrentarse a fuerzas que no podía aún ni

imaginar, la clase alta tresmarina aludía por entonces a todo lo que se esforzaba en trepar hasta ella.

Desde niña Marina repitió que ella podía casarse con un hombre moreno, pelirrojo, bizco y hasta pobre (quería decir príncipe arruinado), pero nunca con un patán, un guache, un lobo. La simple idea de que su marido se escarbase los dientes con un palillo le erizaba el pelillo de la nuca, y la remota posibilidad de que comiese chasqueando o se agachase sobre el plato le daba vahídos.

Todo ello pesó en el instante en que Bernard se quitó el bigote de camionero y se vio que sus canas eran de talco, pero quizá no habría bastado para que Marina suicidara la historia antes de comenzar. La culpa la tuvo un vago efluvio que en su mundo marcaba una frontera tan alta como la cordillera, o más. Venía de dos manchas en los sobacos del mono de trabajo de Bernard. Si algo le habían repetido era que la gente como ella no suda —«sólo sudan los empleados»—, y si suda no huele. Además del humano deseo de cobrarle la mano en la frontera del culo de Silvia, el olor amarillo a sudor lo decidió todo.

—Muchas gracias —dijo—, llamaremos a un técnico para que arreglen el piano —fingía no reconocerle pese a la caída del bigote —. Mientras tanto vaya a la cocina y que le den algo de comer —y en cada sílaba de esta frase sintió cómo se tiraba por un barranco, y que no podría volver atrás ni aunque le salieran alas.

Ahí sigue el consabido baile de la gente resistiéndose al destino. Tendida en su cama fumando, Marina sólo consigue dormirse cuando toma la decisión de no aceptar nunca más ni pianos, ni animales malgeniados, ni telegramas, ni una flor, así sea una margarita silvestre.

Pero no tiene que rechazar nada, ni siquiera una llamada de teléfono, y tres días más tarde se encuentra con el mentón en una mano, sentada al piano, y el índice de la otra insistiendo en la tecla muda con una cadencia de gotera tras una tormenta. En la gota treinta y cuatro no puede más y llama al hotel:

—¿Don Bernard Surville? —pone el tono de las secretarias cuando llaman a su padre.

No está, ya casi ni viene. Pues sí, concede el recepcionista, ni siquiera sabe si aún reside en el hotel.

Cada precisión muerde a Marina, que ahora no sabe de dónde se sacó la estupidez suicida de enviarlo a la cocina a que le diesen de comer. Ni siquiera que sudase le parece ahora excusa (aunque ya no le está oliendo).

Encima oye chismes sobre el extranjero, que entonces en Tres de Marzo viajan con facilidad provinciana. Bernard ha estado en una fiesta pero no ha estado. Iba acompañado y solo. Hace tiempo que se ha marchado de la ciudad y sin embargo el martes le vieron caminando por la carrera Séptima con las manos en los bolsillos —llevaba al hombro la chaqueta de cuero negro—, y anoche se comía un helado a la salida del teatro Almirante.

Marina sufre y adelgaza porque no sabe lo suficiente. Ni siquiera si Bernard sigue en la ciudad, si se viste con cuero negro, mono azul o esmoquin alquilado. Ni si su mano ha progresado sobre el culo respingón de Silvia. Se teme lo peor.

O sea que un día que maneja a la deriva, lo decide en el rojo de un semáforo recortado contra el cielo de cinco minutos antes de la tormenta de las tres de la tarde y, por entre el aguacero de truenos que acude puntual a la rutina del invierno en Tres de Marzo, vuelve a París. En París siempre encuentra el equilibrio.

Pero esta vez no es tan fácil. Los paseos bajo la lluvia ya no la calman, sólo le rizan el pelo. En la chimenea ya no ve el baile de las llamas sino que oye crujidos de los troncos por entre el rumor de un avión que vuela bajo sobre su casa como un presagio. Aunque la regañan porque está más flaca, ni siquiera prueba la sopa de papa con maíz y aguacate, que es el recuerdo más antiguo de su vida. Se estanca en la primera página de *David Copperfield*, ahí donde se dice: «Para comenzar mi vida por el comienzo de mi vida…». Los cuadros, fantasmas y hasta el frío de la mansión familiar ya no le

devuelven su sitio en el mundo, ni siquiera cuando lee en un marco el papel viejo en el que Simón Bolívar acepta haber tomado prestados ciento cincuenta caballos para la Revolución de Independencia, que es el documento con el que su familia fundamenta una especie de orgullo de estirpe republicana. Montar a caballo —y eso sí que la alarma— ahora le da miedo. Romperse una pierna, teme, le podría impedir vivir una historia que le está reservada. Ni sospecha que rompérsela es quizá esa historia. Abandona la finca antes de lo previsto y regresa a Tres de Marzo.

Mas el mundo cambia cuando no estamos, aunque parezca que no, y la prueba es que, nada más entrar en la ciudad, Marina vio a Bernard caminando por la calle como si fuese la suya —mano en un bolsillo, mirada lejos y chaqueta de cuero doblada sobre un hombro, idéntico a los chismes—, y el miércoles, incapaz de quedarse en casa, se lo encontró en un torneo de canasta. Al otro lado de una mesa en la que se sorteaban las parejas del campeonato.

Lo que la impresionó es que era él y a la vez no, como si tuviese un mellizo. Al nuevo no era posible imaginarlo llevando el esmoquin en una fiesta con la facilidad de un pijama. Tampoco imaginar su mano en el borde del culo de Silvia, pues la mano del mellizo tenía uñas grises mal cuidadas y dos dedos sucios de nicotina. Los otros tres jugaban con una caja de fósforos con ritmo de gángster de película antigua.

Y así la miraba, con una ironía que parecía de metal.

—¿Qqué ha-haces aquí? —tartamudeó ella. También se le agitaban los ojos.

—Me aburría.

Se hablaban por segunda vez y volvían a mentirse. Si algo intuía Marina era que Bernard desconocía el aburrimiento, algo propio de niños, funcionarios y señoras aficionadas a la canasta, categorías en las que no entraba ni disfrazándose. Y menos su mellizo: barba de días con manchas canosas, chaqueta con dos vueltas al mundo sobre su espalda, y cierre de un ojo mientras barajaba las cartas con una

colilla en la esquina de la boca. Cortaron y ellos dos sacaron el siete y la jota de corazones que los convirtió en equipo.

—¿Ves? —parecía decirle él con su único ojo abierto e irónico —: Es inútil que nos resistamos.

Ella intenta no mirarle a los ojos que, en contra de lo que se cree, es por donde entran los hombres. Resulta engañoso decir *que juegan*, el juego no es más que música de ascensor, luminosa serpiente del tráfico en la noche visto desde un octavo piso, y a ella le cuesta creer que ese hombre que huele a tabaco negro la haya ocupado hasta el punto de no poder ni mirar un espejo sin verle. No comprende qué le atrae de un tipo con ojos desgastados de tantos mensajes que les envía a las mujeres —lo sigue haciendo con las otras jugadoras—, y unas manos de uñas grises y manchas de nicotina que hacen con las cartas cosas de circo, un tanto obscenas.

Incluso trampas. Marina lo pilla en una: lo ve repartiéndose una carta de debajo y luego comprende que era un jóker, el personaje comodín que incluso metiéndose un dedo en la nariz puede decidir una partida.

Enrojece pero no sabe qué hacer. No juegan por dinero y las trampas no están previstas en la canasta, un juego en el que es difícil ganar o perder por mucho. Aun así se esfuerza: Marina comete errores de primeriza y Bernard, que comprende, vuelve a hacer cosas con las manos y consigue dar a los dos unas cartas tan trágicas que nadie las creería en una novela. En una sola mano pierden el campeonato.

Al quedar solos, él le ofrece el mazo para que corte.

—Para qué —se niega ella—: Qué me quieres ganar con trampas.

Él se queda mirándola, sin perder la cálida guasa de los ojos.

—Casémonos —dice al fin.

Ella le mira y tarda en comprender que lo que oye es un aguacero sobre la marquesina del patio cubierto en que se encuentran.

—Estás loco —le dice.

—Sí, pero me voy a casar contigo.

—Estás completamente loco —repite.

Lo que ni puede imaginar ella es hasta qué punto.

Sólo de madrugada lo intuye de golpe, se incorpora en la cama, enciende la luz, y en camisón, como si comenzase una guerra, ahí mismo prepara un equipaje pequeño, de fugitivo.

Doce horas después el aguacero de las tres le ha dado a la tarde un aspecto de mañana, como si el amanecer repitiera de puro entusiasmo, y ya se anuncia el atardecer, que en el medio del mundo llega temprano y de golpe. Es pues uno de los trucos más famosos de la ciudad, cuando parece por la mañana pero es por la tarde, la tormenta se retira murmurando, derrotada por un arco iris difuso, y algunas luces adelantan la noche. Todo parece entonces posible.

Marina abre la puerta, creyendo que es el taxi del aeropuerto, y se encuentra con Bernard, que mira su maleta. No parece muy sorprendido.

—¿Adónde vas? —pregunta.

—A Nueva York —le dice. No le explica que allí están sus padres, en una misión inútil pero larga en la ONU. Tampoco le dice que confía en no pensar, aturdida por el ruido de Nueva York. En las tiendas arruinará a su padre, los edificios le recortarán la imaginación y en la multitud buscará la confianza en que los hombres no se acaban nunca.

Pero a él se le nota que comprende la causa de su viaje como si viniese escrita en el periódico, con lo que, pese al fresco de la tarde, a Marina se le incendian otra vez las mejillas. El destino aparece en ese momento disfrazado de taxi de película mala para permitirle escapar. Bernard coloca la maleta en el portaequipajes y en el mismo impulso se sienta junto a Marina.

Que nunca llegará a Nueva York.

Acaso sea cierto que no hay escenarios, sólo personajes que llevan el escenario ya puesto. Fue cierto con el taxi, al que Bernard

pidió que apagase la radio, y un taxi tresmarino con la radio apagada es ya como un país extranjero. Fue cierto con Marina, que al sentarse le notó a él a tres milímetros y alcanzó a sentir la tibieza de su cuerpo en la tarde ya fría. Se bajó la falda con sus dedos delgados. Marina se había vestido como les gustaba a sus padres, que todavía viajaban como para ir a una boda o a escuchar un testamento.

Luego quedaron un par de minutos sentados y en silencio. Se hubiese dicho una pareja ya acostumbrada a sí misma, pero no. Ella había envejecido de golpe al meterse en un traje sastre *beige* y L'Air du Temps, de Nina Ricci, un perfume que pone unos doce años de más. Él se había afeitado pero el cansancio de su chaqueta se le notaba en las ojeras.

Iban por un norte aún casero de Tres de Marzo, que ella conocía a fondo porque era su vida, guardaba recuerdos de casi cada una de las casas. Le contó algunos a Bernard, con un tono a caballo entre el guía turístico y la abuelita que recuerda, y en el parque de la 77 con la 11 señaló al procer bajo cuya estatua la besaron por primera vez, y al girarse encontró la boca de Bernard. Quizá la buscaba. Quizá se lo había contado para encontrar ese beso que esperaba desde que entró en la fiesta, aunque por una vez sin atreverse: eso era lo interesante, que con él no sabía aún si iba a hacer lo que ella quería.

Y así fue: Bernard le hizo con los labios cosas que ni de lejos habría sospechado en el beso del procer, diez años antes, y al final no sabía lo que le había pasado porque sentía el beso en todo su cuerpo, como si los labios tuviesen manos y éstas, sombras. Tardaría en recordar lo que ella misma había hecho.

Cuando tiempo después el taxi se detuvo y abrió los ojos, vio que ése no era el aeropuerto, no el de siempre, sino uno pequeño, unas cuantas avionetas alineadas bajo un techo de hojalata. Y a una de ellas, la más vieja sin duda, un viejo Aleros de los años cincuenta, la invitó a subir Bernard.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Marina, que aún sentía su mano esquiando sobre su cuerpo.

Y Bernard, ahí se vio su veteranía, le dio la única respuesta a la que ningún viajero se puede resistir:

—Ya verás.

Lágrimas sobre un periódico

Nunca un as de corazones repartido desde el sótano de la baraja tuvo consecuencias tan largas. Para empezar, nada más convertir Sixto Zuluaga sus dos parejas en un *full* de ases y dieces y ganar esa mano de póker —tampoco mucho: apenas el precio de una cena para ocho en el casino—, el conde de la Fresneraye se levantó y marchó antes de tiempo, no sin antes pagar su deuda de juego con un cheque silencioso. Cuando hizo lo mismo otro jugador, un barón que olía a perfume sobre sobaco, Zuluaga comprendió que no es que la partida hubiese terminado. Se había suspendido. Pero no alcanzó a ver las consecuencias de semejante hecho en el Deauville de esos años. El tercero, un armador de Nueva Inglaterra que quería parecer de la vieja, se quedó sólo el tiempo suficiente de darle un consejo, casi, de colega:

—¿Sabe navegar? —y sin esperar realmente una respuesta—: Cómprese un barco.

Pero Sixto Zuluaga vivía otra historia. «Así aprenderán a levantarme la nariz», se dijo como hubiese dicho un muchacho que acaba de tumbar a otro en el patio de un colegio. «¡A mí!», añadió con la soberbia de un descendiente de Sixto de Arellano, uno de los lugartenientes que fundaron Chile junto a San Martín en la batalla de Maipú, y Perú junto a Sucre en Ayacucho (por vía materna; por la paterna venía de un abuelo pastor de Guipúzcoa). Y se reunió en el Hotel d'Angleterre con los otros millonarios suramericanos que acudían cada temporada a Normandía desde París para tomar las aguas, jugar al bacará y asistir a las carreras en Deauville.

Un error. Por primera vez, quizá, en su vida, Zuluaga no supo

calcular las consecuencias de su atrevimiento, y peor aún, no supo dominarlas, imponerse. ¿Cómo forzar la invitación a tomar el té de una señora con collar de perlas grises? ¿Cómo inspirar una sonrisa de ojos más que labios al otro lado de un salón, una inclinación de cabeza del señor de uno de los castillos pequeños del Loira al cruzarse por un camino de grava del balneario? Esas delicadas conquistas eran bastante más difíciles y costosas que ir arruinando a la propia esposa con amantes disfrazadas de fábricas con pérdidas o regalar carne a los ingleses durante meses hasta hundir a los otros exportadores.

En la frágil primavera de Deauville el rango social no lo decidía un fantástico número de vacas al otro lado del mundo —ése sólo daba el derecho a jugar—, sino el de invitaciones a bailes o el puesto de la tarjetita con el nombre en bella caligrafía en la mesa de los banquetes. Un complejo sistema de miradas y sonrisas con que divas, banqueros y duques polvorientos de las monarquías republicanas —a quienes hacían un precio para que ennoblecieran los jardines de los hoteles— iban salvando la vida. Los que no recibían esas invitaciones volvían a la brumosa masa de la que se habían desprendido con el único equipaje de un montón de millones, aplausos o partículas entre los apellidos. O de narices perfectas, cuerpos de baile e inconfundibles ojos de morfina. En ese mercadeo silencioso pero sangriento los no invitados pasaban a confundirse con los setos de los parques, como los jardineros.

Zuluaga terminó de comprender hasta qué fondo insondable había metido la pata el día en que, ya de vuelta en París en su piso de la Avenue Víctor Hugo, a doscientos pasos del Arco del Triunfo, vio a sus hijas humilladas por no haber recibido invitación a cierto baile en el Faubourg Saint-Germain. Un suceso inimaginable antes de que el as de corazones se desprendiese de su mano y aterrizara, como la hoja de plástico de un otoño fatal, sobre el prado verde de una mesa de juego. De negras picas tendría que haber sido. La noche del baile, mientras luchaba para no enterarse del reproche que cargaba de pólvora la melancolía de sus hijas, y sintiendo en la espalda la intuición de que la señal de tramposo, como la antigua

señal Tyburn en el dedo de los asesinos, le perseguiría hasta Biarritz y San Remo, Londres, Gstaad y Mallorca, Sixto Zuluaga de Arellano decidió el regreso a Buenos Aires: allí nadie se le atrevería, vislumbró. Su desliz sería atribuido a las excentricidades de la familia. ¿Acaso un tío suyo no viajaba a Francia acompañado de una vaca porque beber leche extranjera le parecía una traición a la patria? ¿Y acaso su abuelo no se compró un club de Londres que le había negado el acceso con siete bolitas negras y le impuso enfrente la escultura de su esposa mestiza, donde por cierto aún se puede ver?

Pues lo mismo: el as de corazones —que reconvertido en material de leyenda le había precedido a Buenos Aires— se terminó consagrando como una de esas fintas de esgrima que emplean los americanos para rebajarles a los europeos la pretensión de que por ser más antiguos pueden mirarles con los párpados caídos. En los salones de Palermo, barrio elegante de Buenos Aires lejano aún de las vociferantes muchedumbres del centro, el as de corazones se consagró, igual que en las románticas conjuras de la Independencia un siglo antes, como un acto de insolencia y patriotismo.

Pero lo que afianzó la reputación de ese Arellano, cuando saltó en Buenos Aires la noticia de que allá en Europa los tíos alemanes querían quedarse una vez más con la finca de los tíos polacos, fue haber sabido adelantar un regreso a la patria igual a su partida: como un señor, en uno de esos paquebotes que parecen navegar por un océano puesto ahí para ahorrarles los olores a orín de gato de los callejones de Europa a los pasajeros de primera clase. No mucho después se confirmó que Hitler no era un gato arisco suelto sobre los tejados sino, según le veían aún por entonces, un sargento gritón que no respetaba el derecho de los hoteles a elegir su clientela, y los colegas millonarios de Arellano tuvieron que regresar a casa a toda prisa y en barcos abarrotados como los de sus bisabuelos inmigrantes…

Pero lo de verdad importante es que Matilde, la hija pequeña de los Zuluaga, entró una tarde de finales de septiembre de 1939 en el salón de su casa en la calle Posadas, al lado de la plaza San Martín —la húmeda primavera de Buenos Aires adelantaba ya un calor

agobiante—, y se encontró a Elvira, su hermana mayor, llorando sobre un periódico extendido como si pretendiera guardar en él sus lágrimas. Matilde nunca había visto a nadie llorar sobre un periódico, pero descifró pronto el enigma y se apiadó de Elvira por razones que sus otras dos hermanas ni siquiera vislumbraron.

Cuando vivían en París, Matilde no tendría más de diez u once años, acudía como externa al Sacré-Coeur y vivía las fiestas de sus hermanas mayores, desde un palco de primera fila, como cuentos de hadas de carne y hueso. Y uno de sus cuentos preferidos fue cuando Elvira se enamoró de un conde polaco, Stanislas, oficial de caballería en su país, tan guapo como el hijo del portero de su edificio pero tan pobre, o más, que él. Tanto que Sixto Zuluaga ni siquiera lo tomó en consideración para yerno pese a la codicia de su mujer, que soñaba con su nombre sonoro para convertirse en condesa-suegra: un *score* imbatible en su club de golf. Nada más volver a Buenos Aires ambos casaron a su hija, como también estaba previsto, con el hijo de un hacendado de Mendoza, guapo y soso como una sopa de arroz con sólo arroz, pero con tanto dinero que lo descalificaba como cazafortunas.

Y eso era lo que lloraba Elvira sobre el periódico: no que un milico hubiese comenzado a regar con sangre los campos de patatas de Polonia, sino que un ejército de gamberros le destrozase el consuelo de un mal matrimonio en el recuerdo de lo que pudo haber sido. Pues eso contaba Federico Sambrini en *Clarín*: no el comienzo de una guerra mundial sino el final en falso del único cuento que le habían dejado vivir.

> La caballería polaca no tuvo la menor oportunidad. Como hicieron a lo largo de la historia más sangrienta de Europa, los jinetes polacos salieron a las puertas de Varsovia con la antigua intención de conservar el derecho a una patria que se habían ganado no hacía mucho, en otras mañanas del mismo torneo sin fin. En Polonia a los niños se les enseña a modular sus llantos sobre la melodía del himno nacional.
>
> Pero los teutones no iban a exhibir esta vez caras

cruzadas de cicatrices para asustar al enemigo. Ahora llevaban enormes corazas, que disparaban. Son las divisiones *panzer* alemanas, que han entrado en Polonia como un rayo en un pajar. Así se llama el escalofrío que recorre Europa: *blitzkrieg*. *Guerra relámpago* que abre una era en la historia de la sangre.

No sin añadir un capítulo a la misteriosa historia del heroísmo. ¿Por qué los polacos atacaron una y otra vez una fuerza superior hasta ser, literalmente, volatilizados? No se conocía tamaña desigualdad desde que dos mil griegos se enfrentaron a un millón de persas en las Termópilas. No quedó ninguno. Pero empezaron el delgado libro del heroísmo al que los jinetes polacos acaban de sumar otro par de párrafos…

El cuento escondido que iba desde el as de corazones de Deauville a la desaparición de la caballería polaca en las puertas de Varsovia, y que de una manera que no hubiese sabido explicar escribía la historia no escrita de amor triste de su hermana con el conde pobre, creó en Matilde una difusa frustración. Una sensación de deuda. El cuento no había sido escrito, estaba mal contado, o su final no era ése. Y quedó para siempre con ganas de buscarle su final.

Quizá todo ello pueda ayudar a comprender que, como década y media después, en una excursión con amigos que habían alquilado un avión sólo para sobrevolar el Río de la Plata y ver las luces de Buenos Aires desde el aire, Matilde fuese a fijarse en el piloto, un tipo alto que parecía usar colonia de tabaco y llevaba las uñas negras de grasa.

Que fuese un mecánico metido a piloto no era más que el agravante. La verdadera falta fue cometida cuando todos los amigos se explayaron sobre la belleza de Buenos Aires —la distancia borra los crímenes y hace que cualquier ciudad parezca desde el aire la capital de un imperio—, y ya de regreso, cuando el sol se hundía en el río sin orillas e incendiaba Buenos Aires con colores romanos,

uno de ellos, un hacendado-poeta, dijo que la ciudad parecía una duquesa. A saber qué entendía por tal pero hay gente que dice cosas así. Entonces el mecánico-piloto medio mordió unas palabras:

—También las putas brillan —dijo. Y por alguna razón de acústica aeronáutica se le oyó.

O sea que cuando esa misma noche Matilde se apareció con el mecánico-piloto en la fiesta, sus amigos pensaron que a Matilde Zuluaga le había salido el Arellano y quería dar la nota: eso es lo que sucede en las grandes familias, que se aburren y siempre hay gente queriendo hacer cine sin película.

¿Importa demasiado que fuese una cuestión de genes Arellano o éstos un invento genealógico de los amigos de Matilde? Siempre y en todas partes esa gente está levantando faldas a todo el mundo para esculcarle los genes y ver si así se vuelve justo el que ellos puedan alquilarse un avión para sobrevolar el Río de la Plata y los demás no.

Pues no, no importa. Y menos que a nadie le importó a Matilde, golpeada de verdad por esa silueta de piloto recortada contra el atardecer del sur, que como está al otro lado del mundo parece un amanecer. Ahora bien, cuando dijo que también las putas brillan, pensó que se equivocaba: ella hubiese dicho «también las duquesas brillan como putas», si bien es probable que eso se debiera a lejanos y encasquillados agravios. Si sus amigos veían una barba de dos días y unas uñas grises, ella, en cambio, veía un cuello largo y unas manos largas pero con aspecto útil, de las que ya casi no se hacen. Si los amigos veían una mirada insolente, ella, quizá porque había crecido en otro sitio y eso afila los ojos, ella veía debajo: otra mirada, más larga, peleándose con algo.

Matilde no sólo tenía un sentimiento de agravio porque sentía que le habían robado. Era además la menor de las Zuluaga, jóvenes educadas para encapricharse y conseguir, en la idea de que eso, más que los cuellos de cisne, por encima de las revoluciones y las ruinas de castillos, eso es lo que descubre a las verdaderas princesas (los

genes, de nuevo). O sea que qué diablos: lo quiso. Quiso al piloto para ella e hizo de todo para que se lo compraran.

Pero no era fácil. Primero y sobre todo porque si su padre no había querido a un conde polaco de un metro noventa y apellidos que parecían himnos, ¿por qué rayos iba a aceptar a un yerno mecánico de aviones? Puede que descendiera de un héroe de la Independencia, pero eso es lo que pasa con la aristocracia, que sólo se cita la gesta original y no toda la tropa de inútiles, cuando no tramposos y acaso delincuentes, que compone el linaje. Los Arellano no eran excepción (ni los Zuluaga), hasta el punto de que su frondoso árbol genealógico, además de generales y presidentes (y dos veces dos en uno), aparte de un obispo y el arquitecto que tuvo la ocurrencia de pintar de rosado la Casa del Presidente, escondía cinco desfalcos a gran escala y dos crímenes de sangre, sin contar los cometidos en nombre de la patria y los autorizados por defender la propiedad privada frente a la chusma. Se alineaban también media docena de braguetazos, aunque eso no cuenta, como tampoco cuentan infinidad de pequeñas y sutiles transgresiones al código de la nobleza que no pertenecen a esta historia. Salvo una, que sí tiene que ver pero todavía no ha llegado el momento de contarla.

Lo que importa es que, ya fuera por genética o respeto a los ancestros, de todo ese linaje Sixto de Arellano había sacado en limpio unos ojos rapaces —tenía hasta el ceño enfadado del cóndor — y un olfato de ciervo para detectar a sus colegas aventureros y en particular a los cazafortunas, algo muy comprensible en un padre que tiene cuatro hijas para casar… y dotar.

—Es un atorrante —zanjó pues el día en que su hija consiguió llevar a su piloto a tomar el té.

Cualquiera le habría comprendido: durante la visita, Bernard — el piloto se llamaba Bernard y era francés, de Lyon— apenas había abierto la boca más que para engullir uno a uno casi toda la bandeja de *éclairs*, y les había mirado a todos con una altanería de piloto acostumbrado a las cumbres, algo que a los criollos de todas las

latitudes les suele provocar irritación y a veces hasta ganas de guerra… Desde luego algo chocante en quien llevaba una barba de dos días y un cuello de camisa que parecía querer hacer juego, en una moda revolucionaria, con las uñas grises.

—¡Pero si es un patán! —se desesperó el padre ante la tenacidad de su hija agarrándose a su capricho, como le habían enseñado—: ¿No notás que es un patán?

Pues no, no notaba.

O sí notaba pero, igual que con sus amigos, que sólo habían visto al mecánico disfrazándose de piloto aventurero, bajo el patán ella veía a un príncipe.

Bueno, sí, ¿no es ése el caso siempre? Toda mujer enamorada de un carnicero ve en él a un cirujano y todo hombre cree que las manos de su amada son alas.

Sucede que ella, la menor de las hermanas y la que regresó de Europa con los ojos llenos, más que de fiestas, de fiestas imaginadas, no de los guapos jugadores de tenis del Faubourg Saint-Germain, sino de héroes polacos a caballo, ella veía en él a un príncipe… de verdad. Uno de aquéllos con quienes ya soñaba de niña cuando la trajeron de vuelta de Europa.

En otras circunstancias el noviazgo habría sido una novela: una pequeña princesa de Buenos Aires enamorada de un aventurero alto que tiene un avión y quizá por eso también la mirada lejana. Un padre de la princesa, rey de las vacas, que fuma grandes puros sólo para mostrar que se los hacen de encargo en Santiago de Cuba, como las camisas en Londres, y que se opone. Y el tango que ya se ha contado muchas veces: padres trazando el futuro de hijas, hijas rebelándose, madres sufriendo, camareras escuchando tras las puertas, intentos de soborno con pulseras y vestidos que ya no caben en armarios abarrotados, mensajes llevados por *chauffeurs* cómplices, espera y anhelos… hasta que el rey de las vacas se rinde a las lágrimas y finge que tolera todo el asunto porque confía en que las uñas grises del pretendiente terminen abriéndose paso hasta los ojos

de la princesa y se le pase.

El problema es que a ella no se le pasaba. Ya no tenía ni la más pequeña excusa para ser infeliz y sonreía y caminaba como a diez centímetros del suelo. De golpe ya no sufría los shishís de niña consentida y miraba todo, desde la política internacional a los mendigos, con grandeza. Leía en francés la *Divina Comedia*:

Au milieu du chemin de notre vie
je me retrouvai par une forêt obscure
car la voie droite était perdue

sin terminar de entender pero sintiéndose en ese lenguaje noble como en su casa.

Y todo para esperarle a él y merecer su mundo. Cada dos o tres días, el piloto regresaba del cielo y del peligro como un arcángel. Pues la aviación guardaba por entonces un resto de épica, no era del todo un negocio, y aún los pilotos se preguntaban al afeitarse si no estarían despidiéndose del tipo del otro lado del espejo. Y más él, que con su avión y sus misiones de saltimbanqui le hacía una trenza a los Andes —de Buenos Aires a Santiago de Chile y de ahí a la Patagonia, donde había que amarrar el avión al suelo para que no se lo llevase el viento—, en una ruleta rusa en la que tarde o temprano siempre terminaba por ganar la casa, como en los casinos.

Había pues algo de carrera contra el tiempo, y eso, de algún modo que no hubiese sabido explicar, era lo que notaba Matilde en la mano de uñas grises que de pronto le aterrizaba sobre una rodilla. Antes no se lo hubiese permitido a nadie. Una vez un joven hijo de un socio de su padre en Alemania le había querido pasar un brazo sobre los hombros en un cine.

—Eso, aquí —le dijo Matilde—, lo hacen los soldados y las muchachas de servicio.

Y la prueba de que ella hubiese cruzado los Andes a pie, siguiendo la estela de su avión, es que a él ni se le ocurría decirle algo así ni compararle con un soldado. El día que le puso la mano en

una rodilla, también en un cine —lo que, incluso en esos tiempos gritones de la posguerra, a una señorita de Buenos Aires le podía costar la excomunión—, ella no hizo nada. O mejor dicho, sí: descruzó las piernas.

Y luego, en el coche, las volvió a descruzar y bajó la mano que le acariciaba un seno blindado por un sujetador de los de entonces, y ella misma la colocó sobre el borde de su falda. No había forma de perderse. Sólo tenía que remontar la seda hasta el límite del liguero sobre la piel más secreta, blanca y sensible, y ahí sí elegir qué hacer.

Y no hacía falta mucho para comprender que ésa y no otra era la situación. Bastaba ver los ojos de Matilde, que por las mañanas seguían soñando. Sonreía sin motivo, seguía con los ojos las nubes de punta a punta de Buenos Aires, le buscaba el lado bueno a cosas que no tenían lado bueno. Sobre todo, había embellecido de golpe.

—Habrá que casarla —terminó por rendirse la madre.

—¡Ni hablar!

—Qué preferís… —dejó caer la madre con realismo—: ¿Querés que un día la tengamos que casar a toda prisa?

No, claro. Y como ya era demasiado tarde para buscarle otro novio, como a su hermana —eran otros tiempos y ella jamás se prestaría—, a Sixto Zuluaga no le quedó más remedio que aceptar. Además, sin confesárselo, prefería que se casase con un francés, aunque fuese un mecánico, que con cualquier gañán de la chusma que tras la guerra había surgido de los sótanos y ocupaba las calles de Buenos Aires. Gente gritona, con banderas. Si se habían hecho con el poder, de una forma, para él, inexplicable, muy bien podía pasar que uno de ellos conquistase a su hija.

Pero, le advirtió a ella, el francés tendría que estar a la altura. Comprarse camisas, usar piedra pómez y cepillo de uñas, dejar de mirar desde arriba mientras se comía todos los pasteles… En fin, dejar la aviación, le dijo a él.

—¿Cómo dice? —pidió Bernard.

—Sí, dejar la aviación —repitió Zuluaga procurando ser amable

—. Ya no vas a necesitarlo. A partir de ahora —y en el rincón más lejano del jardín no se supo si era una promesa o una amenaza— tendrás trabajos que no te pongan en peligro. No quiero que vayas a dejar viuda a mi hija y huérfanos a mis nietos. ¡Porque sabé que quiero muchos nietos! —dijo como cualquier abuelo, y empujó a su yerno con suavidad para presentarle a toda la gente que, en la fiesta de compromiso, venía a comprobar si era cierto que la hija de Zuluaga se iba a casar con un mecánico francés.

También pretendía darle un seminario intensivo, con un vaso en la mano y comiendo canapés de camarones, sobre la muchedumbre que iba a constituir su clan en adelante: viejas tías, primos, concuñados que medían sus músculos bajo el traje gris azulado —por cierto: Bernard lo llevaba como si nunca hubiese vestido otra cosa—, los parientes de La Rioja, pobres pero descendientes directos del Arellano que había fundado varias patrias mano a mano con San Martín, y todo un rompecabezas que, una vez armado, habría bastado para explicar por qué los Zuluaga vivían en la casa más grande de la calle Posadas y, a diferencia de otras familias de dinero viejo, no se iban a mudar: algún estanciero, banqueros surgidos de golpe tras la guerra, militares de civil, reconocibles porque los trajes parecían engominarles de la cabeza a los pies, señoras con el Chanel envainando el acero de sus ojos, hermanas de Matilde que circulaban por salones y jardín en un suave vals triste, y todo ello sobre un rumor porteño con más acentos que de costumbre.

—¿Hace mucho que ha llegado a Buenos Aires? —terminó por preguntarle al tercer alemán que le presentaban, un sujeto, a veces pasa, con una especie de coraza que no se le veía.

El hombre rió.

—¿Y usted? —preguntó a su vez a Bernard, y luego se alejó de ahí con evidente talento de sombra.

Toda esa gente fue tan sólo una parte de la que acudió a la basílica del Santísimo Sacramento para la boda de Matilde con Bernard, quien, por cierto, no aportaba ni siquiera a una anciana madre, algún hermano bohemio, alguna hermana que llorase sonriendo de pura ternura durante la ceremonia. Nada. Parecía un huérfano.

Un huérfano y además fugitivo, porque no acudió.

Fue Matilde quien le esperó frente al altar, primero sonriente por la situación de comedia, luego preocupada, angustiada, y después con esa desolación única de la novia envuelta en soledad.

Un mundo sin muerte

Debió de ser cuando yo aún le cogía en el cine la mano húmeda a Constanza porque la noticia me llegó justo el día en que por fin conseguí besarla, tras una puerta. Nunca olvidaré sus labios tibios, sus negras pestañas acariciando casi las mías.

O sea que era unos tres o cuatro años después de nuestra llegada a Tres de Marzo. Lo peor había pasado. Ya no tenía miedo, salvo cuando iba al centro de la ciudad, situado en el extremo sur, y sentía sobre mí las miradas de amenaza, muchas miradas de reojo. Para ir al colegio se había terminado el cruzar toda una ciudad que apestaba a gasolina cruda. Ya no tenía que estudiar en inglés, un idioma que yo asociaba a mi abuela, y había vuelto a estudiar en francés, un idioma que asociaba con mi padre y que, ahora lo comprendo, me servía de patria mientras terminaba de encontrar la mía.

Aunque en realidad nada estaba tan claro, como ocurre siempre: desde nuestro regreso vivíamos en la casa familiar, que comenzaba a agrietarse, y ésta pertenecía a mi abuela, que ya se caía a pedazos aunque mantenía el tipo con admirable dignidad londinense (londinense de entonces). Y mi padre, aunque todavía no impedido, caminaba con lentitud y ya no viajaba —él, que coleccionaba idiomas y dialectos como otros cumplen años—, y eso para mí era más extraño aún que el jardín azul de nuestra casa cuando amanecía con niebla, o los limones enanos que sin embargo guardaban una fragancia verde más fuerte y noble que los limones amarillos de Europa.

Yo ya había aprendido a hablar en tresmarino, una versión suave de mi castellano español en el que las jotas son haches y se dice

tiatro, por ejemplo, pero mi hermano mayor se empeñaba en decir *zzapato* y *corazzón*, como en España. Lo que provocaba que le rompieran las narices.

Habíamos viajado a Tres de Marzo porque mi padre comenzó a sentirse mal y ya no teníamos dinero para mantenernos en Europa, mantenernos como siempre: a mi hermano y a mí nos metieron en un colegio en inglés —siguiendo *su* trayectoria, no la mía, pues yo había estudiado en liceos franceses—, y nada más llegar, esa misma tarde, nos comenzamos a *dar en la jeta*, como dicen allí, con todo el mundo. El sobre todo, pues yo soy mucho más diplomático, decía mi madre, es decir, cobarde. Básicamente nos acusaban de haber viajado a América para robar el oro, torturar a los indios y violar a las indias, y ser representantes de un imperio, el español, incomparable, infinitamente peor que otros imperios superiores y más bondadosos con sus poblaciones coloniales, como el inglés o el holandés.

Yo no tenía mucho que discutir: a saber lo que habían hecho los españoles con el oro de El Dorado, pues no quedaba ni rastro, y con las indias, a juzgar por la población mestiza que circulaba por las calles. Nada de eso sucedía en Estados Unidos, un país de guapos, ni en Suráfrica, donde por entonces todos eran rubios. Pero me mortificaba sobremanera que se metieran con mi acento. Si ellos me caricaturizaban (mal) como un caballero pomposo del Siglo de Oro, yo a ellos los veía de azúcar y me parecía que hablaban como en las radionovelas que se escuchaban en las cocinas.

No podía aceptar que ése fuese a ser el castellano que escucharía en adelante. Me sentía víctima de un hechizo, ser extranjero en mi propio idioma, y buscaba con afán la compañía de una amiga madrileña de mis padres que hablaba como los españoles de las películas, el acento en el que yo me reconocía por ser también el de mi padre y pese a no conocer Madrid. Pero pronto aprendí a disimularlo. Mientras mi hermano mayor defendía a puñetazos el honor de España en la historia —arremetía como un toro, con la cabeza baja—, yo me fui adaptando y limando mis esquinas de forastero. Poco a poco recuperé los ancestros y linajes tresmarinos a

los que tenía derecho por mi madre, de qué, si no, esa casa histórica en la que vivía y que desfallecía en grietas de nobleza republicana. Tres o cuatro años después, cuando me comenzó a llegar, a ráfagas, la historia del piloto y la niña bien, yo ya podía pasar por un nativo.

De no ser así jamás habría podido besar a Constanza tras una puerta. Unos labios tibios y gordezuelos sobre unos dientes de menta y un aliento que parecía una brisa frágil envuelta para regalo. Besar a Constanza era en el colegio como ser capitán del equipo de basket que le ganaba al colegio de los gringos o, no mucho después, como llegar a las fiestas en un Corvette blanco, como Simón Kestemberg. Algo reservado a los muy elegidos de entre los nuestros. Jamás Christian, por ejemplo, hijo del embajador de Bélgica, hubiese podido aspirar a algo semejante.

Ese día a la hora del almuerzo, un par de horas después de besar a Constanza, yo me enfrentaba a dos problemas: cómo evitar que se me viese flotando un poco sobre la silla, sin terminar de aterrizar sobre ella. Y de qué modo comer —por entonces yo podía comer cualquier cosa y en cualquier cantidad— y no perder la huella que Constanza había dejado sobre mis labios, esperaba que para siempre.

Pues algo me decía que ese beso, aunque generoso y sin condiciones, quién sabe si tendría continuación. Había sido excepcional, una de esas cosas que suceden en las guerras y sólo en ellas. Nuestra guerra era que nos habíamos escapado de clase y, llevados por esa dinámica revolucionaria, en casa de un amigo con los padres fuera habíamos organizado rápidamente un *pico botella*, juego que se inventó, como los rituales de las religiones, para enseñar a los chicos a dar un primer beso.

Y porque los dioses atienden los ruegos de los jóvenes a punto de incendiarse, mi botella girando como una ruleta casera señaló a Constanza. Señaló los mocasines vino tinto de Constanza, con una corta lengüeta de cuero dentado. Señaló las piernas de Constanza enfundadas en inmaculadas medias blancas hasta la rodilla. Señaló sus rodillas cruzadas en forma de loto bajo la falda de tablas grises del uniforme, y dejando ver un poco de piel dorada de melocotón.

Ella no quiso esperar, yo creo que para impedir una desgracia, pues se puso roja como si la encendieran y se paró frente a mí, esperando.

—Ah, no —dije yo, y levantándome la arrastré sin que opusiera mucha resistencia a la habitación de al lado, donde nos quedamos mudos, rojos, mirándonos sin saber qué hacer.

Al menos yo. Porque al cabo de no sé cuánto tiempo ella se rió y, con un gesto de pájaro, se acercó de golpe y me dio un pequeño picoteo en los labios. Y temiendo que eso fuese a ser todo, la enlacé, sentí su cuerpo contra el mío como en un choque de barcos y la besé, largo tiempo. Dos horas después, en la mesa, seguía sin poder creer que se hubiese dejado y que eso me pasase a mí.

Fue entonces cuando mi padre dijo:

—Ha muerto el piloto francés que estaba de novio con Marina Uría.

ante la cara de sorpresa de mi madre:

—Sí, la hija de Gonzalo Uría y Teresa Velasco.

Él dijo «muerto», pero *El Tiempo* decía «desaparecido», y la noticia no salía aún en la página de los crímenes, que mi padre quitaba del periódico por las mañanas. Pensaba que ni nosotros ni nuestra madre teníamos por qué leer las barbaridades que salían por entonces en la prensa de Tres de Marzo. Yo a veces las leía, claro, las buscaba en la basura, y aún hoy me resisto a creer que fuesen ciertas. Digo yo que pertenecían a ésa casi inabarcable zona del periodismo que es invención, tópico, relleno de páginas, gasto de tinta para distraer a los lectores mientras les colocan publicidad por las esquinas. Y eso que para entonces en el país ya había terminado el periodo conocido como *la Violencia*, cuando los *bandoleros*, así los llamaban entonces, entraban en los pueblos y les hacían a todos *la corbata*, algo que prefiero no explicar en qué consiste pues ni yo mismo me lo acabo de creer pese a ser cierto: había un libro de fotos que nunca conseguí terminar de ver.

En una ciudad en la que vivíamos poco menos que cercados en nuestros jardines por un peligro situado no se sabía bien dónde, pero cerca, no debió de ser la noticia en sí lo que me intrigó sino la diferencia de versiones entre el «ha muerto» de mi padre y el «ha

desaparecido» de *El Tiempo*. O quizá fuese que el desaparecido (o muerto) era francés, un piloto francés, lo que suscitaba en mí una especie de solidaridad de compatriota —dentro de las varias patrias que ya sumaba a mis catorce años—, porque francesa había sido casi siempre mi educación. Y además de la lengua de sus balbuceos, uno es en buena parte, si es que hay que ser de algo, de la lengua en la que aprendió a hablar, a recitar, a sumar y a leer, es decir, a soñar.

Me había sucedido hacía quizá un año o dos: una tarde estaba sentado en mi pupitre, al lado de la ventana, viendo llover sobre la Calle 87, una de las más bellas de Tres de Marzo (y del mundo, aunque eso aún no lo sabía), cuando comencé a levitar. Era la modorra de la primera hora de la tarde, y Cecilia, la chica que me aceleraba el pulso, se sentaba detrás de mí y por tanto no me podía distraer. De todas formas la intensidad de la lluvia que a las tres de la tarde tiñe casi de noche el cielo de Tres de Marzo impide distraerse. Absorto en ella como en un gran incendio, tardé en comprender que lo que ocurría es que me estaba elevando por efecto de las palabras del profesor, que leía.

Es sabido que la lectura amansa y adormece a los estudiantes, y por eso en el colegio ponían la clase de francés a primera hora de la tarde: para que la gente pudiera dormir la siesta en paz y quedase en forma para la clase de matemáticas, que era la que tenía prestigio y venía después. Por alguna razón ese día no sucedió así. Cuando *Monsieur* Dubouilh terminó de leer, yo ya no me encontraba en la Calle 87 sino a miles de kilómetros de allí, en un castillo en Bretaña, de noche, en la cama, y escuchaba los pasos de mi padre en el piso de arriba. No recuerdo bien si llovía pero es probable: Bretaña vive en la tormenta, ése es su principal encanto. Y no he querido volver a leer esa página en las *Memorias de ultratumba*, de Chateaubriand, e incluso cuando regreso al libro doy un rodeo, no vaya a ser que me la hayan reescrito, o censurado, o vete a saber. Cuando el profesor terminó yo flotaba sobre el asiento (un poco como tras el beso a Constanza pero distinto), y pensé tan fuerte que cada palabra parecía una frase y no sé si se oyó:

—Yo quiero hacer eso.

Y eso hago: recordar.

O sea que para cuando la prensa al fin aceptó que Bernard Surville no había *desaparecido* sino que había *muerto*, y muerto estrellado en una avioneta en alguna de las oscuras montañas de los Andes que emboscadas tras las nubes me inquietaban sin pausa desde que llegamos, no es extraño que, inmerso en Chateaubriand, en Victor Hugo y Saint-Exupéry, yo considerase el hecho como algo que también me había rozado. Ni imaginaba hasta qué punto. Era muy sencillo: a diferencia de los otros cientos de muertes de la página roja del periódico, no podía mirar hacia otro lado cuando un piloto francés moría en una cordillera hecha de montañas y soledad. En los Andes no escapa nadie, o eso parece. Incluso de noche están ahí, llenos de lucecitas que en las ciudades pueden parecer de fiesta pero yo veo como pequeños faros advirtiendo de algo en la oscuridad.

Sobre todo el piloto francés dejaba detrás a una chica cuyos padres eran amigos de los míos y con dos de esos apellidos que en Tres de Marzo formaban parte del paisaje y tenían —ya no— el don de abrir las puertas. Además, como en una novela, yo conocía a esa chica. Cuando llegué al colegio, unos años antes, ella estaba en el último curso y la había admirado desde lejos, como se admira lo inalcanzable. Me gustaban su nariz respingona, sus ojos achinados, su pelo tan negro, liso y reluciente que parecía teñido, la falda de tablas grises del uniforme bajo la cual se veían unas piernas, pienso ahora, muy alegres. Como ávidas de bailar, no sabría definirlas de otra forma. Luego coincidí alguna vez con ella en el estrecho circuito de casas, bailes y jardines en el que nos movíamos y, aunque ya no tenía el aura de las chicas del último curso, me seguía gustando su aire de libertad.

Porque eso era. Recuerdo las caras y comentarios cuando comenzó a salir con Bernard Surville, un piloto francés mucho mayor que ella. Nunca terminé de saber qué era lo que más les molestaba: que fuese mayor, francés, que llevase las uñas negras o que pudiese aparecer en las fiestas de etiqueta vestido con su chaquetón de cuero negro de piloto.

Eso decían, pero no es mi versión, desde luego. Porque la única vez que lo vi fue en el matrimonio de una de mis primas Mallarino, también amiga de Marina. Surville guardaba las formas, sus uñas negras eran blancas y, más aún, me parecía que llevaba el esmoquin como si en su vida anterior hubiese sido cantante en un casino. Eso sí, se le veía aburrido, mucho, con ese estanque de tedio en las pupilas que en ojos de banqueros o de reyes presagia grandes desgracias.

Y ésa fue la explicación que yo le di a su desaparición, su muerte. «La vi venir —dije en mi casa, y no me hicieron caso pues yo siempre andaba diciendo ese tipo de cosas, a caballo entre una astrología más o menos poética y el novelón—: La llevaba en los ojos».

Aún no sé si la memoria es verdad o falsifica, y sospecho que no lo sabré nunca, pero en cualquier caso es lo único que pone orden y jerarquía en el tiempo. Sólo muchos años después, y con su ayuda, comprendí la importancia que había tenido la muerte del piloto. Para entonces, e incluso sintiéndola cerca, no dejaba de ser un capítulo más en la intensa novela en que vivía.

Pero ¿cómo iba a fijarme mucho tiempo en la muerte de un piloto? Entonces yo me despertaba antes del alba de pura impaciencia por seguir leyendo *Los miserables* o *Crimen y castigo*. Descubría el placer de caminar una ciudad, y en particular los dos kilómetros hasta mi colegio, bordeados de grandes casas que el tiempo ha sustituido por mediocres edificios y en las que uno no podía dejar de imaginar personajes; la de Marina entre otras, una casona rosa y blanca con un sietecueros de flores rojas en el jardín. En clase las energías se me iban en odiar a los profesores de ciencias, portavoces de un mundo implacable y helado, y en amar a la profesora de literatura francesa, *Mademoiselle* Dutour, *el Moco*, una señora casi enana y brillante, siempre vestida de rojo y negro, que tenía aterrorizado al colegio con notas algebraicas (—2, —5), y a quien yo por lo visto apaciguaba, sospecho que porque mi nombre hacía de eco al Julien Sorel de *El rojo y el negro*, de Stendhal, que en efecto es tío bisabuelo mío.

Y los fines de semana tenía dificultades para elegir entre fiestas. Hoy parece mentira —es de esas cosas que hacen dudar de la sinceridad de la memoria—, pero uno de los criterios era cuál orquesta iba a ser la mejor. Difícil elección porque todas ellas lo ponían a uno a bailar, bailar cumbiamba, merengue y pasodoble desde dos cuadras de distancia. El factor decisivo, sin embargo, era la chica. La *vieja* (pronúnciese *vieha*). En cuál fiesta encontrarla, a cuál llevarla, qué excusa buscar para bajarle la mano bailando y acercarla y sentir en el propio los dos pechos de ella, por entonces por completo inaccesibles, qué decirle para poderla besar bajo el eucaliptus del jardín. Mi vida de seductor, sin embargo, era más bien imprevisible y a menudo decepcionante, pues yo hacía girar todos mis atractivos en torno al único que me parecía indiscutible, y era mi capacidad de hacer como si la vida real se pareciera a los libros en los que vivía como en la más exigente de las patrias. Ni siquiera la vida real, entonces, tenía una conexión visible con algo como la muerte, que en mi mundo aún estaba por inventar. Las de los periódicos eran relatos de ciencia ficción desprestigiados por su barroquismo y el envoltorio de papel que manchaba.

Hasta que, cierto día, mi padre emprendió un viaje. Algo nada excepcional, como pensaría cualquiera que le conociera, pues en mi padre el viaje era una suerte de respiración. Una rutina de ballena que asciende a la superficie en busca de oxígeno. Pero es que desde hacía un tiempo ya comenzaba a caminar más lento y ese viaje iba a ser una especie de epílogo, o de prólogo, según, y de algún modo yo lo sabía.

Se fue sin mi madre, lo que a veces sucedía, y ni a ella ni a nadie en casa se le hubiese ocurrido plantear ninguna exigencia de igualdad, que es la que hunde los matrimonios. Mis padres se sabían distintos, muy distintos, y se aceptaban como tales, y ésa fue la razón de que lograsen convivir veinte años sin forzarse a ello, que es lo más parecido que he encontrado a «ser felices» en un matrimonio.

Esta vez tardó en regresar, lo que también a veces sucedía. Y nunca se sabía por qué, pues mi padre tenía el don de contar sólo a medias, pedazos de historia o historias incompletas, si se quiere, y

ésa es, creo, la razón más profunda de las que me convirtieron en escritor: el desafío, el deseo —eso hago— de alguna vez completarlas.

Y ya nos había contado unas cuantas de las historias a medias de su último viaje cuando un día se reclinó un poco en la silla después de comer, ajustó un cigarrillo en la boquilla, lo encendió y, al cabo de algún tiempo embebido, dijo como si continuase una historia comenzada antes, en otro sitio:

—No se estrelló… Lo mataron.

Parecía hablar para sí mismo.

—¿Cómo? —preguntó mi madre. No entendía, y eso que ellos no necesitaban ni hablar.

Entonces pareció bajar de donde estaba.

—Surville. El novio de Marina Uría. No es Surville, es Surville de Montzaigle, como yo sospechaba. Fui a ver a sus padres, en Normandía. Su padre estudió con mis hermanos, en Brujas, y yo coincidí con él en Londres, cuando la guerra.

Mi padre miró a mi madre de una forma que no olvidaré. Repitió:

—No fue un accidente. Lo mataron.

Requisitos para vivir en el Ritz

Nunca se supo qué ocurrió y no dejo de imaginarlo desde entonces. Datos seguros, pocos: Marina nunca apareció en Nueva York y sí en cambio en…

La avioneta, un Aleros 51 bimotor que tosía para darse ánimos, tenía más corrientes de aire que un desfiladero. Bernard rebuscó detrás de su asiento y le pasó una chaqueta de cuero desgastado que parecía haber dado dos vueltas al mundo sobre la espalda de alguien —Marina se preguntó sobre quién—, a diferencia de la suya, negra, que parecía haber dado tres. Pero quitaba el frío.

Marina, que con su traje *beige* de virgen hubiese cabido tres veces en la chaqueta, miró a Bernard, recordó algo y se puso roja, y luego pensó otra cosa y se puso más roja, como en las etapas de un semáforo de la memoria. Pero ahí en la cabina no se habría visto ni que se pusiese verde. Verde se veía Bernard, fantasmal con cascos de radio e iluminado sólo por las luces de los mandos y el resplandor de los bordes de la ciudad. Más allá no había otras luces que las aisladas y como pobres de las fincas dispersas de la Sabana de Tres de Marzo, y las primeras estrellas.

—¿Adónde vamos? —volvió a preguntar Marina.

Bernard ya no dijo «ya verás», ni ninguna otra cosa. Vigilaba el atardecer, parecía tener prisa.

Y no llegaron a tiempo, como temía, si bien la luna tuvo el detalle de salir casi redonda de un deshilachado abrigo de nubes para mostrarle a Marina París desde el cielo. Las hojas de los urapanes y eucaliptos de la entrada hacían de espejo con las estrellas. Aunque parecía más pequeña, vio en la noche la vieja casa colonial más

sólida que nunca. Marina se recreaba en una suerte de orgullo familiar, una versión doméstica del orgullo patrio, cuando algo contactó en su memoria: el avión de Bernard, comprendió, era el mismo que había escuchado días atrás por entre el fuego de la chimenea mientras se refugiaba en la finca para escapar de su cortejo por telegrama urgente. No la impresionó que él hubiese localizado la finca pues nada está tan trufado de chivatos como una sociedad de golfistas y bebedores de *whisky*.

Después de dos pasadas Marina notó que Bernard se alejaba un poco, como para tomar distancia.

—¿Qué haces?

—Aterrizar —dijo él.

—Estás loco —le dijo ella por tercera vez en su corta vida juntos. No se necesitaba demasiado sentido común para saber que no se aterriza de noche en una finca del altiplano andino sin luces ni pista de aterrizaje.

Y de nuevo no sabía hasta qué punto. Pues si ya era una temeridad querer aterrizar a la luz de la luna, había que ser un provocador para intentarlo cuando un pelotón de nubes corría tras ella, y al galope. Marina, como un animal, comprendió que la mirada de Bernard calculaba si llegarían a tiempo. En segundos unas cercas y árboles sobre una colina impedirían cualquier arrepentimiento. Le extrañó escuchar tan sólo el motor del avión y no el violín que alguien tocaba sobre sus nervios. Sin mirarla, Bernard le dijo: «Tranquila», pero su *tranquila* ni rozó a Marina, que vio desaparecer la luna entre las nubes antes de que el avión terminara de rodar sobre la estrecha carretera de tierra.

Así que cuando el mundo se detuvo bajo sus pies, las únicas luces que quedaban eran una ventana en la cocina de la finca y la verdosa del tablero de mandos. Marina había desaparecido.

—Usted no está loco —le usted ella desde su oscuridad justo antes de que los perros sorprendidos y furiosos por el avión llenasen la noche de ladridos—: Lo que ocurre es que es un tarado.

Y cuando él intentó cogerle la mano para ayudarla a bajar, ella le esquivó furiosa.

Pero se le pasó pronto. Así era Marina, un ser de cambios rápidos como sombras de la luna en una noche de viento, y ninguna cólera de susto le podía durar mucho en París. Pues si pertenecía a algún sitio era a ése: el cielo alto y lleno de nubes, las montañas a un lado, el caballo brillante de sudor, el chocolate caliente con queso y pan de yuca a las cinco de la tarde. Y todos los recuerdos que arman una niñez: la patria.

Y no habían llegado de París a la ciudad ni hacía una semana cuando todo Tres de Marzo, como dicen, supo que Marina Uría convivía con el piloto en uno de los hoteles siniestros del centro.

Hoy cuesta imaginar semejante destino pues ese hotel ha ido a caer a una de esas zonas sin ley de ciudad latinoamericana donde no se puede ir a comprobar si algo, un hotel, una iglesia, un palacio colonial, todavía existe. Lo más probable es que al curioso le roben, secuestren, narcoticen o maten. Según. Lo cual no quiere decir que entonces, en tiempos de Bernard y Marina, no fuera peligroso. Estaría en la mitad, como todo…

Durante unos días Marina quedó instalada en la estupefacción feliz de una novia que comienza una vida en otra ciudad. Y era otra ciudad: la del centro de Tres de Marzo, que ella apenas había visitado más que para gestiones burocráticas, como la vez que fue a recibir el testamento de una abuela en un despacho que parecía una iglesia: el abogado vestía un traje negro y hablaba un castellano de púlpito. (La abuela le dejó tres mil dólares en Suiza, un brazalete de esmeraldas que jamás se podría poner, ni vender, y dos caballos, *Vals* y *Clark Gable* —la pasión de su abuela—, que no la dejaban montar por demasiado enteros). Ahora ya no era otra ciudad. Ahora vivía en uno de esos hoteles con el nombre de neón frente a los cuales, al pasar en coche, siempre había tenido el pálpito de que se estaba cometiendo un crimen.

El Ritz.

Y sin razón, porque resultó que el Ritz tenía como personal a tresmarinos con un extra de amabilidad y entusiasmo que Marina

nunca averiguó si se debía a ella misma o por ser la…, la…, la… lo que fuera que fuese de Bernard. Hasta entonces había dudado de si la querían por ser la hija de su padre (o de su madre, que tenía un tatarabuelo procer y un abuelo presidente de la República).

Para su gran asombro —divertido más bien—, el nombre de lo que la unía a Bernard no le preocupaba gran cosa. Veía con qué admiración le trataban al darle la llave y los recados o al correrle la chirriante reja del ascensor y, disimulando, les comprendía.

Lo que no sabía es que esas cosas no se pueden disfrazar y que a ella se le podía ver algo que le iluminaba los ojos aunque se estuviese quieta. De qué, si no, se iba a resignar Marina a vivir en un hotel del centro cuyo anuncio de neón le enseñaba que de la luz depende la tristeza. Y de qué iba a aguantarse el gran mural situado tras el bar del hotel: una barca con tres mujeres de ojos entornados y cuerpos dos tallas más grandes que sus vestidos se cruza en un estanque con otra en la que van tres hombres endomingados y con la mirada en diagonal. Nada raro… hasta que uno veía que la mano de una de las mujeres, caída a ras del agua con abandono, hacía un gesto secreto cuya obscenidad sólo se adivinaba al ver la respuesta en la mano de uno de los hombres, también a ras del agua. El más viejo de los acuerdos, cierto, pero Marina comprendió que en ese bar corría el riesgo de que la terminasen tomando por la cuarta mujer de la barca. No volvió a entrar.

Lo que le pasaba a Marina es que veía más. O quizá es que ahora se fijaba en otras cosas. Antes no habría reparado en las miradas y las manos del mural. En cambio ahora veía menos de lo que antes veía —la habían educado para ello—, como detectar si una vajilla pega con el mantel o hasta qué punto es falsa la vejez del cuero de un sofá. El centro de la ciudad le parecía ahora un lugar lleno de matices, y antes no lo podía ni imaginar sin buses matones y vociferantes y peatones que la miraban con ojos sacacorcho. La odiaban por blanca, por rica, por ir limpia y mejor vestida que ellos y en un carro.

Ahora iba a pie, se atrevía a ir a pie, y no le pasaba nada. La miraban menos.

O la miraban embobados, como Nemesio, el botones nervioso que haciendo de ascensorista rápido en un ascensor muy lento daba la impresión de que funcionaba con cuerda igual que un ratón mecánico. Nemesio la recibió el primer día abriendo la boca como si en ese instante, en un hotel sencillo en una de las esquinas del mundo, descubriese que las mujeres estaban mutando en una especie desconocida: en efecto, Marina llegó al Ritz vestida como para ser recibida por sus padres en el aeropuerto Kennedy de Nueva York, algo que en el Ritz no se había visto ni en televisión. Al principio Nemesio la llamó *señorita*, y al darse cuenta de lo inconveniente que resultaba pasó a llamarla *señora, señora Marina*. Cada vez que la llamaban señora, Marina se sentía como caminando por el ala de un avión en vuelo, ya que por las mañanas, al despertar con el cabello revuelto, los ojos gordos y el olor a piel joven que anula todos los demás, se la podía tomar por una colegiala.

Y así parecía tomarla Bernard.

La segunda noche algo la despertó muy tarde. Se quedó quieta y entonces le escuchó… y creyó adivinar que la llamaba:

—Muchacha… —un murmullo que casi no se oía—: Muchacha…

Luego se calló. Bernard le pasaba una sombra de mano por la mejilla, el cuello, los brazos… hasta que le puso toda la piel en pie de guerra y ya no le quedó ni un trocito para fingirse dormida. Abrió los ojos y en la penumbra del amanecer, que en Tres de Marzo es a las 5.20, comenzó ella a acariciarle con ellos, una vez más, sin ni siquiera parpadear.

Actores y espías (o al revés)

Los pobres y los periódicos creen que para ser rico hace falta tener mucho dinero, pero no es cierto. Ésa es la consecuencia. El verdadero don del rico es tener un raro talento entre actor y espía, como demostró una vez más Sixto Zuluaga a toda la sociedad porteña reunida en la basílica del Santísimo Sacramento.

Porque al final hubo boda. La novia estaba muy seria, después de que le cambiasen el papel y ser ella la que tuviese que esperar al novio. Un papel tan difícil como el de Julieta sospechando si Romeo no estará muerto. Sus lágrimas, en la sacristía, habían durado unos diez minutos cuando la cortó en seco su padre con una sola frase llena de talento de dramaturgo que le daba por completo la vuelta a la obra:

—No le des ese gusto.

El novio no encajaba demasiado en el retrato robot del mecánico francés que había circulado más o menos por la sociedad porteña y según el cual era alto, deshilacliado, con uñas negras de grasa y tenía la propensión a la insolencia propia de un italiano recién desembarcado. Un atorrante. Francés, pero atorrante. Pero el tipo que le dio el sí a Matilde Zuluaga, la más joven de las princesas porteñas de la época, lo hizo con tanta soltura que, como sucede en las mejores funciones, los espectadores creyeron que habían leído mal las críticas.

Pues no era con Bernard Surville con quien se casaba Matilde sino con uno de los MacAllister Armiñán, en tiempos una fortuna maderera de tales dimensiones que el bisabuelo fundador había igualado la playa de dos kilómetros de su finca en Punta del Este

con parqué de madera de haya, y también había entablillado el camino que unía la casa a la carretera de Montevideo: unos peones trotaban detrás de los coches y limpiaban las manchas de grasa. Esa tradición de esplendidez había terminado con el padre MacAllister, a quien le había alcanzado la energía legendaria de la familia para fundirse en una sola vida los aserraderos en Biarritz, Viña del Mar y Wiesbaden, y aquí sobre la misma mesa verde donde ya se arruinó Dostoievski.

El joven Sandro MacAllister tenía un ojo medio muerto y medio fijo por haber recibido en él un mazazo de polo, era de la misma altura que Matilde y casi tan delgado, hablaba inglés y al *bridge* no perdía en exceso, tenía canas jóvenes y se parecía a Montgomery Clift de incógnito, y pese a su aspecto de seductor de revista no se sabía muy bien por qué andaba sin novia, aunque había rumores. O sea que era el perfecto candidato para el audaz papel que había imaginado Sixto. Faltaba que quisiera.

Quiso. Más aún, le brilló el ojo y medio cuando el viejo Sixto lo mandó llamar fuera de la iglesia y, en el asiento trasero de un coche, le dijo tres frases con dos cifras. Una para protegerle el prestigio y otra para castigar a quien se había atrevido a arrugárselo a él.

—Que sean cincuenta millones —dijo Sandro MacAllister respecto a la primera de ellas, y el viejo Sixto ni parpadeó. Ése era el lenguaje que comprendía y no otra cosa habría dicho él. O mejor dicho, él habría subido.

Cuando se lo notificó a Matilde en la sacristía, ella se puso roja, incluso escarlata.

—¡Pero si no se le conoce ninguna novia! —dijo al enterarse.

—Tampoco novio —zanjó su padre.

—Tiene un ojo de vidrio —dijo la hermana. Zuluaga ni la escuchó. Con generosidad inédita le habló a Matilde y le ofreció una alternativa:

—Qué preferís: ¿salir sola de esta iglesia?

Lo más curioso es que MacAllister y Matilde fueron felices. O llevaron esa vida sin desgracias demasiado visibles que se tiene por felicidad. Tuvieron dos hijos, de biografías deducibles, con el tiempo

se arruinaron, no demasiado, lo suficiente para envejecer envueltos en más nostalgia de la habitual, y en general se dejaron en paz.

Y ahí pareció terminar la soberbia representación de Sixto Zuluaga en el papel principal de gran patriarca con reflejos de fundador de imperios. Y también la de los secundarios: Sandro MacAllister, en el papel de cazadotes cazado, e incluso Matilde, en el rol de *no dándole ese gusto* a quien la plantó ante el altar y volviendo por completo del revés la obra justo antes de que subiese el telón.

Pero sería conocer mal a Sixto Zuluaga (y a los ricos) creer que con esa puesta a salvo de los muebles en la basílica se iba a terminar la historia. Dos pequeños detalles no encajaban, y si alguno de los presentes se dio cuenta no lo dijo. A lo mejor porque el talento para la crítica —comprender lo que hay, intuir lo que falta y hacer del diagnóstico otra creación— es casi tan raro como el necesario para hacerse rico, o más. Y en cuanto a los otros millonarios presentes, eran los primeros interesados en que la chusma siguiese sin saberlo: no es rico quien tiene sino quien sabe.

Y para saber hace falta ser buen actor, pero también espía.

La parte del espía fue la que se desarrolló en el coche, en la penumbra propia del oficio, y se relacionaba con el segundo número mencionado por Zuluaga. Un diálogo muy breve, típico de espías, sin más presentes que el autor, el productor que encarga el trabajo, Zuluaga, y el actor encargado de llevar la obra a escena. Ejecutarla.

Que como ya se dijo cumplió de forma aseada con su papel de marido comprado en la misma iglesia, como una gran oportunidad sobre la marcha. Corteses aplausos, sin más. Lo que nadie podía sospechar es que, si había sido elegido a toda velocidad entre los invitados a la boda, no era porque pudiera sacar a Matilde de la basílica entre himnos y arroz como si hubiese nacido para ese papel —el rol de marido de heredera está al alcance de cualquier aprendiz—, sino para hacer de espía. Ese personaje requería un talento mucho más raro. Y con riesgo.

Lo que tal vez ocurrió a oscuras

¿Es posible saber lo que hace la gente por la noche? ¿O a escondidas? En principio no se puede y por eso existen el cine, el porno y la literatura. Uno diría que es imposible conocer esa vida a oscuras. Y sin embargo, de la misma forma en que la gente afortunada tiene la muerte que le corresponde, y casi, casi se hubiese podido predecir (Julio César, don Quijote, Saint-Exupéry…), igual, de lo que sucedió se podría deducir lo que ocurrió a oscuras entre Bernard y Marina.

No es lo mismo seducir a un hombre en la ciudad que en el campo, sobre todo si el campo es tuyo. Marina aprovechó pues las ventajas de encontrarse en París —casona colonial en medio de un mundo grande y verde, silencio subrayado por la chimenea, muebles bruñidos por varias generaciones, algún pergamino en el que Bolívar reconocía deberle a la familia ciento cincuenta caballos de la finca que habían combatido en la guerra de Independencia— para intentar saber más de Bernard. Por qué llevaba a veces las uñas sucias, por ejemplo. Hasta dónde le había acompañado su chaqueta de cuero negro (o la que le había prestado a ella, de cuero marrón). Dónde se había forjado esa imposible mezcla de calidez e ironía en su sonrisa. Por qué sabía aterrizar de noche…

Fracasó. Sólo sacó la vaga confesión de que no era la primera vez. No supo ver que esa vaguedad ya era una forma de conocerle: él no era una historia sino su sugerencia. Si era una respuesta, retenía parte dé la pregunta.

Subieron a las habitaciones a medianoche y frente a la puerta de su dormitorio él se inclinó a besarla como si estuviesen en una

película.

—Nn… no —tartamudeó apenas Marina, y le ponía la mano en el pecho. Quizá no quería caer en lo obvio—: Aquí no —se le escuchó apenas cuando él ya se iba a su habitación, al otro lado de un patio español.

Escena más difícil de comprender si se conoce lo que había pasado horas antes en el taxi, cuando ella iba a Nueva York y se quedó por el camino.

Fue tan rápido que cuesta recomponerlo.

Ella dijo: «Al aeropuerto», él pidió que apagasen la radio y se quedaron callados, mirando por las ventanas. Era viernes y esa hora universal en que la noche ya palpita en el día a punto de desaparecer, y en ese momento en que todo parece posible sintió la mano de él en su rodilla. Quizá porque era la misma que había visto sobre la cintura de Silvia Pisano y había imaginado más veces de lo que hubiese querido, la dejó donde estaba y siguió contándole a Bernard historias del barrio que atravesaban, como una guía turística de cuentos privados… Hasta que en mitad de uno de ellos, con una naturalidad que la sorprendió incluso a ella —así suceden a veces las cosas—, se giró en una frase y se encontró con su boca, quizá la había buscado, y sin tartamudez de ningún tipo, una vez llegados a un final de párrafo hasta comenzó a abrirle los labios con una lengua tímida pero decidida. Jamás había hecho algo así. Le influía tal vez el que de él no se sabía nada y lo que se sabía parecía de novela. Quizá el que se iba a Nueva York y nunca se volverían a ver. Seis largos semáforos después, ya de noche, aflojó las piernas. La mano de Bernard se tomó su tiempo y luego se abrió como una inundación en la frontera entre la rodilla y el muslo.

Ni siquiera supo en qué momento él le había cambiado al chófer la dirección. Aunque recordaba muy bien la ruta del aeropuerto —el viajero se fija en lo que deja porque ya presiente la nostalgia—, nunca la había hecho pegada de esa forma a la boca de un hombre. Ni que hubiese sido la última boca, el último hombre.

Nunca la habían acariciado así. Los hombres de su mundo respetaban, más que un ritmo, una pauta: cena, velas, baile lento, labios, manos y pecho, a veces, temblando. Marina siempre había parado a tiempo. Pero por risitas, cine e instinto sabía que a partir de ahí los hombres solían obedecer a las películas: beso, lengua, mano en pecho, reclinamiento sobre sofá o asiento trasero… y fundido en música hasta la mañana, cuando reaparecen a la hora del desayuno y ella pone ojos de ser muy feliz.

Bernard no. Primero, cuando el taxi aún iba por los barrios de grandes casas —a través de las paredes de hiedra se podía adivinar a la gente vistiéndose para las fiestas de la noche—, le permitió a Marina llegar basta él y abrirle la boca con la suya. Luego él sacó la mano de bajo la falda y la puso sobre su pecho.

Mientras sentía una bronca de mariposas en el vientre Marina reconoció en Bernard olores a crema de afeitar, tabaco y otro desconocido que la erizaba en varios sitios. Entraron en una zona de baches y, a ciegas, Marina supo que cruzaban por entre las casas de cartón y hojalata de las fronteras de la ciudad. Mujeres agobiadas por niños con mocos sucios y hombres en bicicleta que miraban con ojos de póker los coches que les adelantaban para disimular, no un *full* de ases, sino una atávica humillación.

Todo eso ya lo sabía desde siempre, desde antes incluso de nacer. Lo que ni había imaginado es que su pecho tuviese vida propia, voluntad. Bajo la mano de Bernard el pecho se endurecía más rápido que bajo una ducha helada. Se ruborizó hasta la nuca.

A ella misma sus dedos le pedían permiso pero se le agarrotaban como a un pianista cobarde. No se atrevía. No podía concebir aún acariciar a un hombre, y menos en un taxi que olía a sudor guardado. Sentía que toda la ciudad espiaba desde las ventanas la mano de Bernard entre sus piernas. Notaba las luces de las farolas cruzando sus párpados. Se preguntaba cómo haría para abrir los ojos al llegar. ¿Faltaría mucho?

Como tahúr que era, Bernard cambió de juego. Bajó la mano, cierto, pero esta vez para deslizaría con sigilo de cazador bajo el suéter de cachemir que aún olía a perfume de inocencia. Y no para

perseguir el pecho ya despierto, sino para, después de recorrer sin miedo la cintura de Marina y el valle de su estómago, desviarse en el borde mismo del sujetador y, rozando tan sólo el pecho cubierto por el encaje, acariciar su axila con toda la palma de la mano.

Nunca nada le había dado a Marina tanta vergüenza. Se sentía tartamudear en silencio. Nadie le había advertido que la axila existe, ni que las caricias pueden ponerla en ese estado y hacerla imaginar lo que estaba imaginando, algo en teoría imposible en un taxi apestoso y saltando por entre baches. Su vergüenza se multiplicaba porque sentía cómo su propio sudor humedecía la mano de Bernard, porque hacía tres días que no se afeitaba y sabía que su axila estaba más rugosa que la mejilla de él… y por la necesidad urgente de que él la viese, la respirase, la besase ahí con lengua. Como ya casi no podía resistir el impulso de abrir de verdad las piernas, las cerró. Nunca podría mirarle a la cara, pensó. Sujetó su brazo. Y no supo nunca si era para retenerlo o guiarlo porque el taxi se había detenido. Abrió los ojos.

Ése no era el aeropuerto.

Piedras a punto de saltar

—¿Turismo o trabajo? —preguntó el policía y miró al pasajero con odio. Aún el cine no había secuestrado la pregunta para convertirla en tópico.

El viajero se la hizo repetir, sólo para confirmar lo que ya intuía y darse tiempo para buscar una respuesta. Si decía trabajo quizá le preguntaran cuál. Y él no tenía mucho aspecto de trabajador. Parecía más bien un *playboy*, con *blazer*, foulard de seda al cuello, sienes de plata, como dicen en las novelas de *playboys*, y gafas de sol incluso en la penumbra de la aduana.

—Turismo —aseguró, y con ello hizo levantar la ceja del policía.

—¿Turismo? —dijo—. ¿Aquí? ¿En Tres de Marzo? —no era una frase, eran tres, encadenadas por una sorpresa creciente.

El *playboy* comprendió al policía. Aunque en una primera vista desde el aire el altiplano de Tres de Marzo parecía el lugar que los dioses se habían buscado para pasar los fines de semana, por un trato íntimo con el cielo que de algún modo se le notaba, en una segunda se hubiese dicho que las montañas de sus bordes lo vigilaban, y luces trágicas, administradas por las nubes, recorrían el valle a toda velocidad como perros persiguiendo.

Abajo ya no había dudas. Visto desde la tierra el cielo de Tres de Marzo se las arreglaba para mostrarse brillante, pero oscuro, y no hacía falta ser adivino para saber que las nubes que pasaban por ahí no estaban de vacaciones.

Luego vino el policía del equipaje, que también le odiaba: se le veía disfrutar mientras calibraba su maleta de soberbia piel de cerdo y le ordenaba que la abriese.

—Buen cuero… —dijo. Parecía un elogio pero era envidia.

—Sí —y no se pudo retener—, ¿y cómo no?

Eso le perdió, se dio cuenta nada más decirlo. Porque ese superior *¿y cómo no?* confirmaba, más que el dinero —que eso ya se le veía en el foulard, las gafas Ray-Ban de un insolente ovalado—, su origen: otro porteño pretendiendo que es de Londres y que Argentina se encuentra al sur de los Alpes, donde vivían las esculturas cuando eran de carne.

Nunca el *playboy* habría imaginado que un acento y un foulard pudiesen desencadenar tanto rencor. Porque el policía —pelo de pincho en el cogote y una mirada de través capaz de contagiar la viruela— se dispuso a desmontarlo como hacen los policías de aduana con los pasajeros que les caen mal. Primero le hizo vaciar la maleta, y cuando su ropa elegante quedó sobre el sucio mostrador, mal doblada y en desorden, con los calzoncillos en la parte de arriba —calzoncillos de colores, sospechosos por principio—, procedió a desplegar sus prendas, una por una, como un mercader de sedas en el gran bazar de Estambul. Al cabo de dos camisas y tres calzoncillos el pasajero se decidió a preguntar:

—Qué busca.

—Armas —le contestó el policía, y procedió a espichar un tubo de dentífrico.

O sea que cuando el pasajero logró salir de la aduana, tras haber pagado cien dólares a un tipo y quedarse sin colonia, dentífrico ni crema de afeitar, sin saber aún que le habían desaparecido una chaqueta de ante y dos camisas con sus iniciales, su aspecto seguía siendo de *playboy*, pero enfadado. El foulard un poco suelto y brillos agresivos en las gafas. Pelo descolocado, pese a la gomina. Como si al fin una mujer se hubiese reído de él y su fama estuviese en entredicho. Dos niños se acercaron a preguntarle si deseaba un taxi, hotel, mujeres, algo, y los despidió con modales olímpicos. Eso le costó perder uno de los dos maletines de su equipaje.

Pero no el que importaba, como iba a descubrir el taxista que lo recogió en la parada, igual que si ése fuese un aeropuerto normal, sin creerse su buena suerte: el turista parecía un niño de primera

comunión, llevaba una chaqueta azul con botones dorados y un pañuelito al cuello por el que ya merecía que le rompieran la cara. Usaba gafas de sol en una ciudad donde no se usan gafas de sol, no sólo porque el sol es muy raro, brilla pero tiene algo oscuro, sino porque las gafas apenas lograban cruzar entonces unas pocas calles sin que alguien reclamase su propiedad. Y parecía bravo, enfadado por algo.

—… y aquí ése es un error ni el jijuemadre, doctor —le decía el taxista mientras le hablaba por el espejo.

—¿Y eso por qué? —preguntaba el pasajero, que se había quitado las gafas de sol y, con un solo ojo pues el otro parecía medio quieto y medio muerto, se le veía abstraído en la película de la ventanilla del taxi: villas-miseria y gente miserable a ambos lados de la carretera del aeropuerto mientras el taxi se dirigía a una ciudad recostada sobre las faldas de una cordillera y en torno a una ciudadela de brillantes rascacielos.

—Pues porque eso le impide ver de dónde le viene el peligro. Está usted emberracado y a punto de que se le salte la piedra y no ve lo que tiene enfrente…

Como en efecto no había visto cuando, en lugar de depositarlo en el hotel Tequendama y exigirle una tarifa abusiva, como se hace en cualquier ciudad civilizada, el taxista lo llevó a un rincón pegado al cementerio, muy cerca de ahí, y a plena luz se bajó, le abrió la puerta y con cuchillo de destazar en la mano le reprochó:

—¿Lo ve? Se lo dije —y en tono de regaño por no haber aprendido a tiempo—: Y ahora, gringo jijueputa, démelo todo.

Su error fue lo de *todo*. O lo de *gringo*. Quizá si se hubiese conformado con menos… Pero lo exigió todo y el *playboy*, aunque venía de un país secuestrado desde hacía un tiempo por una banda de militares, ya estaba harto: varias horas de vuelo, un aeropuerto enemigo, una carretera que parecía un recordatorio de curas de que el infierno existe y nos espera, y ahora esto… El ojo vivo del viajero brilló e hizo una cosa rápida con las manos, y un segundo después del maletín que le habían dejado le había saltado a la mano algo negro que latía como un animal. Y lo era.

Ahí fue donde se confirmó que había mentido al declarar *turismo*, en la aduana. Los turistas que visitaban por entonces Tres de Marzo aún no iban armados.

Éste, aquí

Si alguien le hubiese dicho que eso —*eso*— iba a pasar por primera vez a bordo de una avioneta que volaba más bajo que la cordillera con los cristales remendados con cinta pegante, Marina no lo habría negado. Pues ni siquiera habría podido imaginarse en esa historia, igual que es imposible imaginarse qué siente una pulga al cabalgar un leopardo. Y eso pese a saber que con Bernard las cosas nunca iban a ser como estaba escrito.

Cuando tras el desayuno subieron al avión como si estuviesen de acuerdo, Bernard corrió el Aleros por la carretera como un caballo al galope, lo trepó al cielo, pactó por radio una ruta de regreso a Tres de Marzo y se metió en la caravana de nubes grises que saliéndose a veces de su carril se dirigía hacia el sur. Luego rebuscó entre un revoltijo de mapas y cosas y con una gruesa goma ató un palo al timón a modo de piloto automático. Y se giró hacia ella.

Y ella, que al principio no se lo podía creer, vio que no era deseo, o no sólo.

—¿Es seguro? —preguntó mirando el mango de escoba. No sabía qué decir.

No, no era ironía, juego ni deseo lo que había en los ojos de Bernard. Era vida. Vida como un prisionero escapando a campo través antes de que un centinela dispare. Bernard levantó su mano sin guante y le pasó por la mejilla la espalda de dos dedos helados.

Marina estaba dividida. Ya no era el vértigo de viajar en un avión arreglado con esparadrapo. Si le hubiesen preguntado qué lugar hubiese elegido para que sucediese, habría dicho: «Éste». Estaba dividida entre el miedo al dolor de todas las mujeres y, no

tanto el deseo, como una especie de fatalidad: desde la fiesta en Tres de Marzo sabía que ése era el hombre y, ése, el momento. Así de sencillo. Si le hubiesen preguntado por qué, habría dicho «porque sí», sin vacilar, como cuando la maestra le pregunta a un niño dónde está la nariz.

Tampoco supo muy bien qué ocurrió. Así como en los asientos traseros había sucedido siempre sólo lo que ella permitía, ahí en el avión no tenía ni idea de qué sería de su vida en los siguientes minutos. De pronto estaba descalza y, remangada la falda que se había puesto para viajar el día antes a Nueva York, cabalgaba las piernas de Bernard en el asiento del copiloto. Sentía en el pelo el silbido del aire que peleaba dentro del avión con el motor. Sombras de nubes se enredaban bajo ellos, en los eucaliptos y potreros de la Sabana de Tres de Marzo, el paisaje de su infancia feliz, y sobre el rostro de Bernard. A otro le habría inquietado tanto trajín, a ella no. Nada malo podía suceder ahí. Se concentraba en los besos de Bernard —ahora eran suaves, como si no viajasen en avión sino en barco—, en sus manos de mecánico que recorrían sus muslos, primero con medias, luego ya no. Hacía frío pero el estruendo de los motores les abrigaba.

Con toda naturalidad fue ella quien le buscó a él con un instinto que alguna vez se había sospechado. De pronto lo supo dentro de su cuerpo con una facilidad que la cogió por sorpresa. Más que conocerle, le reconocía. Le dolió, cierto, un pinchazo que le pareció una lanza, pero nunca habría imaginado que semejante dolor le pudiese importar menos. Ahora quería saber cómo había podido vivir sin Bernard entrando en ella. Desde que sucedió —terminó en galope con ella tartamudeándole susurros al oído, indiferente a que el avión se untase en la montaña siempre y cuando él siguiese dentro de ella—, desde que sucedió tuvo la certeza de que ya no era la misma. Seguro. Algo le había sucedido y para siempre.

Tardaría en desmigajar toda esa primera vez, pero a cambio pudo ponerle un nombre a ese otro olor de Bernard que había estado echando de menos, y que al fin pudo nombrar como si fuese la última pieza de un rompecabezas de perfumes. Era el mismo olor

de las sombras sobre la Sabana y el del fondo de los ojos del piloto, y lo dejaba a uno sin saber ni dónde estaba el sur. Resultaba difícil de reconocer, el olor del viaje, porque además cambia las cosas a su paso.

Baile con edificios

Se despertó con el gemido de los autobuses y los olores de una ciudad distinta, que era la misma: lo sabía por la luz más vertical de los Andes a tres mil metros de altura y porque ahí las montañas mantenían el mismo oscuro verde indiferencia que en el norte de la ciudad, frente a su casa.

Como todos los días, caminó descalza hasta la ventana y se asomó. Aunque en un quinto piso, podía respirar el intenso olor a gasolina del centro de Tres de Marzo y, casi, el de los vendedores que cuadriculan las aceras en un infinito mercado de pan de yuca, periódicos, cabezas de crías de caimán plastificadas en llaveros, bolígrafos…

Aunque intenso, el ruido del tráfico y las sirenas de los autobuses no alcanzaban a apagar el del teléfono, un aparato gordo y oscuro que se tomaba su tiempo para contar en cada timbre una historia distinta: Ríííníníní

Tres de Marzo mezclan cielo y tierra, el encuentro con la tía Eugenia en un restaurante, y un silencio casi visible en Bernard al regresar al hotel.

—¡Qué milagro verte! —le había dicho la tía Eugenia a la salida del restaurante con ese entusiasmo de azúcar de su clase que a Marina le recordó cómo es que se odiaba. Inútil siquiera intentar el disimulo. Se detuvo pues a saludar.

—No tardará en contarle esto a todo Tres de Marzo…

—Contarle qué —preguntó Bernard.

Y no supo explicárselo.

Repasó esa escena y otras durante los dos días y tres noches en que él estuvo ausente, buscando la razón de que la hubiesen dejado sola. Vio el polvo del hotel que no había querido mirar, recordó los titulares en rojo de los periódicos, olió de nuevo el olor a droga dura de los autobuses y a fuerza de repasar terminó por acordarse de la mirada insistente que un sujeto les había lanzado desde otra mesa en un restaurante. Un tipo guapo y repeinado que cambiaba cuando se le veía la mirada rara y un ojo medio muerto. Sólo entonces le pareció comprender que Bernard hubiese pedido la cuenta sin esperar el postre: no había querido meterla en uno de esos pleitos por miradas que en Tres de Marzo pueden costar muertos.

Pero su lucidez no conseguía tranquilizarla en esos días en que a mediodía parecían las seis y sobre las tres el cielo estallaba en rayos y truenos más miedosos que en el norte de la ciudad. Ahí en el centro las calles que bajaban del cerro se convertían en ríos y para cuando la gente, convertida en insecta, corría para protegerse de la lluvia, ya el agua le llenaba los zapatos. El sol reaparecía a tiempo para acostarse entre juegos de nubes por los que los turistas, caso de existir, habrían pagado entrada.

Bernard llegó al cabo de dos días y casi tres noches que a ella le parecieron seis. Antes la había llamado varias veces para decirle que la quería y darle avisos de llegada, pero eran falsos. Cuando al fin apareció, Marina vacilaba entre las ganas de darle una cachetada, llorar, pues en Tres de Marzo cuando algo parece malo es peor y ella ya lo veía acuchillado en una esquina, y el deseo de sentirlo entrar en

ella cuanto antes.

No sucedió nada de eso. A las tres de la madrugada y con ojeras y una barba canosa de dos días, Bernard entró en la habitación chorreando agua, tropezó en una frase sencilla, «Hola. Estoy agotado», y cayó en la cama sin desvestirse.

«Pues sí que empezamos bien», pensó Marina. Había estado esperando a un amante y le llegaba un borracho. Cualquier mujer rica o pobre de Tres de Marzo podía reconocer los síntomas, la memoria iba ya en la especie.

Se acostó junto a él —no podía hacer otra cosa—, y esperó a que amaneciera para hacer su equipaje y volver a su casa. No tenía por qué aguantarse a un borracho, se repetía como una recién casada cualquiera al comienzo de la historia real, y ella no estaba ni siquiera casada. La furia le tartamudeaba por dentro. Al fin se quedó dormida y a la mañana siguiente, desayunando en la habitación papaya y huevos pericos con tomate y cebolla, se le despertó la reprochadera y repasó todo lo que le iba a decir cuando volviese en sí.

Pero algo sucedió porque de pronto se le acabó el monólogo. Como si ya lo hubiese dicho. Ni siquiera se acordaba de que ya era el día siguiente y a esa hora ella debía estar en el taxi hacia su casa.

Lo que había sucedido es que Bernard aprovechó el desayuno para mostrarse ante sus ojos, no como un fardo tirado sobre la cama con las botas puestas para ofenderla, sino como un hombre, su hombre aunque estuviese borracho. Marina cayó al fin en la cuenta de que si respiraba fuerte debía de ser de calor y agobio —y que cayera indica que ya lo miraba de otra forma—, y sosteniendo en la mano una taza de café se sentó en la cama y con la derecha deshizo los lazos de las botas. Pero para quitárselas necesitaba las dos manos. Dejó el café y le quitó las botas, y de nuevo le sorprendió que no le importase ese trabajo de soldado.

El chaquetón de cuero pesado le costó más. A cambio, durante unos segundos lo tuvo apretado contra ella y pudo encontrarle olores

desconocidos que no le importaron porque no halló ni rastro de mujer. Esa búsqueda la avergonzó.

Quizá por eso lo miró con otros ojos. Se preguntó por qué y se sintió insegura: si un hombre busca trago, se dijo como tantas mujeres antes que ella, seguro que es porque no le basta lo que tiene en su casa.

Pero no había empezado con ese razonamiento tramposo cuando ya un recuerdo se lo interrumpía:

—¿Mi casa? —le había devuelto él la pregunta. Era la primera noche en el hotel, ella le escuchaba el corazón y él fumaba—: No tengo. O sí —se corrigió—: Mi casa es mi avión.

—Pues a ver cuándo le arreglas las goteras —simuló reír ella al recordar el viento entre la cabina y las ventanas del Aleros sujetas con cinta pegante. Pensó que nunca había oído mejor excusa para escapar de una mujer, pero lo pensó como algo ajeno, leído en una novela.

Era justo al comienzo, cuando uno no ve, y no le dolió tanto como esa noche, al recordarlo con Bernard sonando a su lado igual que unas lentejas a fuego lento.

En una habitación ya tan oscura que encendió la luz para distinguirle, Marina se atrevía a recorrer con un dedo dos viejas cicatrices que aún le partían una ceja y le estiraban un párpado —lo hacía con el aura de los dedos, al modo de los arqueólogos, para ver si así el tacto le entregaba el pasado de Bernard—, cuando un rayo entró en el cuarto y el trueno le pateó el corazón, que de inmediato se puso a correr a toda velocidad. No dijo «¡Santa Bárbara bendita!» porque estaba en la edad de entrenarse para no ser como su madre, pero en cierto modo se alegró: al fin iba a poder decirle…

No le pudo decir nada porque Bernard no se despertó, ni con ése ni con los demás truenos de una profecía bíblica que asustó a Marina más que nunca. Desde su palco en el quinto piso los relámpagos actuaban casi sólo para ella. Se exhibían. Se colaban como bailarines por entre los edificios y con sus pies en llamas

perseguían a la gente por la calle como si fuesen cucarachas culpables corriendo bajo el fregadero.

Primero se indignó. ¿También iba Bernard a dejarla sola con la peor tormenta desde que empezaron las lluvias? En su casa podía reírse con las muchachas de sus miedos, o encerrarse en la biblioteca y tratarse con los músicos y poetas que habían usado las tormentas como tintero (cierto que eran tormentas europeas, pacíficas y decorativas). Pero ahí, en el Ritz, era una espectadora rehén de ese teatro del desastre.

Otro trueno entre la habitación la decidió a despertarle. No quería morir fulminada por un rayo en la cama de su amante.

Pero no pudo. Le llamó y hasta le gritó mientras le empujaba, luego le dio cachetaditas y pellizcos de monja. Era como si Bernard estuviese vivo pero muerto, y no despertó. Volvía a ser de día, aunque fuese el del Juicio Final. A lo mejor las sirenas de los autobuses eran las trompetas del Apocalipsis y los chóferes, los arcángeles… Otro trueno la puso a llorar. «¡Estúpida!», dijo en voz alta, y se lo repitió. No se perdonaba el no haberse ido a su casa.

Pensó en llamar para que fuesen a por ella, pero recordó que en su casa había varios coches y ninguna barca. Aunque pensó en ir al bar del hotel, también que ahí la podían tomar por otra cosa… No se atrevió.

Descubrió que de algún modo ya estaba unida a Bernard. Si se los llevaba la lluvia, si los volatilizaba un rayo, que fuese juntos. Buscó alrededor. En todo el cuarto no había más pararrayos que la almohada libre y una silla coja.

Poco a poco se fue quedando sin ideas mientras la tormenta se iba. Oía el redoblar de los cañones agonizando entre las montañas. «¿Dónde irán a morir los truenos?», se preguntó. Ya dormía.

Nunca llueve sobre los yates

A unas diez manzanas de allí la tormenta encendió una lucecita en el ojo despierto del *playboy*, como si el alma se le asomase con los relámpagos.

Hasta el momento había vegetado un poco, deprimido: el hotel Tequendama era igual a muchos, más viejo que clásico, casi ahogado entre edificios de cristal como los que hay en todas partes. Y abajo tenía una galería comercial donde se cobraba en oro a los turistas —más bien ejecutivos de petroleras, porque turistas no había en Tres de Marzo—, demasiado asustados para salir a la calle en busca de un sucedáneo de joya precolombina para sus mujeres, que jamás los acompañaban.

Porque luego se reconocieron los méritos casi superiores de otras, como Caracas, Río de Janeiro, Guatemala, México y hasta Buenos Aires, contra todo pronóstico, pero por entonces Tres de Marzo tenía la reputación de ser la ciudad más peligrosa de América, junto a Nueva York, y una de las más arriesgadas del mundo. Allí, ya se decía entonces, allí era más caro llevar a una novia a un restaurante que contratar a un asesino, y allí, según la prensa extranjera, los criminales de cuello blanco tenían tanto dinero que encargaban sus leyes a medida a un parlamento de sastres.

Y eso, más que su misión, era lo que oscuramente excitaba al *playboy* y le atraía de Tres de Marzo como las moscas a las iguanas. Sabía que tan pronto marcase un par o tres de teléfonos, alguien le diría:

—Ay, Sandro, pero cómo se te ocurre alojarte en un hotel. De ninguna manera. Te vienes a la casa. Voy a buscarte ya.

Y él tendría que insistir para quedarse en ese hotel y no aceptar siquiera que lo llevasen a alguno de los que ya se construían en el norte. Hoteles discretos, confortables, a tono con una ciudad que aún parecía encontrarse en Inglaterra si bien ya se hacían gestiones para llevársela a Estados Unidos.

Porque al *playboy* los dioses le habían dado una facha como para vivir del cuento en escenarios de película, pero a él los que le gustaban eran los paisajes de los que la gente huye. No sólo ya no veía los grandes salones, pues se había criado en ellos, sino que le aburrían los yates, que parecen lujo pero son minúsculas prisiones donde no es posible escapar del sol ni del aceite bronceador del vecino.

El azar le permitió descubrir un día que no todo tenía por qué ser lujo, aceite bronceador y tedio. Fue muy pronto, de niño. Se encontraba en el corral de una finca, había ido a alimentar a unos patos. En los juegos preliminares algo salió mal y un pato resultó malherido. Asustado, sin saber qué hacer, lo estranguló. Luego lo enterró. Con gran sorpresa esa noche descubrió que la experiencia le había gustado, y a la mañana siguiente volvió a por más.

Y no era tan tonto como para vivir pobre entre patos muertos, pero no podía aguantarse la neura de no hacer otra cosa que pasear por el mundo su perfil de actor de cine, el del ojo bueno. De vez en cuando se imponía el perfil del ojo turbio y volvía a por más. Más oscuridad. Más calles peligrosas, más encuentros con taxistas equivocados, más. En Buenos Aires fue al estadio del Boca y las tabernas de alrededor hasta que tuvo la oportunidad de provocar a un rezagado, tarde ya, y acuchillarlo. En Montevideo se lió con un par de tipos y, cuando los tuvo bastante borrachos, con una faca de cuchillero clavó la mano de uno en una mesa y machacó la cara del otro hasta quebrarse un dedo (ahí aprendió a usar puños americanos). Más prudente, en Arica abandonó a un autoestopista en el desierto y se quedó por la zona hasta que lo dieron por desaparecido. Pero eso no le satisfizo pues una lejana desaparición por sed le daba un placer abstracto, demasiado teórico.

Más que el fatal encuentro con el taxista, que había sido casi un

suicidio, lo que en Tres de Marzo le despertó el animal fue, quién lo iba a decir, el cielo oscuro sobre el cerro que dominaba su hotel, con una iglesia en lo alto. Manadas de nubes corriendo sobre la ciudad como el mar de una tragedia. O sea que cuando vio un par de gotas en el cristal de la ventana y el lejano gruñido de un primer trueno anunciando la tormenta, sin pensárselo más el *playboy* agarró al vuelo una cazadora deportiva y salió a la calle.

Pero no tuvo tiempo ni de verla. En la misma puerta del hotel le esperaban para tirarle un cubo de agua, y luego varios más. Lo mismo les sucedía a los otros transeúntes. Había muchos, a esa hora del almuerzo, y todos corrían, tapándose con optimismo con un periódico que les escurría las noticias sobre la cabeza antes de llegar a la esquina.

Salvo tres niños, descalzos, que caminaban bajo el aguacero como si ésa fuese otra versión del sol.

Decidió hacer lo mismo. Más aún, seguirlos. No contaba con que, desde su segundo día en la calle, los niños descalzos de Tres de Marzo se afilan el sexto sentido hasta convertirlo en arma de guerra, incluso cuando se drogan respirando gasolina que roban de los coches. Y por una razón muy sencilla: si no lo hacen, mueren.

No habían avanzado ni dos manzanas cuando los tres chicos se separaron. Dos por un lado y por otro el tercero, que fue a quien siguió el *playboy*. No sabía que esos chicos jamás se separan. Es la única forma que tienen de retrasar un poco la sentencia que se les dicta desde que huyen de su casa. Doblaban la esquina de una calle ya bastante empinada, en las faldas del cerro, cuando el *playboy* se encontró con el chico a quien seguía y otros seis o siete gamines (así les llaman), y entre ellos dos chicas.

—Y ahora qué, gringo malparido… —se le encaró una de ellas con voz de lija, y le soltó una fila de injurias que no entendió, aunque sí su sentido general.

Estaba incluso sorprendido. Nunca se había visto en una parecida, entre otras cosas porque en ninguna otra parte existen gamines como los de Tres de Marzo. Casi segura traducción del francés *gamin*, chico, lo único que un gamín comparte con un *gamin*

francés es la edad. En todo lo demás es como medio siglo más viejo.

—Sho no soy gringo —respondió, y después de tres segundos de estupefacción, también él había logrado sorprender a los gamines, éstos comenzaron a reír, o algo parecido. No se sabía bien si eran risas, o toses, o hipo, o algo raro.

No por ello se les pasó la rabia. Se la afilaba la lluvia que creaba goteras en la ropa. La sentía. Gotas recorriéndole como culebras. La muchacha se sacó un cuchillo que parecía un machete y el *playboy* se preguntó de dónde, porque la niña apenas subía más de rodilla y media. Aunque los demás también desenfundaron armas, se lo dejaban a ella.

Igual que el cielo, que no sabía si irse hacia el día o hacia la noche, el *playboy* se sentía dividido. Por un lado le daban pena, o eso que dan los niños, por el otro le tentaban, aunque eran demasiadas posibles víctimas, incluso para él. Su pistola sólo tenía ocho balas, un margen muy estrecho. Nadie les iba a ver porque la lluvia caía en una espesa cortina y había que adivinar los coches que bajaban lentos, como góndolas.

Y los chicos le caían bien. Él también se habría marchado de casa si la suya no hubiese sido tan grande: era como vivir solo.

Pero una tromba de agua arrolló a los gamines, de espaldas, y arrojó a la chica a sus brazos. Apenas tuvo tiempo de desviarle el cuchillo, que luego se llevó el agua. Intentaron sobrevivir juntos, hechos un nudo, mientras el agua los arrastraba hasta tirarlos en un gigantesco charco, al pie de una iglesia.

Le dolía todo el cuerpo y sobre todo la clavícula, quizá se la había roto. Seguía lloviendo y algo le teñía de rojo la lluvia que se le escurría por la frente. Se le agudizó el dolor cuando la chica recuperó el sentido y se desanudó de sus brazos con energía —«¡Suélteme, marica!», le gritó—, para arrojarse sobre un cuerpo que parecía un cadáver, boca abajo, en el charco.

—¡Jairo! —le gritó—. ¡Jairo!

Pero Jairo no se movía. Otros chicos se acercaron. Si no estaba muerto ya, lo iban a ahogar.

Intentó acercarse pero lo rechazaron como zopilotes

defendiendo una vaca muerta.

Lo intentó de nuevo. Algo les dijo, porque le dejaron. Y de pronto se vio, con las rodillas hundidas en el agua, sosteniendo a Jairo entre los brazos. Tenía los ojos cerrados, el pelo pegado por el fango y la grasa, no respiraba y olía. A mugre antigua, a desgracia, a barro. Pero no había tiempo que perder. Ni siquiera lo podía tender en ningún sitio para bombearle con los brazos el agua y el fango que había tragado.

O sea que al *playboy* no le quedó más remedio que vencer el dolor de su hombro, inclinarse y, como un soldado con una cocinera en un banco del parque, taparle la nariz y besarle para meterle vida. Además de la sangre que le caía de la frente, sabía a cerveza, a maíz, a tabaco, a gasolina.

¿Qué se entiende por buena gente?

Cuando Marina despertó, ya de noche, el único estruendo que se oía era el de siempre de la ciudad, y ella sujetaba en la mano algo tibio y duro que tardó en identificar con un dedo, una mano, quizá lo que más le había gustado de Bernard al comienzo.

Antes incluso de abrir los ojos se dio cuenta de que él tenía ya una respiración de niño, ni rastro de la marmita. Se acomodó mejor sobre Bernard, le abrió la camisa para apoyar la mejilla de leche sobre su pecho, y dejó su pelo negro y liso enredarse entre el hirsuto y rojizo de él mientras sentía con gusto cómo sus dedos largos desaparecían entre la pelambrera.

Fue apenas natural que primero le oliese, sin que casi lo pareciera, y luego hundiese sus labios entre los suaves rizos. Por alguna razón, en el pecho, bajo el matorral oscuro en el que ya se veían canas, latía algo vivo que la conmovía. Sintió toda la falta que le había hecho Bernard, pero como algo ya de la memoria. No se sintió tan indefensa.

Para entonces recorría el cuello, lo probaba. Al llegar a los labios ya estaba recostada sobre él y le sentía grande y vivo bajo ella como un animal.

Con su boca entreabierta quiso sentir la barba dura, repasar esa intemperie que le vestía. Al besarle y buscarle la lengua, notó con sorpresa su respuesta. Pero algo más: no quedaba ni rastro de alcohol. Insistió para comprobarlo, como un catador de vinos, un detective. Lo de Bernard, comprendió al fin, no había sido borrachera sino cansancio. Agotamiento. Y otra sorpresa: ella no se sentía tan culpable como debiera. Como si hubiese roto un jarrón y

ya no tuviese remedio.

Otras partes de su cuerpo se despertaban pese a que él seguía dormido. No hacía falta porque se veía, pero Marina se atrevió —nunca lo había hecho antes— a comprobarlo con una caricia. Y ahí no midió sus propias fuerzas. A caballo sobre él, hizo el trabajo que según los libros le corresponde al hombre: se quitó el suéter, la blusa, el sujetador de dibujo y liberó dos pechos que de puro duros ya le hacían daño. Luego le abrió a él el pantalón y, sin poder esperar más, se hizo un hueco apartando su ropa interior, bajo la falda, lo buscó y se penetró, y al fondo de una nebulosa alcanzó a sorprenderse de con qué facilidad se sentía ahí en su casa. Ahí, cabalgando un hombre en un hotel casi clandestino en el centro de Tres de Marzo. Luego comenzó a moverse, lenta al principio pues ahora no quería despertarle.

También Bernard comenzó a moverse, quizá dormido. Cuando abrió los ojos, en la segunda o tercera vez que ella se desfondaba un instante como si le cortasen las cuerdas que la sostenían, descubrió que a Marina, ruborizada, se le abrían las ventanas de la nariz y en los ojos un poco rasgados se le veía la tormenta: rayos minúsculos se perdían al fondo de las pupilas oscuras. No había redoble de truenos alejándose. Aunque le brotaban palabras rotas de amor y promesas, Bernard no estaba seguro de que le pudiese ver.

Unos días después Marina sintió algo, se asomó a la ventana y vio que las nubes ya decapitaban los cerros y no tardaría en llover. Pero no era eso lo que la había llamado sino el coche negro que se detenía frente al hotel y del que se bajaba su padre —imposible confundirle, sólo él llevaba el paraguas como un sable—, por completo indiferente a los pitidos y a las miradas de pedrada que le arrojaron desde la otra acera e impresionaron a Marina. ¿Así es como nos miran? ¿Tanto nos odian?

Le contestó el timbre del teléfono, que parecía una broma extraviada del siglo anterior: Rrrrrríííínnnnng… Pirirríííííínnng… y por una vez ella no se tiró a cogerlo. Sabía que era de la recepción

del hotel.

Tres minutos después su padre la miró como si la hubiese visto esa misma mañana al desayuno, aunque chocado por unos zapatos que no aprobase:

—Empaque lo que tenga que empacar y vaya a la casa. Le dejo a Martín para que la lleve.

Pese a que ella ya había soñado y temido esa visita y esa orden —sabía que tarde o temprano alguien la vería salir de ese hotel—, Marina se sorprendió: su padre le seguía hablando como si fuese un interruptor, ahora la enciendo, ahora la apago, aunque en un mundo imprevisto pues su padre pegaba en el Ritz como un sofá en un campo de fútbol. Además parecía más viejo. Y otra novedad: esta vez ella no pudo retener su irritación:

—¿No me saludas? ¿No me vas a preguntar qué tal estoy?

Su padre le descargó encima lo que su madre llamaba la *mirada Una* —Marina también podía ponerla—, que según ella detenía el tiempo y transparentaba a la gente.

—La saludaré el día en que usted aprenda por fin a respetar su casa y respetarse —dijo como en un teatro—. ¡Y no me replique, carajo! —la cortó en un silbido cuando Marina fue a decir algo—. Ni se le ocurra. Usted no tiene ni idea de con quién se está acostando.

El hombre miró su reloj, caminó hacia la puerta y se volvió:

—Tiene diez minutos. Martín la llevará.

No dijo adonde iba y no hacía falta. Como todos los días entre semana, e igual que su padre, y que el padre de su padre antes que él, iba a almorzar al *Jockey*, a cinco minutos de allí, un club de caballeros reproducción a escala del Fog Club que está en Berkeley Square, en Londres, y donde, igual que en Londres, los socios intentan y a ratos consiguen que el tiempo no pase, y si pasa, que vaya siempre al mismo sitio.

Y en efecto, Marina no lo sabía, y comenzaba a dudar si lo sabría alguna vez. Bernard no era fácil de meter en ningún sitio, y no sólo

porque sus uñas discutibles eran difíciles de combinar con modales como ya no hacen, sino también por su acento, sus palabras, que venían de muchas partes. Sin acento pero con un vago tono francés, decía *atorrante*, por ejemplo, como en Buenos Aires. Aunque usaba el *ustedes* que baja desde el río Grande hasta la Patagonia, una vez se le escapó un *vosotros* —«vosotros pensáis que las cosas van a seguir siempre así…», había dicho respecto a la situación de Tres de Marzo, y Marina quedó más encantada de esa melodía de libro que pensando en lo que quería decir—, y sus zetas eran casi eses pero pronunciaba el castellano de una forma redonda y tajante, al modo de Madrid o San Sebastián, donde el idioma está ya completo y no queda nada por bautizar.

«¿De dónde eres?», le preguntó Marina varias veces, pero sin resultado. Él se las arreglaba para bromear, o le devolvía la pregunta: «¿Por dónde quieres que empiece?», o se lo contaba a medias: su padre había visto a su madre en el puente de un barco… y se había subido.

Un día pareció impacientarse:

—¿Sabes? No te puedo responder porque en realidad no entiendo tu pregunta. Ya no.

Pero Marina no sabía *con quién se estaba acostando* —su padre podía convertir las palabras en puñetazos y Marina era celosa como se es miope o cojo—, sobre todo porque no conseguía ni comprender ni encajar las miradas: las de Bernard con otras mujeres… ni tampoco las de un hombre que le miraba a él.

Marina era víctima de una educación, y en varios idiomas, centrada en enseñarle a «no rebajarse». Ése era el eufemismo que se habían ido creando las mujeres de su especie para afrontar tendencias por lo visto atávicas en sus hombres —hasta su padre se acostaba con las muchachas de las fincas—, y fingir que no pasaba nada.

Así que, para no rebajarse, Marina se negó a reprocharle a Bernard su amabilidad con las sirvientas. Se negó también a contestarle a un hombre que le habló un día en la calle, y luego no se lo comentó a Bernard.

—¿Le puedo decir algo, señorita? —la había abordado el sujeto, un día que ella salió del hotel para comprar aspirinas.

Marina ni siquiera hizo amago de pararse, aunque sin mirar siguió caminando más despacio.

—Debe tener cuidado con Bernard —le dijo el hombre con un acento del sur—. No es un hombre para usted, Marina.

Sólo entonces se permitió una rápida ojeada de furia y alcanzó a detectar un traje gris marengo de muy buen corte y, algo más raro aún, una corbata de buen gusto. Ambas cosas ya muy pasadas de moda. Luego reconoció al tipo del ojo medio muerto y por un segundo le clavó la *mirada Uría*, que en ella sorprendía más que en su padre porque no se la podía sospechar en sus ojos de todos los días, y se marchó de allí sin querer oír nada más.

Pero la frase le quedó goteando en el cerebro.

Todo eso explica que dos días más tarde, cuando Bernard anunció que tenía otro viaje, Marina hablase al fin:

—¿Adónde vas? —le miraba de otra forma—. ¿Qué es lo que haces para tener que viajar así?

—Pues como tantos viajantes…

—Tú no eres un viajante, y lo sabes.

—No, no lo soy… Yo vuelo.

—Sí, ya lo sé: el avión es tu casa y todo eso —dijo Marina con un retintín de hartazgo casi conyugal—. Pero adonde vuelas. Y por qué. Y te rogaría que no me tomases por boba.

Bernard se la quedó mirando con esos ojos —ahí aprendería para siempre Marina esa lección— en cuyas pupilas, más que en las arrugas, se comienzan a ver las grietas del tiempo y el desgaste de los afectos. Dejó de hacer su pequeña maleta de cuero con las esquinas amarillas por el uso, se acercó a la ventana y desde allí le habló de espaldas como a veces hacen los tímidos para que les crean.

—Soy un piloto de acrobacias. Me dedico a hacer pruebas.

Marina miró la frase por varios lados.

—¿Un acróbata? —repitió.

Bernard sonrió un poco.

—Sí, un acróbata, un saltimbanqui del aire.

Cometieron el error de dejar ahí la conversación, sin más, como si *acróbata* bastase. Marina no le dijo que no le creía, ni le preguntó los porqués, ni le pidió que la convenciera de ese trabajo de novela. Tampoco le preguntó quién era el hombre que los seguía ni le dijo que la había parado en la calle para ponerla en guardia contra él.

Bernard había terminado de hacer su equipaje. Se acercó a Marina, la abrazó, la besó, le puso una mano en un pecho y le acarició como antes con un suspiro el oído, y por un momento pareció que lo que tenía que encajar encajaba, como siempre, y que una vez más se produciría la explosión de las despedidas, cuando lo hacían de pie en el dintel de la puerta y ella le enlazaba con los brazos y las piernas.

Pero no fue así. Y no porque ella no quisiera, sino porque, cuando él demoró un poco su entrada en ella, ella se sujetó a él con una especie de ansiedad y se le vio una mirada que él no hubiese querido ver, tal vez porque la reconocía: la mirada del sexo desesperado, que anuncia el fin. Quizá por eso apenas se despidió. Se vistió, la besó una vez más, casi distraído, se fue.

Y no le volvió a ver. Bernard se mató en ese viaje que en efecto debió de ser acrobático, como él le había dicho en la última frase que intercambiaron, porque así apareció en el periódico que Marina leyó el día en que se estaba decidiendo a obedecer a su padre y regresar a su casa. O al revés. No lo sabría nunca.

MUERE PILOTO EN EXHIBICIÓN ACROBÁTICA

Marina leyó el titular y luego comenzó a leer el texto con la naturalidad de lo vagamente conocido, hasta confirmar que se trataba de él, y entonces se agarró a la esperanza de quienes ven venir la desgracia y no se sienten con fuerzas: si la prensa mentía siempre —y ella lo sabía muy bien: el periódico era de sus primos—, ¿por qué no iba a hacerlo con Bernard?

Aun así Marina entró de golpe en su casa, fue a la biblioteca,

con un portazo despertó a su padre, que dormía la siesta en su sofá Chesterfield, también traído de Londres, y le gritó:

—¿Por qué haces esto? —y le arrojó el periódico.

Con frialdad de político su padre fue a buscar sus gafas sobre el escritorio, acercó el periódico a una lámpara, ya que las cortinas estaban corridas, y leyó. Hasta el final. Luego miró a Marina por encima de las gafas y dijo con voz imparcial, aunque un tanto dolida de que le pudieran relacionar con algo así:

—Yo no tengo nada que ver con esto.

Marina intuyó que por una vez el periódico no mentía. Luego, con los años, a base de pura memoria intuitiva llegaría a la seguridad de que la muerte de Bernard no había sido un accidente. Tuvo que ver con ese pasado del que no sabía nada y había sido anunciada por el hombre guapo de mirada fría que la abordó. Era un aviso, un presagio, y ella no lo supo ver, confundida porque era un hombre distinguido, con una corbata de buen gusto. La muerte en Tres de Marzo casi nunca tiene estilo.

Para entonces ya era demasiado tarde. Marina había guardado un duelo que en Tres de Marzo no se podía prolongar mucho tiempo, se había encontrado con su primer novio, el que estaba escrito, y para conservarlo se había retirado unos meses a París, para poder dar a luz a una niña clandestina que intentó no ver y entregó ese mismo día a una pareja de diplomáticos españoles. Según su padre, eran buena gente. Para que su novio no sospechase, su padre hacía que sus cartas escritas en París durante esos meses, en la mesa del comedor o frente a la chimenea con olor a eucaliptus a la caída de la tarde, le fuesen enviadas desde Nueva York.

Todo funcionó como estaba previsto.

En cuanto a los diplomáticos españoles… ¿qué se entiende por buena gente?

Segunda parte

Teatro en el cielo

La azafata que corregía los destinos

Sol volvió a hacerlo y Lucía la miró con admiración y una tímida envidia: era la única azafata en el mundo que conseguía salirse del uniforme y convertir su trabajo de camarera volante en algo imprevisto.

También peligroso, a veces, como cuando en un vuelo desde Caracas Sol barajó en la parte trasera del avión a un equipo de baloncesto con una compañía de *ballet*, y esa misma noche, sobre el Atlántico, un capitán cuyo manual no preveía ese tipo de perturbaciones salió de su cabina en camisa a ver qué ocurría, por qué su avión se mecía como una barca. Y lo que vio fue a gigantes de baloncesto aprendiendo el salto de los cisnes y las walkirias —muchos se golpeaban contra el techo—, y a los cisnes y walkirias —frágiles mujercitas con el cuello largo— aprendiendo a colgarse en el aire para apuntar a una canasta. El capitán prohibió esos juegos —«Y al que no le guste, que se baje», dijo antes de volver a la cabina y dar un portazo—, y el que prometía ser el tantas veces soñado deporte-arte se marchitó al nacer.

Sin embargo, a menudo los experimentos de Sol funcionaban, y tan bien que ni los personajes se daban cuenta: el ideal de cualquier dramaturgo. No sabían que ese viaje que les torcía el futuro no había sido una sorpresa del destino. Sol era el destino. Con modales de sombra y el pelo negro arreglado en moños y trenzas flexibles que desafiaban un poco el reglamento, Sol, fue descubriendo Lucía, era como un hada moderna que en lugar de transformar sapos melodramáticos en príncipes de plantilla se dedicaba a mezclar a

pasajeros normales con la sensibilidad de la que suele carecer el destino. Al menos el destino sin ambición que arma noviazgos entre estudiantes para escapar del aburrimiento de los profesores-magnetófono y organiza bodas en el metro entre empleados cuyo horizonte es la televisión de medianoche.

Como aquella vez en Bruselas, por ejemplo. Era el último avión a Madrid y la sala de espera se iba llenando del característico ejército de robots con uniformes gris marengo o azul marino en cuyos bolsillos sonaban teléfonos móviles para recordarles a sus propietarios que seguían vivos.

No faltaba mucho para cerrar el vuelo cuando llegó un hombre llamativo porque iba sin uniforme y con la mirada ensimismada de quienes pueden pensar. Algo debió de gustarle a Sol, al verle sin mirarle, porque cuando subió al avión le cambió con cualquier excusa el asiento por uno junto a la única viajera de esa noche destemplada por vientos de lluvia rayando las ventanas. Bueno, había más mujeres pero también de raza robot, se las descubría por las banalidades imposibles de improvisar con que les hablaban a sus móviles. La mujer no era mayor y tampoco joven, con los ojos más metidos en un recuerdo que en una idea, y por alguna razón Sol le vio una soledad o algo que le hizo elegirla como personaje.

Una vez en el aire la obra no terminaba de arrancar. La mujer se abstraía con su mirada verde en la ventanilla sobre la noche y el hombre recorría con la suya gris un periódico viejo de la mañana. El vuelo sólo duraba dos horas y ya habían llegado a los Pirineos. Desde lejos Lucía fingía no fijarse pero se preguntaba qué iba a hacer Sol, que les había sentado juntos.

Como tampoco funcionó la pausa de la comida —ni siquiera se quejaron de que el pollo fuese de goma, que es el tema más recurrente de los pasajeros intelectuales—, Sol forzó las cosas y se las arregló para tirar la bandeja de la pasajera sobre el pantalón de él. Vino, agua, café y salsa de tomate de los canelones incomibles. De inmediato el hombre quedó convertido en víctima, como si un oculto volcán le hubiese reventado la bragueta. A ella también la alcanzó un rastro sospechoso en la falda que, por supuesto, no hubo

forma de limpiar con el quitamanchas del avión.

¿Por qué *por supuesto*? Ahí, y no en la parte gruesa del experimento, estaba la prueba de la maestría de Sol como desviadora de destinos: *por supuesto* porque ella misma había sustituido el quitamanchas por agua espumosa. Aquello con que frotó las partes menos delicadas del pantalón y luego le cedió a él para que siguiera no habría quitado ni una mancha de limonada.

Y eso es lo que tienen las hecatombes, que unen a la gente. Los hombres, no falla, se unen en las situaciones límite. «Intente la sal», propuso primero la pasajera, como si se tratase de primeros auxilios. «¿Y con vino blanco?», y le ofreció su propia copa mientras le daba ejemplo. Y aparte de ir arruinando su ropa sin remedio, ambos se fueron enredando, ahora sí, en un consolador intercambio de experiencias sobre azafatas, canelones y cenas catástrofe.

Tras el aterrizaje Sol se situó en la puerta para despedir a los pasajeros y a ellos dos reiterarles sus excusas. En realidad, como hacen las hadas al final de los cuentos, quería verlos partir, felices aunque aún no lo supieran, y con legítimo orgullo comprobar —así fue: él le sujetó el codo para ayudarla a subir al autobús— que ya estaban en la nueva vida que ella, destino disfrazado de azafata, les había trazado.

Aviación y soledad

Lucía había descubierto a Sol, por así decir, al llamar a la puerta de su habitación en un hotel de París, hora y media después de aterrizar, y no encontrarla. No era un detalle: en los vuelos en avión las almas aterrizan después que los cuerpos y, a no ser que se desee ir sin alma por la calle —se precisa mucha práctica—, es mejor esperarla.

Los pilotos y azafatas más profesionales se toman su tiempo al llegar al hotel. Miran por la ventana y comparan, sentados sobre la cama saltan un poco, en apariencia para comprobar su dureza pero en realidad para quitarse la camisa de fuerza del avión y deshacer la raya del entrecejo, se lavan el pelo, única forma de que desaparezcan las telarañas de la altitud, y con más o menos prisa, según la hora, llaman por teléfono para organizarse un plan.

Poblarse la noche, la oscuridad, es importante pues las azafatas (y los pilotos) tienden a sentir más que otros la soledad. Algo se les trastorna con la permanente vista del vacío del cosmos desde los ventanucos mezquinos de los aviones, y se les agrava en las habitaciones de hotel. Sobre todo a los pilotos, que han recibido una educación llena de matemáticas incapaces de resolver problemas de soledad. Las azafatas novatas se enganchan al contrabando de ropa libre de impuestos y al chismorreo porno en televisión, que es como el abecé de qué no hay que hacer para defenderse de la soledad, y los pilotos más veteranos creen que se puede combatir con restaurantes y relojes caros.

Pues bien: organizándose la noche Lucía cruzó el pasillo de la quinta planta del hotel Méridien Montparnasse y fue a llamar a la

puerta de Sol. Quería invitarla a cenar con Renaud, un parisino con el que tenía un asunto pendiente y que traería a un amigo de Múnich. Urgida por encontrarle una ocupación al amigo, Lucía pensó en Sol, que hablaba alemán y sobre todo no intentaría seducir a Renaud: 1,85 rematados por una sonrisa que empezaba en los ojos y terminaba quién sabe dónde (averiguarlo era el asunto que tenía pendiente). Y en cuanto al hombre de Múnich… para entonces Sol había demostrado que era capaz hasta de amansar a un concertista de enorme talento y no menor estupidez (lo que entre los músicos es posible), empeñado en que dos pasajeros le cedieran sus asientos a su violonchelo para que pudiese hacer el viaje acostado.

—¿Ustedes no tienen ningún respeto por el arte? —preguntaba con dolorido asombro.

Pero no la encontró. Llamó sin resultado a su puerta y luego confirmó el número en la recepción. Lucía, que de pura impaciencia había llamado a Renaud antes incluso de saltar en la cama y darse una ducha, llegó a preguntarse si Sol no estaría ya en brazos de alguno de la tripulación. A veces ocurre, las tripulaciones aterrizan con fiebre. Sabía sin embargo que eso no era posible. No con Sol, como quedó claro desde el primer vuelo.

Ya en el aeropuerto de Barajas, en Madrid, Lucía había visto entonces a Sol llegar a reunirse con su primera tripulación. El uniforme no conseguía envejecerla pero sí dibujarla como mujer. Y vio, como temía, que el sobrecargo también la miraba y se afilaba la sonrisa igual que un gato los bigotes. Y en efecto, durante el vuelo buscó excusas para ayudar a Sol a subir bultos al portaequipajes en ese delicado momento en que a las azafatas la blusa les tensa los pechos y la falda se les encarama dos centímetros por el muslo, o para rozar sus manos mientras le entregaba botellas de agua por encima del carrito. En la escala de Berlín todos pudieron ver cómo le hablaba en voz baja mientras un sol de invierno sucumbía entre la bruma, y en Helsinki, de noche, un silencio en el microbús que les llevaba al hotel permitió que se le oyese decir:

—Ésta es una ciudad secreta, llena de rincones fascinantes…

Lo que hizo que cuatro de las seis azafatas de la tripulación

sintiesen en el vientre un hormigueo de amargura. Y no tanto porque les hubiese dicho lo mismo a ellas —qué diablos, ninguna se arrepentía de haber oído de cerca la voz afrodisiaca del sobrecargo, ni sus manos—, sino porque ni se molestase en renovar la formulita de la ciudad secreta, que en cada conquista aplicaba a Helsinki como a Estambul y hasta Luxemburgo.

Lucía no pudo concentrarse en su cita con Renaud, en la que había pensado desde Buenos Aires. Tenía un conflicto. Por un lado le remordía no haber avisado a Sol como ella hubiese querido que le advirtiesen cinco años antes (le parecían diez). Que alguien le hubiese dicho que tras el estreno de la sonrisa del sobrecargo no había más que un teatro oscuro y polvoriento. Pero por otro, igual que quien ha hecho el servicio militar, en el fondo del corazón oscuro que también tienen las azafatas Lucía confiaba en que Sol tuviese que pasar por las manos del sobrecargo. Como todas.

O sea que en toda la noche Lucía no se pudo concentrar en la sonrisa de Renaud, parecía saber como un terrorista que algo iba a ocurrir. Así se explica que se pusiese unos zapatos verde oliva pálido enemigos de su vestido azul turquesa, que cenase cerdo y que dejase al silencio agujerear una conversación ya difícil pues los idiomas de la mesa combinaban mal. Si aceptó irse a la cama, aunque no con quien tenía previsto, fue sobre todo porque como cualquier azafata toleraba mal la soledad de los hoteles, el silencio, y esa noche no soportaba la espera.

Hasta que sobre la medianoche oyó crecer las voces del sobrecargo y de Sol, en el hotel, acercándose del ascensor al dormitorio contiguo. Al caminar sobre moqueta se habrían dicho voces huérfanas de cuerpo. El hombre parecía seguir un guión:

—¿No me invitas a tomar la última? —decía su voz indisfrazable.

En su cama Lucía se tensó como una testigo.

—No, estoy muy cansada —decía Sol. Sonaba a excusa.

—¿Y en mi habitación? —la voz se oía un poco pastosa.

Lucía imaginó a Sol sonriendo, todavía queriendo ser amable, lo que ella sabía inútil con el sobrecargo. Y en efecto, siguió un ruido

de forcejeo, un «¡ah!» masculino de sorpresa, un ligero portazo y, tras un silencio, luces y ducha en la habitación de al lado.

Junto a Lucía alguien rió en voz baja, como confirmando un guiñol en el que se entiende todo aunque no se sepa el idioma.

Lucía volvía a estar dividida, esta vez entre la admiración y también un poco de odio. Sol era la única que había podido resistir la voz del sobrecargo. Pero no era ése el momento: la mano que durante toda la escena había retenido sobre su muslo desnudo como ante un semáforo en rojo comenzó a moverse de nuevo, y ella ya no se lo impidió.

El dueño de la mano no era Renaud sino su amigo de Múnich. Renaud se había ido con Mió, la azafata que Lucía buscó en lugar de Sol, y que en efecto aprovechó los silencios de la conversación, idioma en el que era experta, para colarse por uno de ellos y llevarse a Renaud. Sería Mio, con sus ojos orientales y las artes parisinas de su madre, quien averiguaría dónde terminaba la sonrisa de Renaud. Ella se tendría que conformar con el amigo.

Y otra cosa: por alguna razón Lucía se reprimió y se forzó a gemir sólo en voz baja, ella que podía ser un escándalo (y alguna vez habían subido de la recepción, alarmados). Por primera vez le importaba que una compañera le escuchase el amor desde la habitación de al lado.

Arrastrando el día

La reserva de Lucía se mantenía dos días más tarde, justo después del alba, ya muy cerca de Puerto Rico.

—… es que no estás cuando se te necesita —respondió a Sol. Se disponían a despertar a los pasajeros con toallitas calientes para quitarse las légañas antes del desayuno, y Sol había preguntado si le pasaba algo.

Lo cual era cierto sólo en parte.

Lo que sucedía era que, tras una noche mediocre con el amigo de Múnich, típico graduado en sexo por correspondencia que cuando algo no funciona es capaz de ir a consultar el fascículo, Lucía le había despedido sin pedirle el teléfono. Luego bajó al vestíbulo y cuando vio salir a Sol la siguió.

Lucía tenía casi todos los vicios de las azafatas. El contrabando le parecía un derecho sindical y en sus fiestas sólo se bebían botellitas de avión. Pero se había cuidado la curiosidad, un bien escaso en Madrid, de donde venía, y sometido a un fuerte desgaste entre tantos aeropuertos y hoteles iguales y tanto viaje acarreando bandejas de comida falsa. Todo eso reduce mucho la vista, la imaginación de una persona, y Lucía tenía la idea de que la curiosidad era como una reserva para cuando los aviones llegasen a ser más aburridos aún que los autobuses, algo que ya había comenzado a suceder. Unos años antes, creía no sin rencor, Renaud no se hubiese ido con Mió.

Esa mañana Sol ya no iba peinada de azafata, y se recogía el pelo negro con un pañuelo de un azul restallante. Y aunque sus zapatos no tenían tacón, eso no le quitaba centímetros sino años. Una breve

falda subrayaba su curiosa forma de caminar, como si antes hubiese sido bailarina, o marinero, o algo. Parecía otra persona.

Más aún cuando Lucía —escondida tras unas gafas negras que la hacían sentir ridícula en el gris parisino— vio que Sol no iba a las tiendas de mayoristas del Marais donde les hacen un precio a las azafatas contrabandistas, ni paseaba por el Luxemburgo, ni se tomaba un pastís en los Campos Elíseos como hacen las guapas en los anuncios… Sol llegaba en metro y se reunía en el Bonaparte, un bistrot en Saint-Germain menos obvio que los otros y en el que el húmedo amarillo de noviembre en París aún escribía poesía en las ventanas. En el Barrio Latino quedaban pocos cafés capaces de ese prodigio, que los turistas persiguen, armados de guías, hasta matarlo. Sol se reunió además con un tipo de otra época: libros y un cuaderno con una pluma sobre la mesa, barba y cabellera llena de canas que parecía llevar una vida propia.

Lucía no tuvo paciencia para mirar de lejos una conversación tras un ventanal, y se marchó de allí. Hacía frío y ella, tras equivocar la noche, no estaba de humor.

Y seguía sin estarlo a los dos días, la noche prólogo al amanecer sobre Puerto Rico, cuando un seductor aún lampiño llegó hasta donde las azafatas a por un *whisky*… y se lo pidió a Sol con una voz de hombre inesperada entre unos dientes que parecían aún de leche. Se cubría con una gorra de béisbol.

—No tienes edad —zanjó Lucía de mal humor, mientras Sol le decía:

—Si tomas *whisky* no lo verás…, no serás capaz de verlo.

Y fue a Sol a quien respondió el seductor:

—Qué es lo que no veré.

—Ya verás —respondió Sol—. Pero sólo si no tomas el *whisky*.

No era posible, pensó Lucía, que hubiesen funcionado esas palabras para niños. Era otra cosa. Era ella. Sol consiguió en efecto que el donjuán de colegio se volviese a su asiento, y allí lo despertó, después, con suavidad.

—Ven —le dijo—, ven a verlo —y le llevó medio dormido a la última fila, sin pasajeros, y allí subió la ventanilla y le mostró el mundo como en el primer día: el sol recortando la tierra con un aro de fuego, la noche rezagada detrás, con unas últimas estrellas, y ellos en el medio, arrastrando la raya del alba que transforma sin descanso la noche en día desde el comienzo del tiempo.

El chico permaneció mudo y ella también, con una mano sobre su hombro. Y unas filas más allá, Lucía, clavada por una lanza de celos absurdos. No del chico, o al menos eso creía ella. Era una suerte de envidia por el talento de Sol para reinventar todos los días su trabajo de camarera —cientos de bandejas entrando y saliendo del maldito carrito— y convertirlo en algo que parecía de novela.

Como en un despegue de Amsterdam, un par de semanas antes, cuando el avión comenzó a moverse al subir y cruzar entre los relámpagos de una tormenta eléctrica, nada especial por otra parte, y una anciana comenzó a gemir en un idioma oscuro mientras sus ojos miraban sin ver, agitados. Una compañera intentó calmarla, y luego otra, pero sólo consiguieron agravar la situación. La anciana revivía a saber qué pesadillas y gemía y hasta lloraba en una lengua misteriosa cuando Sol cogió su mano arrugada y le habló con fórmulas de magia:

Ugaaveo, ugaava
chienatb atans arabbar
ur em asd raleyo
oy et oyd urtleno
on em ojmes anlairz
euq es eudpe velrov ehilo[2]

y muy poco a poco la fue calmando como si la tormenta transformase el avión en una cuna.

—¿Qué le pasaba? —le preguntó después Lucía.

—No lo sé. Es de Seda —dijo Sol por toda explicación.

—¿Y tú por qué hablas setón?

—Si no lo hablo: sólo me sé de memoria algunos versos que me recitaba de niña un amigo de mi padre.

Lo cual tampoco era del todo cierto. Además de los idiomas de todo el mundo, Sol sabía alemán, húngaro y más setón que algunos versos, como quedaría claro después, y quizá algo más pues a menudo se quedaba escuchando idiomas incomprensibles, como si comprendiese algo o intentase comprender. Parecía buscar algo camuflado en los idiomas, todos distintos pero también transparentes, de una invisibilidad ideal para esconder cosas. En una sobremesa recordaron el incidente con la anciana y Sol explicó:

—Por lo visto durante la guerra la obligaron a escuchar truenos y consignas sin pausa, y le proyectaban relámpagos sobre sus ojos tan pronto los cerraba.

Lucía se preguntó cómo sabía eso, si sólo se sabía algunos versos de memoria, pero no lo dijo. Tampoco dijo nada Mió, que se quedó viéndola con sus ojos asiáticos.

Parece que ven menos, al ser estrechos, pero en realidad es que están más afilados.

No mucho después Sol pidió quedarse de forma permanente con esa tripulación, y el sobrecargo lo interpretó mal y lo volvió a intentar con ella varias veces hasta una noche inesperada en Miami. Permanecían atrapados sin poder despegar a causa de una sombra sospechosa en el paquete de pañales de una pasajera. La tripulación no podía abandonar el avión ni los pasajeros la zona de tránsito, una sala congelada en aire antibacteriológico y custodiada con sonrisas fijas por policías inmigrantes haciendo méritos de patriotismo. Como única distracción, propaganda en los canales televisivos de noticias.

Reunidos en primera clase, sin más remedio que hacerse compañía, como los presos, el sobrecargo se dedicaba al autobombo, como suelen hacer los artistas. Era evidente que así se consideraba:

un artista del amor, la cama, de los crepúsculos en Jamaica. Hasta que intervino Sol, y para rendirse:

—¿Sabes lo que te digo? Que no puedo esperar a probarlo.

No se habría producido un silencio mayor si el avión hubiese despegado solo, con los pilotos allí, en primera clase.

—¿Qué dices? —se aseguró el sobrecargo.

—Digo que no puedo esperar a probar todo eso que cuentas.

El sobrecargo miró en torno.

—¿Aquí? —el avión vacío parecía inofensivo y, para una luna de miel, algo improvisado y hasta un poco triste.

—Por qué no —dijo Sol, generosa—. En la parte trasera hay mucho espacio. Podemos, ¿no? —se dirigió al comandante.

Y el comandante, que ya estaba harto del sobrecargo, dijo que sí, y eso bastó: el donjuán del aire no fue capaz de aceptar el desafío. ¿Y si luego pasaba algo y no pasaba? Su fama estaba en juego. Una seducción debe mantener siempre vías de salida, reservas de penumbra.

Toda la tripulación rió, pero rieron menos las chicas como Lucía que habían permitido al sobrecargo mostrarles rincones interesantes de ciudades ignotas. En cuanto a Mió, no rió en absoluto. Quizá ya intuía algo. Con los asiáticos nunca se sabe. Incluso con los no sólo asiáticos.

Está claro que entre ella y Sol la antipatía se reforzaba porque ambas eran pelinegras y pálidas, ambas habían viajado mucho y hablaban idiomas extraños, ambas aguantaban bien las extravagancias con las comidas y el sueño, que obligan a muchas azafatas a dejarlo, y ambas tenían los ojos agachados por las esquinas, aunque en Mió era un signo de fuerza y en Sol como de suave melancolía. Igual que casi todas las azafatas, sabían anudarse el pañuelo con elegancia y de algún modo el uniforme les devolvía unas líneas ovaladas que la moda les había ido quitando a las otras mujeres, y por eso las hacía en particular atractivas. Pero ahí terminaban los parecidos.

Sobre todo desde algo que comenzó mientras amanecía sobre Puerto Rico y Sol se lo mostraba al joven desde una ventanilla como una cerradura sobre el cosmos.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Sol a Lucía minutos después. Los primeros rayos de la mañana las iluminaban de lado como al comienzo de una nueva obra de teatro, y ellas preparaban las toallitas calientes para despertar a los pasajeros. Abajo el mar negro se transformaba en el verde esmeralda del Caribe.

Lo que le ocurría, le vino a responder Lucía, era que Sol no estaba cuando se la necesitaba. Por su culpa Renaud se había largado con Mió y ella se había tenido que acostar con el amigo.

—Un pesado —exageró—, un aficionado, un inútil.

Al aterrizar en el aeropuerto de San Juan Mió tocó con sus dedos de *geisha* un papelito en el bolsillo que leyó en la larga cola de los pasaportes:

TE LLAMARÉ LUEGO

ponía, y de inmediato, con la experiencia de cualquier azafata desde su primera vuelta al mundo, Mió especuló con las posibilidades:

a) El mensaje era del pasajero de primera clase que pretendía contrabandear sus años envolviéndolos en colonias, camisa de seda y gemelos como pepitas de oro para sugerir un tesoro al alcance de la mano. Un clásico.

b) Se lo había enviado el 1,90 disfrazado de corresponsal de guerra, con chaleco de pescador y vello negro en los brazos y asomando por el cuello, que se había venido a la salita de las azafatas a impresionarlas con el truco de sus aventuras en el Amazonas y sonsacarles el hotel donde se hospedarían en San Juan.

y c) Quizá fuese el sobrecargo: si la buscaba para consolarse de su fracaso con Sol es que no la conocía.

En el hotel se encontró otra nota que no pudo dejar de ver al salir del cuarto de baño: la habían deslizado bajo la puerta.

AÚN NO ES LUEGO PERO YA FALTA MENOS,
ME ENCANTA CÓMO HUELES

Y era verdad: uno de los enigmas de Mió era cómo se las arreglaba para mantener el misterio sobre su perfume que, sin ninguna duda, no era ninguno de los que venden baratos en los aeropuertos y que se pueden adivinar en la publicidad de coches convertibles, las piscinas de azul de mentira y los restaurantes de postal. El de Mió no. El de Mió, azul de noche madrileña, paz del río Amarillo al atardecer, tibieza de lluvia en Budapest en agosto, no sólo sugería lejanos horizontes sino, sobre todo, daba unas ganas imperiosas de ir a explorarlos. Había droga en ese perfume, droga de curiosidad y aventura, y quienquiera que fuese el autor de las notitas lo había comprendido.

El siguiente mensaje se lo encontró sobre la cama al regresar de cenar, furiosa por lo que creía una primera noche desperdiciada.

TE ESTOY ESPERANDO EN EL JARDÍN,
AL LADO DE LOS PÁJAROS

Tenía que ser el aventurero, el 1,90, el corresponsal de guerra. La exigencia de que fuese ahí mismo, ya, te estoy esperando, sugería que se trataba del millonario —el animal más fácil de llevar a la cama aunque el más difícil de que se quede en ella—, pero era más probable el corresponsal: una letra áspera, despojada, un estilo directo… Esa simple posibilidad le hizo sentir algo abajo que sin embargo le entrecerró aún más los ojos frente al espejo. Y también le hizo elegir un vestido que rara vez se ponía pero siempre llevaba. Lo había comprado en *Shanghai*, Hong Kong, a un precio de arma prohibida. Pero lo valía. Nunca nadie había resistido su combinación de cuello cerrado y aberturas en las axilas; la reservada

y al tiempo evidente presencia de su cuerpo palpitando bajo la tela; y un cuerpo, además, que multiplicaba las propuestas del uniforme de azafata y contrastaba con la indiferencia casi científica de sus ojos orientales.

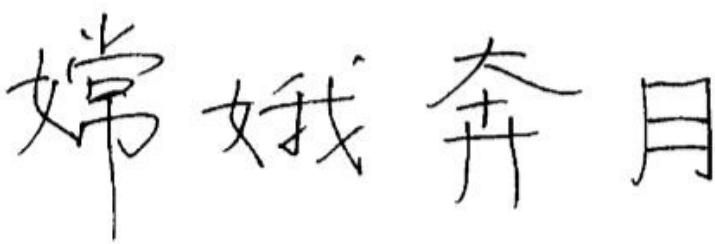
El rincón de los pájaros en el Caribe Hilton era el más alejado, y para que los pitirres, guacamayas y tucanes de picos-bandera no despertasen a los clientes carecía de las lamparitas del resto del parque. Allí, en un banco frente a la enorme pajarera, Mió adivinó una silueta. Se sentó a su lado y lamentó que no se apreciara cómo la falda le desnudaba el muslo. Falsa impresión porque a los treinta segundos la silueta le puso una mano en una rodilla y un instante después comenzó a acariciarle el comienzo del muslo por dentro, el lugar más sísmico del mundo.

Mió se preguntó cómo sabía que ésa era justo la caricia que ella no podía resistir. Acarició la mano, pero sólo como puente hacia la pierna.

Todo iba muy rápido. En el aire se podía tocar la humedad caribe y un gran calor riéndose de una ligera brisa que apenas podía cargar con tantas estrellas. Fue entonces, justo antes de que ambos llegaran a donde se dirigían, cuando él dijo:

—Te quiero.

Si le hubiese dicho «pásame los alicates», o



o «Zfoieñla Evoun» (feliz año en setón), la estupefacción de Mió hubiese sido menor. Y eso que los orientales no se estupefactan.

Aunque tal vez sí. Porque más allá de lo increíble de semejante

declaración —nadie *quiere* a nadie en los aviones y en los hoteles con parque, allí las novelas cuentan otras cosas—, lo que más le asombraba es que reconocía la voz. Y no era la del millonario, el reportero de guerra ni el sobrecargo.

Pero había algo que no pegaba con su recuerdo. Mió levantó la mano de la pierna, no sin esfuerzo, e hizo algo no menos asombroso: tocó la cabeza de la sombra. Como si fuese un perro.

Un par de horas antes Sol había acudido a abrir la puerta de su cuarto después de escuchar unos golpecitos que parecían de un ratón.

Ya había mirado por la ventana —parque verde polvo fatigado por el calor, el Caribe brillando a lo lejos, San Juan de Puerto Rico a la izquierda—, pero no había saltado sobre la cama para aclimatarse: ella no necesitaba esas cosas. Sí se había dado una ducha, no sólo por el largo vuelo sino porque ya en las escalerillas del avión en San Juan la ropa se le había adherido al cuerpo como si de pronto sudase pegamento.

Acudía pues a abrir la puerta envuelta en el albornoz del hotel, descalza y secándose el pelo con una toalla. Eso tienen los uniformes: que sin ellos se rejuvenece.

Menos mal, porque quien llamaba era el donjuán niño del avión, el joven que había aceptado renunciar al *whisky* con la vaga promesa de que ya vería y lo que vio luego fue el mundo naciendo.

Sol lo miró el tiempo de secarse un oído. No parecía muy sorprendida, desde el avión era evidente que el chico había visto mucho cine y ahora quería ponerlo en práctica.

—Pasa —le dijo.

¿Qué habría hecho Lucía? Ella le había dicho «no tienes edad» para beber *whisky*. ¿Le hubiese aceptado al chico una cita junto a unos pájaros exóticos en uno de esos hoteles del Caribe que se visten de avanzadas del Paraíso?

Mió tampoco parecía muy sorprendida con que su cita junto a los pájaros fuese el seductor imberbe, pues toda azafata, va con el

sueldo, tiene que lidiar a lo largo de su carrera con muchos *playboys* de provincia. Esos tipos condicionados por una mezcla insistente y fatal de televisión y gimnasio que ven a las azafatas como ven los domingueros con escopeta a los ciervos con cuernos de doce puntas. Aunque tampoco sabía qué hacer.

O sabía, pero al tiempo el cuerpo le pedía otra cosa, y además sospechaba una tercera: ¿cómo había sabido ese chico cuál era su chaqueta, en el armario de las azafatas del avión, para deslizarle el primer papelito? ¿Dónde se alojaba en el hotel? ¿Era suya esa letra ya muy hecha, de adulto? Mió estaba casi segura de que ahí había un cómplice.

Pero al tiempo algo en el fondo de sus ojos impasibles la impulsaba a llevarse al chico a su dormitorio y enseñarle qué sucede después de la película.

Y así lo empezó a hacer. Se acercó al muchacho con su perfume sin etiqueta, le acarició la nuca, le inclinó hacia ella y le abrió la boca con una delgada lengua de gata para confirmar todo lo que ya sabía. En el mismo impulso conservó su mano y le dijo: «Ven», igual a como había hecho Sol en el amanecer de ese mismo día, aunque la misión fuese distinta.

Pero no habían avanzado ni cincuenta pasos cuando Mió pegó un alarido —Mió, que no hubiese gritado ni al caerse su avión—, y comenzó a desnudarse. Mejor dicho, se desnudó de golpe como si su vestido de *Shanghai* fuese una túnica. (En la rapidez se vio lo bueno que era, cómo con él estaba prevista hasta la urgencia). A la luz de los focos que habían vuelto a iluminar los senderos del jardín, sin creérselo del todo, el chico vio el cuerpo de Mió, los pequeños pechos de porcelana que no llevaban sujetador ni falta que hacía, y en la cintura un tanga de delicado encaje que podía desaparecer de un soplo. Y una pequeña iguana, una cría de monstruo prehistórico que, tras permanecer inmóvil del susto entre el vestido en el que se había colado al caer por lo visto desde la rama de un tamarindo, desapareció de golpe entre los arbustos como en un truco de magia.

Sucedió en el tiempo de una foto. Tras la cual Mió alcanzó a oír una risa contenida que desbordaba los arbustos: el cómplice. Es posible que adivinase a Sol. Lo que Sol no se debió de imaginar nunca era que así pagaba la deuda de no haber podido acompañar a Lucía en la cena en que Mió se llevó a Renaud.

Tampoco lo supo el chico.

Que había entrado en la habitación de Sol y se quedó ahí, torpe como un inmigrante recién llegado. Sol le indicó el minibar, recogió su ropa y fue a vestirse al cuarto de baño. Y se abrochaba la blusa cuando a través del espejo lo vio en la puerta, no se atrevía a cruzarla.

Ni siquiera entonces Sol pareció molestarse.

—¿Por qué llevas siempre gorra de béisbol? —preguntó. Era algo que le intrigaba, de ese chico y de muchos.

La pregunta pareció darle al chico el impulso que le faltaba, pues no había rechazo en ella, y fue y abrazó a Sol por detrás, hundió la cabeza en su cuello, como había visto en las películas de pasión, y la hizo girarse. Descalza, Sol era un poco más baja que él. Cuando el chico la fue a besar se desasió y siguió vistiéndose: se metió la blusa en la falda.

—Dime: ¿por qué llevas siempre gorra?

El chico se quitó la gorra, impaciente, y mostró una mata de pelo revuelto que descubría su edad. No hubiese sido extraño que en el bolsillo trasero llevase una honda para romper ventanas. Sol se esforzó en no sonreír.

—¿Por qué viajas solo? —preguntó.

—¿Y tú por qué haces tantas preguntas? —devolvió el chico—. Ya no tengo edad. Ya no tenéis que colgarme cartelitos y llevarme de la mano cada vez que cruzamos el Atlántico. Ser buenas conmigo y preguntarme de qué equipo soy… Yo odio el fútbol.

Se volvió a acercar a Sol y de nuevo, a su modo torpe, intentó besarla.

—Escucha —le dijo entonces Sol con el mismo tono de antes en

el avión—: Se me ocurre una idea mucho mejor…

Y planearon lo del jardín de los pájaros.

Cuento de hada

Tampoco Lucía supo nunca del incidente de Mió con el seductor jovencito y una iguana inofensiva y más asustada que nadie en un jardín de pájaros, y si lo hubiese sabido no está claro que se viera causa de esa historia, y menos que se sintiese vengada.

Eso sucedía con Sol. No es que quisiera vivir en penumbra, es que una vez pasado el asombro por su facilidad para convertir el trabajo de camarera aérea en uno de correctora de destinos, dramaturga o algo parecido, dos cosas la oscurecían: por un lado, su extraña costumbre de contar las cosas a medias o no contarlas, sobre todo si eran sobre sí misma; entonces tartamudeaba incluso un poco. Y, como se iba averiguando, el hecho de que no era como todo el mundo. Que hablase setón o modernizase antiguos peinados eran tan sólo indicios. Es que no se detenía ni un minuto en las tiendas libres de impuestos, no se tapaba con los perfumes de moda y ni siquiera tenía uno de esos relojes en cuya selección tantos pilotos y azafatas invierten lo mejor de su experiencia y aburrimiento: el suyo era uno tan sencillo, barato y de buen gusto que parecía una provocación. En una compañía más exigente se lo habrían prohibido, como se vio más tarde.

Y así con muchas cosas, como su reveladora manera de leer las revistas. Rara vez las leía, pero cuando lo hacía, en las largas velas sobrevolando océanos, su estilo era distinto. Con irritada curiosidad Lucía comprobó que leía igual que muchas mujeres, con la revista abierta en forma de gaviota sobre las rodillas cruzadas, pero la diferencia era que Sol pasaba las páginas a toda velocidad. No se detenía casi nunca y mucho menos las comentaba. Lo cual le restaba

temas de conversación posibles con algunas compañeras que consolaban su exilio de la patria poniéndose al día con las revistas de todo lo que se habían perdido viendo televisiones extranjeras.

Salvo una vez: Sol hojeaba una revista de chismes a toda velocidad, y de pronto se detuvo con las alas de la gaviota extendidas.

—¿Algo interesante? —se puso en guardia Lucía.

E inconsciente de todo lo que se jugaba, Sol respondió:

—Fíjate: viajaron con nosotros.

Y Lucía vio unos titulares de folletín y unas fotos donde salía la pareja que Sol había creado tirándoles encima la bandeja de canelones con salsa de tomate. Por lo visto eran carne de revista aunque Sol no lo supiera. Sol quedó abstraída en el infinito sobre las nubes, se la veía triste con el descubrimiento, indefensa como una mujer desnuda y dormida sobre una cama.

Ésa había sido sólo una muestra del vasto territorio de su ignorancia, y no la más grave: Sol no tenía ni asomo de cultura general. No sólo desconocía la filmografía de los actores sino también su chismografía, no sabía quién cantaba qué ni por cuánto, y su ignorancia sobre cómo había que vestirse parecía una militancia. Quizá lo fuese. Aparte de los peinados olvidados que ella volvía nuevos, parecía eludir con cuidado la ropa de marca que constituía para muchas de sus compañeras y de los pasajeros una religión paralela; si renegaban de las marcas corrían el riesgo de perderse: ¿cómo iban a hablar del mundo?

Algún principio sí parecía coordinar toda esa extravagancia: Sol no se ponía nada acrílico, como no fuese el traje de baño azul marino y blanco con el que nadaba en los hoteles casi de noche o muy temprano, y era inmune al dogma espiritual de la comodidad a cualquier precio: no se ponía chándals ni zapatillas deportivas salvo para hacer deporte. Entre pilotos y azafatas que en sus ratos libres procuraban disfrazarse de campeones de golf en California, y como es ley con quienes se salen de la fila, eso no dejaba de levantar sospechas.

«O sea —terminó por concluir Lucía sin dejar que el

pensamiento le cambiase la sonrisa obligatoria de su contrato—, Sol es una de esas que se creen de mejor familia porque no les interesa lo que le ocurre a la gente». Su ignorancia cinematográfica era altivez y sus peinados y vestimentas anteriores al plástico, pura soberbia de clase. Sol no aceptaba ser una humilde azafata. Con sus manías de dramaturga y mezcladora de destinos, se creía un hada.

Incluso su relación con el mundo parecía distinta. El mundo-mundo, el redondo que da vueltas por el velódromo del cosmos. A juzgar por sus ojos, por ejemplo, ella no veía nubes capaces de agitar el avión hasta el punto de hacer vomitar a los pasajeros; veía otras cosas. Eso quedó claro cuando un niño inocente se quejó de que con sus auriculares no se podía escuchar bien la película, sin saber que justo auriculares y doblajes están hechos para falsificar las películas.

—¿Sabes la historia del edificio muy alto y negro que se comía a los vecinos antipáticos? —le preguntó Sol.

—… pues no.

—¿Un edificio que giraba sobre sí mismo para ir viendo lo que sucedía en el campo de batalla alrededor?

—Anda ya.

—¿Un edificio tan alto que tocaba el cielo y el infierno?

—Esa historia no te la crees ni tú —dijo el chico.

—Si es que no hace falta creerla —dijo Sol—. Basta verla —y levantó la ventanilla del chico, y ahí estaba, en efecto: un gigantesco edificio de nubes grises y negras que en ese momento el avión bordeaba con prudencia. El edificio se erguía sobre un agitado mar de nubes más blancas en una batalla sin límites visibles, y cuyo único testigo era el sol, desangrándose con grandeza. No había película que pudiese igualar algo así, pero nadie en el avión parecía darse cuenta: todos miraban la película, previsible además como los pasos de un reloj.

No es que Sol se sintiese cuentista o se hiciese la interesante. Se hubiese dicho que para ella lo interesante de los aviones era lo que les sucedía por fuera. Si algo la distinguía de sus colegas es que ella

miraba por las ventanillas, incluso a diez mil metros, donde parece, pero sólo parece, que no sucede nada: en realidad se mira desde muy arriba y, quién sabe, tal vez se puede reconocer un mapa. Y si un pasajero venía a preguntarle cuánto faltaba, para ver si por ahí podía pedirle el teléfono, se las arreglaba para terminar siendo ella la que preguntaba al pasajero: de dónde era, de dónde venía… quién era, en definitiva, aunque pocas veces fuese alguien distinto. En las escalas no se resignaba a la rutina de compras, bebidas con hielo y vida social de las tripulaciones, que apenas pueden tostarse en la piscina antes de tener que volver al avión. Aunque fuese sólo dos horas, ella salía a recorrer todas las ciudades que se le cruzaban por delante, incluso las feas, incluso las desconchadas o las que alcaldes con el gusto espeso encargan a arquitectos comprados al por mayor por catálogo. Y no parecía curiosidad viajera. Parecía más bien que buscaba algo, como una dirección que hubiese perdido y que, sin nadie a quien preguntar, confiaba en encontrar de golpe y tal vez reconocer.

Además, por alguna razón de verdad veía distinto, como cuando hablaba de la torre Eiffel como de una pluma que va desechando manuscritos en forma de nubes, de Caracas como una Troya asediada por las villas-miseria en busca de su caballo de madera, o la historia de marcianos extraviados que se inventó mientras sobrevolaban el infinito manto de luces de Buenos Aires… Y eso por mencionar sólo alusiones al paso, en conversaciones casuales, y conservadas por Lucía con un espíritu de historiador puntilloso que con el tiempo reveló su utilidad. O la vez en que Lucía consiguió verle uno de los dibujos que a ratos trazaba en secreto sobre un cuadernillo, y le dijo, por ser amable:

—Es bueno.

—No es mío —le dijo Sol con cierta sequedad que era pura timidez de artista humilde, y le mostró la nube en la que todavía se podía reconocer, aunque ya disolviéndose, el elefante que había dibujado.

No era tampoco que casase historias y parejas igual que un dramaturgo; que leyese a su modo las revistas o hablase idiomas

improbables; que le impusiese su sello al uniforme mediante trucos tan sencillos como dejarse el moño un poco holgado, al estilo artista, o atarse el pañuelo de una forma que se veía nueva… y que sin embargo estaba a disposición de todo el mundo en los turbantes azafranados del Rajastán o en los azules índigo del Sáhara. Hasta un sencillo broche tenía el don de cambiarla entera.

Y ni siquiera era necesario que el broche se viese, como comprendió Lucía el día en que Sol entró en la zona de las azafatas y, con la desesperación de una diva con la uña rota, se dio la vuelta no sin gracia, se observó una carrera en la media que le subía desde la pantorrilla, atravesaba la rodilla por atrás (una de las zonas más sensibles que existen), y se le metía bajo la falda.

—Jjoderr —dijo, lo que viniendo de ella sonaba como un eructo en una mariposa. Y tras comprobar lo irremediable—: ¿Alguien me puede prestar un par de medias? —preguntó.

Volaban sobre un océano remoto y con vagos reflejos de plata, escoltados por una luna que, de haber sido descapotable el avión, habrían podido tocar.

Así que con naturalidad de mujer entre mujeres, y a la luz, casi, de la luna, Sol se recogió algo tímida la falda y mostró sus muslos, un poco demasiado delgados, pensó Lucía, para sostener las medias de presión que le había dado con instinto de policía: quizá esas medias la podían conducir a alguna parte. Y ahí, desde el trópico de Cáncer del muslo, y enganchada a la antigua media —era ella de hecho la que le había provocado la carrera—, le sonrió una pequeña máscara del tamaño de una uña de pulgar, pintada con un primor de miniaturista. Parecía sonreír a la luz de la luna.

—Qué maravilla —admiró Lucía.

Es probable que en otra circunstancia Sol no le hubiese dado mayor explicación. Pero como estaba en deuda con Lucía, que le había dado las medias, lo hizo a su modo:

—Es un recuerdo —dijo, y luego cedió en voz más baja, como si fuese un secreto—: De Venecia.

Así que era eso, pensó Lucía. Una mujer no lleva una máscara colgándole del muslo bajo la falda si no es por un hombre. Y de

Venecia, además.

Sol, pensó Lucía con su idioma de fotonovela, Sol estaba enamorada.

Río en Mazcuerras

Enamorada o no, no tenía nada que ver con la máscara, residuo de una antigua historia en Venecia.

Pues así era Sol: su lado aéreo tendía a imponerse y disimulaba que los broches y pañuelos que se ponía eran el residuo cada uno de una historia. En cierto modo la suya sumaba todos esos viajes. Era una especie de caracol cargando con el museo de su propia vida.

En cuanto a la historia intuida por Lucía, había comenzado ante sus ojos y sin que ella la viese. Así sucede a menudo: los mediocres pasan ante lo extraordinario sin darse cuenta.

Un día el comandante del avión se impacientó ante la perspectiva de hacer una hora de cola para aterrizar en el aeropuerto de Barajas, en Madrid, y salió y sometió a votación entre el pasaje si se iban a otro aeropuerto. Incluso regresando en tren o autobús a Madrid ahorrarían tiempo, explicó. Los pasajeros votaron que sí, y a mano alzada tuvieron que elegir Sondica, en Bilbao: Barcelona había cerrado porque los turistas desbordaban las playas de la Costa Brava y ya las olas mojaban las toallas de la primera fila, y Sevilla sucumbía a 50º: el Guadalquivir hervía frente a la Giralda. Junto a Sol surgió un chico de los que parecen más viejos porque acompañan a un anciano.

—Nopodemsirbilbao —dijo con urgencia.

Sol lo miró, interrogante pero amable.

—No podemos ir a Bilbao —repitió deletreando mejor—. Mi abuelo no lo resistiría.

Lo recordaba: un anciano agradable que se había empeñado en conservar su boina con él; llevaba la chapela en el regazo, como un

talismán para el viaje.

Por una vez Sol miró algo preocupada, sus ojos achinados de tanto sonreír hacían un esfuerzo.

—No te preocupes —le dijo—, estaremos sólo media hora, no se enterará.

—Oiga, que no es ningún tonto.

—No he dicho que lo sea —dijo Sol—. Sólo que no se enterará.

Y por alguna razón el chico la creyó.

Es de preguntarse qué habría ocurrido en el caso de haber aterrizado en Bilbao. Y si no lo hicieron fue porque allí se negaron a admitirlos. Un burócrata dijo que ese vuelo no estaba programado, y cuando se le informó de que los pasajeros habían votado aterrizar allí, la voz de la torre de control de Sondica respondió:

—Qué es esto: ¿una gracia? ¿Un cachondeo? Para cachondeo el de mi pueblo en fiestas. Ahí sí que te ríes de cojones, oye —y cortó la comunicación.

No les quedó más remedio que sobrevolar Bilbao de todas formas, rumbo a Burdeos, donde sí los aceptaban, y eso ya fue un problema.

—¿Vamos a Bilbao? —preguntó el abuelo con inquietud: se sentaba en la ventanilla y reconocía cosas.

—No, aitona, vamos a Burdeos.

—Pero Bilbao está en la ruta.

—No, aitona, sobrevolaremos Asturias.

El anciano no se fiaba. Tan pronto vio los prados verdes del norte de Burgos, y las vacas, las casas dispersas y retazos de niebla envolviéndolo todo, confirmó:

—Ya está —y había un fatalismo en sus palabras, como si tanto afán hubiese sido inútil y ahora ya no hubiese nada que hacer.

—Que no, aitona, que no es Euskadi. ¿Verdad que no? —le preguntó a Sol, que pasaba justo en ese instante.

Sol se inclinó sobre la ventanilla y los tres, el abuelo, el chico y el pasajero del asiento de pasillo, pudieron sentirla cerca como un gorrión que aterriza en la barandilla de una terraza donde están desayunando.

—… Nno —dijo al fin, confirmando detalles—: Es Asturias… ¡No!, ¡no! —se corrigió Sol al volver a mirar—: Es Cantabria.

En efecto: como en Asturias, como en Cantabria, ahí estaban los prados del norte de Burgos, las vacas, las casas dispersas y los retazos de niebla envolviéndolo todo.

—Tampoco es Cantabria —se volvió a corregir Sol con una sonrisa—. Es Magaña —en efecto: ahí estaban los prados del norte de Burgos, las vacas, las casas dispersas, la niebla…

—¿Y eso? —dijo el anciano, y señaló acusadoramente a Bilbao, que se extendía sobre las dos orillas de la ría.

Sol se volvió a inclinar y precisó:

—Mazcuerras.

—Mazcuerras no tiene ría —dijo el viejo. No había acritud, ni superioridad de profesor corrigiendo a un alumno. Sólo el fatalismo de antes.

—Cómo que no —respondió Sol, y ahí fue donde se le vio el talento, la sangre fría—: Ahora sí tiene —habló sin artículos, como el anciano. Y le sonrió.

—¿Ría en Mazcuerras?, *¿ahora?* —dudó éste.

—Sí…, bueno, es un río. Por lo visto los mágaros estaban enfadados por no tener un río, como Bilbao, como La Coruña, como Sevilla, Mérida y Córdoba, y les pusieron uno… —y añadió —: No es de verdad, claro; un río de verdad habría costado mucho dinero. Es de pega —miró de nuevo por la ventana—. Queda bonito, ¿no es cierto? —le preguntaba al tercer pasajero, como una buena anfitriona que no quiere que ninguno de sus invitados quede fuera de la conversación.

—Sin duda, muy lindo —dijo el pasajero.

—¡¿Y eso?! —señaló de nuevo el anciano. Apuntaba con el dedo. Y ahí estaba en efecto, grande como una catedral pagana, indiscutible, todo de titanio refulgiendo al sol.

—El Museo Guggenheim —dijo Sol con naturalidad.

—¡O sea que es Bilbao! —dijo el viejo, exasperado. Había visto un millón de fotos, como todo el mundo.

—Éste es el Guggenheim de Mazcuerras.

Y como no parecía que le entendieran, explicó:

—Ahora la sede de Nueva York decidió hacer dos o tres Guggenheim, en módulos transportables, y los van alquilando por toda Europa para las ciudades en fiestas. Este verano le ha tocado a Mazcuerras.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Es que yo soy de Bilbao —dijo Sol—, y reconozco lo que hay allí.

—Tú no eres de Bilbao —le dijo el viejo, que la había venido estudiando. Aún vivía en el tiempo en que la gente de un sitio lo parecía, y además Sol no había dicho «soy de Bilbaou» con el tonito que caracteriza a los bilbaínos de raza.

Sol se rió.

—Soy de Bilbao… también —y se marchó para hacer lo que tuviese que hacer antes de aterrizar en Burdeos. Allí los aceptaban, pese a no estar programados, porque por lo visto estaban hartos de ver tantos aviones pasar de largo hacia el sur.

—¿Quiere hacer teatro? —le dijo el tercer pasajero al aterrizar en Burdeos y abordarla en un rincón de la aduana. Parecía un pasajero normal, como todos, salvo por el hecho de que no llevaba los pantalones cortos de muchos hombres. También le reían los ojos, inclinados por las esquinas. Hablaba en español con un acento suave que a Sol le sonaba mucho pero que sin embargo no acertó a situar.

Sol sonrió para decir que no.

—¿Por qué? Después de la exhibición del avión usted podría hacer teatro sobre las alas de una avioneta.

—Porque ya lo hice —rió Sol, y se despidió pues estaba viendo a quien la había venido a buscar.

Lucía también: era el hombre con quien la vio reunirse una vez en el Bonaparte, en París. El tipo con canas en la barba y libros sobre la mesa.

En el aeropuerto de los feos

Sólo ese estado de buen humor en que vivía explica que Sol se riese cuando en la compañía decidieron prohibirle su reloj de humilde buen gusto. Entre otras cosas.

Porque no mucho después se concretaron en Houston, Texas, los cambios que se venían anunciando. Al principio Sol y sus compañeras pensaron que la furgoneta que las había ido a buscar al hotel, el King Flamingo, se había equivocado y en lugar del aeropuerto las había llevado a un circo, un parque de atracciones. Típica broma tejana.

—Es una botella —reconoció un técnico del aeropuerto con lenta y nasal sorna del sur—. Una botella voladora —y soltó una carcajada.

No era pues una broma. Ese Sputnik en forma de gaseosa gigante era en verdad su avión. Los jefes se lo habían alquilado a una compañía de refrescos para ser transformado en publicidad estelar. Con aviones disfrazados de botella, pensaban, los despegues parecerían el comienzo de una fiesta.

Ése no fue sino uno de los cambios. Alguien había decidido arriba que ya estaba bien del insultante estereotipo de las azafatas como *geishas* con alas, y les puso uniforme de piloto, y de ahí lo del reloj pues un piloto con un reloj de pobre resulta inimaginable. Los jefes pensaban que el reloj de las azafatas es lo que ven todos los pasajeros cuando les sirven la comida, y el nuevo —era posible elegir entre varios con muchos botoncitos y cuadrantes— se proponía devolver la aviación a tiempos de exclusividad y prestigio. Sol dejó de usar reloj. Eso le valió otra crucecita en un informe secreto.

También se precisó una idea que ya flotaba en los despachos, y era que, visto su número y ansiedad, el pasajero ya tampoco importaba. Una larga experiencia con pasajeros sumisos permitía la prometedora intuición de que al pasajero se le podía estrujar en asientos cada vez más estrechos, subalimentar con pollos de mentira, se le podía retrasar y en general despreciar, sin llegar al insulto salvo en el caso de pasajeros desesperados que necesitasen, por ejemplo, salir de una guerra. Pero se le podía ir amansando: las azafatas recibieron la orden de no atender a los pasajeros después de servirles la cena. Atrincherarse y no atender nada salvo alarmas por fuego. La idea era ir preparando al público para un mundo mucho más competitivo, sin tanto mimo y caprichito.

Esa política mostró sus limitaciones en Heathrow, aeropuerto de Londres. Quién lo hubiese dicho. O para ser exactos, en el falso Heathrow, el que se muestra a los pasajeros feos.

Obligados a un aterrizaje imprevisto por culpa de una lucecita parpadeante, los pasajeros del avión de Sol permanecieron tres horas en una sala de tránsito de Heathrow, y luego, visto que la lucecita insistía en no apagarse, los llamaron para formar una fila y ser trasladados a otra parte. «Bueno, ésa es la pasión nacional y no pueden evitarlo», pensó Sol.

Pero después de dejar pasar a dos mamás con bebés rubios y ruidosos, seguidas de padres reconvertidos en *coolies* porteadores, la amable señorita de ojos nórdicos que gobernaba sobre la cola le dijo a un hombre que se dirigiese a otro pasillo distinto. Y luego a una mujer mayor.

Y más tarde a un hombre, también mayor, cojo, que no entendía. Se le indicó con un dedo estirado al término de un brazo. Lo que puso en guardia a Sol, en un rincón: con dedos, ojos o cejas, hay signos muy leves que se entienden de inmediato.

Porque de pronto había intuido algo que se imponía a los ventanales y las sillas de plástico con que se blinda a los viajeros contra el mundo exterior. Con las zancadas que le permitía su nuevo

uniforme de piloto Sol alcanzó al hombre mayor justo cuando iba a entrar en el pasillo asignado.

—*Odnepre* —le dijo, y el hombre se detuvo de inmediato—. *Odnepre, ueq enlah hodci?*

El hombre la miró, tan sorprendido de que alguien hablase su idioma que Sol tuvo que volver a formular la pregunta.

—*Enahm hodci ueq yvaa iqproua* —dijo el hombre. Parecía casi contento de encontrarse con una paisana.

Sol apenas le dio las gracias y se plantó frente a la señorita, que ya había seleccionado a otros cuatro pasajeros.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó en inglés.

La seleccionadora la miró sin entender.

—Pregunto que qué hace.

La mujer la volvió a mirar. Devolvió a los elegidos a esperar tras una imaginaria línea, a tres metros de allí, y sólo entonces le susurró con discreción:

—Enviarlos a la sala de espera para que puedan dormir en los bancos. Por lo visto va para largo. Su compañía misma lo ha dicho.

—Sí, pero ¿po-por qué a sa-salas separadas? —Sol hablaba con una ligera tartamudez cuando algo la indignaba.

La mujer del aeropuerto la miró con toda la sorpresa que pueden poner dos ojos de hielo azul, más bien poca.

—¿No lo ha visto? Ése con el que usted habló es un setón.

—Yo ta-también —le contestó Sol.

La mujer la volvió a mirar, sin creérselo del todo: no estaba previsto que alguien de Setia hablase un inglés como el de Sol, tartamudeo incluido.

—¿Sí? Entonces lo único que le puedo sugerir es que espere junto a ellos.

Y eso fue lo que hizo Sol. Pese a los argumentos, ruegos y casi amenazas de sus compañeros, por ese orden, y por primera vez en los anales de la azafatería mundial, Sol se empeñó en esperar junto a los pasajeros feos de su avión. Así sucede la Historia. De pronto, en el rincón menos previsto.

Porque de eso se trataba: con la simplificación de la aviación, que suponía miles de pasajeros deambulando por los pasillos a la espera de aviones más grandes e idénticos, los responsables de Heathrow habían desarrollado un truco, pronto imitado, para esconder a los pasajeros feos.

No los feos subjetivos, se entiende (todo lo relativo a narices, pies grandes o huesos fuera de sitio), sino los objetivos: los oscuros que meten especies picantes entre los calcetines en su equipaje, por ejemplo, los que hablan idiomas raros que nadie sabe ni quiere aprender, los cargadores de bultos atados con cuerdas. Los taciturnos procedentes de La Paz, los frioleros de Marrakech o de Orán, los que se traen abuelos vestidos de traje regional y con nietos llenos de mocos. Los tresmarinos con pasaportes resobados por todas las policías y los que llegan con rastros de tormentas y grandes cordilleras aún en los ojos. Los que esconden su fortuna en turbantes de colores. Los que sacan sus fuerzas de cantos y rezos que escuchan en cintas, y los setones, condenados a que nadie trate siquiera de entender su idioma increíble… Y objetivos porque de la belleza de una nariz se puede discutir hasta el infinito (Cleopatra), pero a éstos es muy fácil reconocerlos: los guapos no se sientan a su lado. En fin: los feos.

No era algo tan novedoso. En una ciudad de veraneo, en el Himalaya, los abuelos de los directores de Heathrow impedían a los oscuros, abuelos de los que ahora invaden los aeropuertos, salir a la calle durante el día: de noche era más fácil disimularlos entre las sombras.

El truco para que los feos ni siquiera se den cuenta del desvío es que nada más cruzar la policía encuentren, como en un parque de atracciones, el Paraíso que buscan. *Pizzas* y hamburguesas baratas para espantar de una vez el hambre, mejoradas con adictivos para que en la primera se produzca un flechazo, en la tercera estén ya de novios y la quinta sea el comienzo de un matrimonio hasta la muerte. Relojes y teléfonos llenos de lucecitas para demostrarles que no es un espejismo y sí, ya están en la tierra del progreso. Camisetas musculosas y chándals olímpicos como adelanto de las medallas del

triunfo. Y gafas de sol para tentarles con la idea de que basta con esconder los ojos para borrarse la fealdad de nacimiento y seducir a una guapa de anuncio.

En fin, nada que todo el mundo no sepa. Aunque si lo sabe es que se puede sentar en Heathrow sin que nadie a su lado se levante con disimulo (o sin él). Eso quiere decir que, si llegó vestido con túnicas o turbantes alegres de gran señor, ya se los ha quitado y, deslumbrado por el acrílico del progreso, ya se ha puesto las camisetas o los chándals que lo uniforman, lo anonimizan. Ése es el precio de que los policías no lo vean: volverse nadie, invisible como un esclavo.

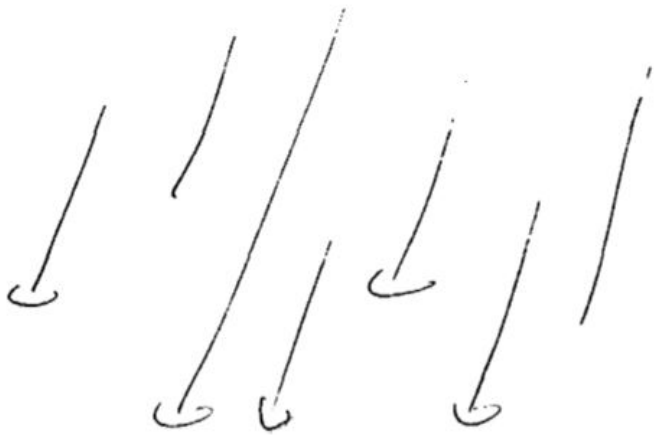
Y eso es justo lo que se ha producido: el aeropuerto de los feos es el kindergarten en el que los recién llegados se familiarizan con las primeras reglas. Y no porque nadie se las enseñe. Es más bien un contagio, un encuentro fatal, igual que en la selva. Contagio de *pizzas*, relojes, chándals y gafas de sol del disfraz de reglamento para entrar en el otro aeropuerto, el de los guapos, que es igual aunque con menos colores, sabores más finos y olores caros: aquí es conveniente comprar perfumes pues los guapos, como los feos, empiezan reconociéndose por el olor.

Y eso en particular es lo que perturbaba a Sol en la sala de espera de los feos. Los olores. Creía reconocer algunos.

Pero una cosa es seguir a los pasajeros oscuros a la sala de espera de los feos y otra diferente esperar: filas y filas de asientos sujetos entre sí que igualan a la gente sentada. Basta que uno solo estornude para que toda la fila se sacuda, igual que muñecos riendo sin chiste. Puede que lancen alaridos de fútbol o que enarbolen los sombreros comprados en sus vacaciones… Es inútil: las compras de relojes y chándals hacen que los viajeros se parezcan hasta que resulta imposible diferenciarlos, salvo en detalles sin importancia: hombre, mujer, anciano… No se sabe muy bien cuál es la utilidad pero alguna debe de tener desde el momento en que todos los aeropuertos del mundo quieren parecerse y que sus pasajeros se

parezcan.

Sol no era persona de andar esperando, además, y visto que no se había traído nada para leer, se puso a dibujar, distraída, en el cristal de la ventana, empañado por la insobornable lluvia de Londres.



dibujó al principio, suponiendo las trayectorias invisibles de los pequeños impactos en un gran charco pacífico, cuando una pequeña mano se alzó a su lado y dibujó en el cristal las gotas de una lluvia de verdad:

—Pluie —dijo el propietario de la mano, y Sol se giró a mirarlo: un chico negro y pequeñito que la miraba con ojos deslumbrados, no se sabía si porque los ojos de los niños negros son más grandes o porque «*pluie*» era su forma de declararle su amor.

—Oui, pluie —concedió Sol, y para completar el dibujo del muchacho redondeó en gotas otras rayas de su dibujo y mostró un par de impactos: «plof», escribió incluso en uno de ellos.

Pero entonces otra mano intervino. «On *plof* se. Se PMÄA!», dijo en setón la voz de esta mano, un tanto exasperada, y entre Sol y el primer niño no corrigió el dibujo ya existente sino que creó uno nuevo. En lugar de las gotas trazó unas rayas más largas que las de Sol, y un *PMÄA!* más bien angustiado en lugar del «plof». En lugar

de rayas e impactos de lluvia parecían trayectorias de balas.

Sol observó el dibujo y, como antes, miró al artista. Era un niño ni negro ni blanco sino algo intermedio. No era niño, en realidad, aunque tampoco adulto.

Miraba desafiante, como si su *PMÄA!* fuese un punto final.

Sol miraba al chico sin saber qué hacer. Ni decir. Y se negaba a decirle cualquier cosa en su idioma para salir del paso, ni tampoco hacerse la comprensiva y buena. El juego había cambiado de golpe y ya no tenía el mismo sentido, ni posibilidad de tenerlo. Pues lo que el segundo chico había visto, lo que se le veía en los ojos y se le alcanzaba a oír en la exasperación de la voz, que mudaba, le había dado una edad para siempre. Y sólo suya. Como un tiempo hecho para él a medida. Nunca tendría su edad, siempre iría desacompasado con su propio reloj.

Entonces la lluvia se metió en el aeropuerto. No hacía que la gente llorase ni tampoco mojaba pero sí se la podía escuchar, irrefutable. Miles de pequeños argumentos redondos y decisivos, primero gota a gota, luego más, luego en torrente como en un aguacero tropical que muchos de los que estaban ahí reconocieron, fascinados: no les habían dicho que en Londres también había monzón, y además bajo techo.

Sólo al cabo de un rato Sol pudo ver de dónde venía esa lluvia seca: era un hombre perdido entre los bancos de sillas igualadoras (por eso no lo había visto), que manejaba con habilidad un Palo de Lluvia: un bambú grueso al que se le instala una escalera de caracol interna y se rellena de piedras de forma que si se lo pone de pie o boca abajo reproduce la lluvia; el sonido de la poesía y voz de los dioses, según los mayas, que lo exportaron al mundo.

El hombre les prestó el palo a los niños, fascinados.

—¿No le conozco? —le preguntó Sol, a quien le sonaba de algo.

—Sí —dijo el hombre—: Yo estaba en aquel avión en el que usted convenció a un señor de que también había un Guggenheim en Mazcuerras.

—Ah sí —sonrió Sol. Le reconocía: era el tercer pasajero al lado del hombre mayor y el chico que no querían aterrizar en Bilbao.

Charlaron durante un rato.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo el hombre en el primer silencio. Tenía un español suave y una mirada gacha por las esquinas —: Hace un rato en la otra sala usted dijo que era de Seda…

Sol le miró con su mejor cortesía profesional para animarle a seguir.

—… y en aquel vuelo usted dijo que era de Bilbao.

—Oh —sonrió Sol sin darle importancia—: Soy mitad de Bilbao y mitad de Seda —se quedó un poco pensativa y luego dijo casi para sí—: También tengo otras varias mitades.

—Ah —dijo el hombre sin extrañarse. Y con invariable cortesía informó—: Yo sólo tengo una mitad, y es de Tres de Marzo.

Tresmarina con media memoria

Sol jamás pensó que alguna vez, de las muchas que había aterrizado en Heathrow, se iba a sentir un poquito más en su casa que en los muchos aeropuertos y hoteles donde casi podía tocar su destierro, su existencia de pájaro. Y ello por culpa del hombre del Palo de Lluvia, a su lado parecía que estaba al mismo tiempo en más de un sitio.

Como en efecto estuvieron después de que les cancelaran su vuelo y antes de que a ella le asignasen un nuevo avión, dos días después. Custodiada por dos elegantes luchadores con esmoquin rojo, la mujer de los ojos azules entró en la sala de espera de los feos para anunciar que el vuelo se cancelaba. Lo hizo con la misma voz que usaba en su anterior empleo, cuando profetizaba por televisión ligeras lluvias para la tarde —*duchas*, las llaman—, oración que se reza todos los días en las televisiones de las islas. Luego se marchó.

Aunque a ella le daba igual una ciudad, un hotel de azafatas que otro, a Sol la indignación le tartamudeó por dentro y sintió una difusa vergüenza laboral hacia los feos —era ese tipo de cosas lo que la volvía exótica para sus compañeros—, pero no pudo evitar cierto cosquilleo cuando él le preguntó:

—¿Conoces Londres?

Tampoco a él parecía importarle que le dejasen tirado ahí, bajo la lluvia. Se hubiese dicho que en su trabajo eso no era extraño. Y ya en la intimidad del taxi —más acogedor y amplio que el hotel tacaño de Paddington al que fueron a parar y donde cobraban extra por los huevos pasados por agua del desayuno—, le contó de la vez en que tuvo que esperar un día entero en el aeropuerto de Viru Viru,

en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, limpísimo y sin un alma; ni pasajeros, ni pilotos, ni siquiera policías: «Sólo mujeres de la limpieza que bailaban lento con sus largos cepillos». Y en la tarde incendiada tras una tormenta tuvo la duda de si el mundo no se habría acabado y por eso ya no llegaba nadie hasta allí. O de la otra vez, en Kiev, en que se armó una timba de póker para entretener una nevada tan larga que dio tiempo al piloto a jugarse el avión a un imbatible *full* de ases-dieces, y perderlo contra un humilde póker de doses cuyo arquitecto reclamó ahí mismo las llaves del aparato. Pero el juez de urgencia que acudió para que el vuelo pudiese seguir debió de pensar que la nevada era la sotana de la Providencia, porque, con la excusa de reconstruir los hechos, organizó otra partida y en ella se jugó primero la sentencia y luego el avión… «Eso sí que es cambiar el destino, —pensó Sol—, y no de un pasajero sino de todo un aeroplano», y mirando a lo lejos pensó si ella podría…

O sea que Leandro (así se llamaba) resultaba no estar hecho de una sola mitad, y de Tres de Marzo, como había dicho. También él tenía más mitades. O a lo mejor, pensaría después Sol, recordando, tal vez es que ésa era una forma de ser de los tresmarinos, entrevelada y medio oculta, lo cual le explicaría muchas cosas. Pero no estaba segura. Quizá era su deseo el que le forzaba la memoria, que es lo que hace casi siempre, y más en su caso: tenía la memoria intensa y con hambre. Si se comparaba con todo el mundo, la diferencia era que los demás nacían sabiendo adonde llegaban y ella no. Aparte de enterarse (tarde, ya en la universidad) de que había nacido en Tres de Marzo, y no en París, como había creído siempre, no sabía nada más. Ni a casa de quién había llegado, ni cómo era el pezón de su madre y el brillo de sus ojos al serle presentada, ni si había nacido en domingo o en una noche de lluvia, ni si venía de una familia de ricos o de delincuentes, o ambos. Aunque lo sospechaba: puede que no supiese gran cosa pero en la dinastía de diplomáticos donde la habían adoptado se daba por hecho que un largo cuello como el suyo se conseguía sólo al cabo de tres o cuatro generaciones de *ballet* y sentarse recto, y tomar la sopa subiéndola a los labios con lentos movimientos del brazo.

Al mismo tiempo, ¿cómo explicar que cuando terminaron sus pequeñas vacaciones Sol se sintiese un poco londinense? Tampoco le había sucedido nunca algo así pues en Londres incluso su nombre le parecía exótico: *Sunny*, lo más parecido, es más bien yanqui, y *Loneliness* no es un nombre. Tampoco *Solitude*. Después de esos días la hierba siempre húmeda de los parques le parecía *confortable*, una palabra inglesa, y las chuletas de cerdo frías de los *pubs* se le antojaban un precio muy modesto por el lujo de poder escuchar a Leandro hablarle, en voz baja y con un fondo de lluvia que parecía más geografía que clima, sobre viajes y oficios que había juntado como si ya hubiese vivido tres vidas. Y eso que no debía de tener más que unos treinta, treinta y cinco años como mucho. Apenas unas pocas canas.

En cuanto a ella, aunque es difícil impresionar a una azafata con kilómetros, parecía muy atenta a los viajes que le contaba pero al final de cada uno se las arreglaba para preguntar sobre el punto de salida: Tres de Marzo. Una ciudad que se parecía a Londres —repitió Leandro varias veces—: nubes, lluvia, perros de caza, casas de campo a lo lejos, hombres vestidos de *tweed*…

Cuando a los tres días fue asignada a un nuevo avión, Sol se sentía distinta y hasta londinense, si es que existe tal cosa. Pero acaso la gente no *es* de un sitio sino que *quiere* serlo. Cada cual hace lo que puede para defenderse de su terror a la soledad y elige como patria allí donde la soledad le duele menos. Le gustaba la lluvia —y en Londres había visto más lluvia que una vez en Venecia en que las góndolas parecían submarinos—, le gustaba sentirse en un pueblo aunque tuviese más de diez millones de habitantes, le gustaban los grasientos y especiados restaurantes indios de Edward Road que él le descubrió para contarle una de sus vidas, y le gustaron otras cosas que no alcanzó a ver, así sucede siempre, más que cuando se separó de ellas.

Cayó en que ya no era la misma (o quizá era más ella misma tras ser afilada por esos días) cuando, al despegar de Estambul, Sol se

hartó de la reprochadera que una joven le comenzaba a soltar a su marido para dar por terminada la luna de miel y empezar el porvenir. A la hora de la comida Sol se sacó una bandeja con langostinos tan de Gran Clase que ya venían pelados, y se la puso al marido en lugar del pescado de un verde sospechoso al que estaba sentenciada la clase turista.

Lucía se dio cuenta y miró a la joven esposa como si fuese una bomba con la mecha encendida. Pero la mujer estaba ocupada en notificarle a su marido que durante la luna de miel su paciencia había tocado techo para con las sonrisitas a camareras, recepcionistas, mujeres con velo por la calle…

—No puedes hacer eso, los langostinos son para la Gran Clase —le susurró Lucía como si le avisase de que si uno se cambia el reloj de muñeca el tiempo va al revés.

—Pues ya está hecho y no ha pasado nada —dijo Sol con más alegría que insolencia.

Sol ya no se conformó con construir parejas barajando a los pasajeros o manchándoles los pantalones con salsa de tomate. Algo le había pasado que la obligaba a tomar partido. Y riesgos: a un chico que se encaprichó con el caro reloj de piloto de la compañía, cuando pasaron el carrito con los *whiskies* y perfumes, le mintió para disuadirle:

—No compres eso, que se estropean.

El chico la miró escéptico.

—Es arriesgado comprar cosas que ya han dejado de usar en Barcelona y en Hong Kong. Yo dejé de usar el mío —le mostró su muñeca desnuda— porque por culpa suya de vez en cuando me salían palabras en catalán. Un día que estaba atendiendo a un pasajero dije «*estic emprenyada*». Me salió caminando solo de la boca. ¿Te ha ocurrido alguna vez? Quiere decir «estoy enfadada», «muy enfadada» incluso, pero él no entendió lo mismo, claro. ¿Te das cuenta? Fue muy embarazoso.

Y así con todo: sus dibujos ya no los *sacaba* de lo que veía, como elefantes de las nubes o edificios giratorios. Ahora las nubes eran puntos de partida de historias con intención: colocaba la Torre

Eiffel en Nueva Delhi, por ejemplo, haciendo eje con la Puerta de la India en lugar del Arco del Triunfo, o pintaba con el rojo que recordaba del ala de un pájaro, en Caracas, y que parecía iluminar su rastro en el aire.

—¿Sangre? —le preguntó Mió, y se le alcanzó a ver un brillo bajo sus ojos rasgados.

—No: el Mar Rojo.

Por supuesto sus compañeros ya no podían contar con ella ni para una urgencia. Lucía la volvió a necesitar en París —su cita esa noche era con un periodista de quien parecía esperar fama, o como mínimo chismes, pero a quien acompañaba un fotógrafo que había que adjudicarle a alguien—, y aunque buscó a Sol antes incluso de saltar sobre la cama y ducharse, ya no la encontró. Lucía supuso con rencor que se habría ido a buscar a su amigo el canoso.

Tampoco se la encontraban nunca en los restaurantes y clubs diseñados como vestidos para que la parroquia parezca más guapa, más rica, más delgada y más joven y sorda. Algo muy práctico, lo de la sordera, porque la gente no tiene ni que fingir que piensa. Ya ni la buscaban. Se había echado fama de rara, y eso, en los grupos, significa primero lepra y luego destierro.

Aunque resulta difícil asociar la lepra con Sol. De pronto había crecido dos o tres centímetros. Pesaba menos, como si se hubiese evaporado un poco, y tenía un aura de santa o de hambrienta, según. (Seguro que ya no podía usar medias de presión donde colgarse la pequeña máscara de Venecia). Trabajaba igual que siempre —sonreía mucho más—, pero les daba menos importancia que nunca a las rutinas: la pasajera que le vomitaba encima y luego exigía perfume de marca, el donjuán que no se sabía bien su papel, el purgatorio sobre la tierra de las mil bandejas con comida de plástico y olor a canelones entrando y saliendo del carrito, cancelaciones de vuelos y esperas en los aeropuertos antes de volver a hoteles que parecían fotocopiarse a distancia… Ahora siempre esperaba en las salas de tránsito con los feos. Allí parecía más a gusto, y siempre miraba entre las filas de sillas igualadoras por si escuchaba otro Palo de Lluvia que… Cierto que tenía ojeras y apenas miraba…, o

miraba pero apenas veía: tenía esa mirada de la gente que está viendo otra cosa. Lo estaba: vivía en otro mundo.

Por eso le costó regresar a éste cuando en un vuelo a México, tarde ya y en mitad del océano, Lucía le deslizó entre las manos una revista que Sol hojeó sin darse cuenta. Sólo al final creyó haber visto a alguien conocido. Quizá se trataba del personaje de una de sus obras de teatro.

Y lo era. Si es que el autor pertenece a la obra, algo que aún hoy se discute.

Sol se miró en una foto, y luego en otra, sin comprender qué hacía una hermana gemela suya en la revista. Y en todo caso —pues ella no hubiese podido jurar que no tenía hermanas gemelas—, qué hacía el hermano gemelo de Marcel (el hombre de la barba canosa), siendo así que él desde luego sí lo podía decir. Para explicárselo leyó el titular:

EL PENSADOR Y EL HADA:
LOS AMORES DEL FILÓSOFO Y UNA AZAFATA

Pensador y *azafata* le sugirieron que hablaban de ella y de Marcel, a quien de un modo muy simple se le podía llamar *pensador*. Pero… *¿hada? No* entendía lo que decían.

La revista estaba escrita en castellano, sin duda, y las frases tenían verbo y sujeto, y algunas hasta complemento. Pero por alguna razón resultaba incomprensible. Un misterio. Ésta era la primera vez que Sol leía una de esas revistas en las que las letras le parecían innecesarias, y ahora que las leía se le escapaban. Y aunque al parecer hablaban de ella, no se reconocía en el texto ni forzando la imaginación, y eso que tenía mucha. Era como si hablasen de clones de Marcel y ella en un planeta muy distinto y lejano: seguro que en él las vacas no daban leche y los arco iris seguían siendo grises, como la lluvia. Era un texto castellano pero sólo se alcanzaba a percibir una gramática por alguna razón corrupta, no hecha para la claridad

sino para el sabotaje.

Impregnaba incluso el papel de forma que no parecía papel sino un plástico de tercera. En cuanto a las fotos, copiaban la realidad, sí, pero para convertirla en imitación, igual que el aeropuerto de los feos. Y lo mismo con la revista: el que mostraban era un mundo barato en el que hasta los Rolls Royce y los yates parecían de rebajas, y las personas, versiones en fotonovela de los héroes de la televisión. Ya se tratase de un actor que estrenaba perrito y le cocinaba salchichas en su jardín, ya de un príncipe con aspecto de contable que se casaba en un castillo con la heredera de un club de fútbol, nadie podía creer que esas fotos fuesen de personas pues decían imbecilidades que era imposible hubiesen dicho. La gente puede ser tonta, pero no tanto. El misterio era quién podía querer leer eso. Todos parecían competir por el papel de bufón para conquistar a un lector que se salía del gráfico por abajo, si bien un bufón además torpe en su propia piel.

Sólo de pensar que la habían hecho aparecer ahí, Sol sintió una larga vergüenza como no le ocurría desde los colegios de su infancia, cuando los primeros días, sin saber el idioma, no comprendía nada. Y aun así aquella vergüenza era de otro tipo. Con la revista se sentía como si la obligasen a mirar mientras otros se limpiaban, como si la hiciesen tender sin lavar la ropa sucia de otros y examinar su cubo de basura en busca de rastros con que acusarles de algo miserable, como si la chantajeasen para forzarla a participar en un concierto de pedos.

Luego se fue calmando. No necesitó volver a la revista, en el suelo, para ir intuyendo quiénes la habían escrito. Eran un par de pasajeros que parecían conocer a Lucía y luego había vuelto a ver. Ocurre. Tal vez había reparado en su aspecto porque parecían ir al revés: el de aire más inteligente era el alto, el fotógrafo con dos cámaras al cuello. El otro tenía una mirada ojijunta y el pelo le salía casi de las cejas de modo que no parecía ser capaz de ver nada más alto que una piedra, como mucho una rodilla. Debía de ser un especialista en zapatos. Su bajez le dio la clave: para comprender lo que decía la revista había que recortarse la inteligencia y la imaginación, o sea la cabeza. Entonces todo comenzaba a cobrar un

sub-significado, tan simple y crudo que seguía pareciendo improbable.

Sol dejó de leer y, como a veces hacía, se quedó colgada de la noche en la ventana. Mirando el infinito le admiró que se produjeran cosas así. Cuánto derroche de tiempo. También le entristecieron las risitas de Lucía y Mió, que le explicaban alusiones, y otras risitas a las que no había prestado atención.

Como en un ritual Sol esperó el amanecer que alumbra el mundo y mete la noche en un cajón como un pijama. Cuando se dispuso a despertar a los pasajeros con las toallitas calientes, se sentía escindida en dos sentimientos tan nítidos como el día y la noche que el avión separaba igual que una tiza partiendo una pizarra. El incendio del mundo comenzaba a teñirla de rojo, a través de la ventanilla, y así le ardía la rabia por dentro. Sonreía mucho para no hablar porque, de hacerlo, habría tartamudeado como nunca. En sus ojos negros convivían de forma imposible ira e ironía, agachada ésta por las esquinas: su principal encanto. Eso no le impedía sentir una gran piedad por Lucía y los demás: qué bajitas y oscuras debían de ser sus vidas si para distraerse leían esas cosas. Y aspiraban a escribirlas.

Cuando llegaron a México Sol pidió sus vacaciones.

Felicidad transportable

Y en su avión apenas se dieron cuenta, entre otras cosas porque a los pocos días, en Miami, se subió un tipo que parecía un encargo. Era alto y fuerte sin exageración, vestía bien de una forma natural, y aunque con una nariz que rompía algún equilibrio, su barbilla daba una impresión de sinceridad y la sonrisa le rejuvenecía los ojos veinte años. Tenía sobre todo una mata de espeso pelo negro en el que resaltaban unas canas muy blancas a los lados. Pero todo eso no explica la impresión que iba a provocar en Lucía, ignorante aún de que a ciertas personas hay que irlas destapando poco a poco, como los viajes, los libros, y son las que importan.

Y eso que al principio Lucía no reparó en él, pues las azafatas tienen una capacidad limitada para ver la belleza, como todo el mundo, aunque en su caso suelen estar muy condicionadas por las revistas y películas de los aviones, primas entre sí, por los pilotos, que de puro aburrimiento intentan parecerse a los actores de esas películas, y en general por esos guapos de la misma especie que abundan en aeropuertos y hoteles a causa del moderno tráfico de cantantes, actores, campeones de tenis… Toda esa gente que con lo que de verdad disfruta no es con ganar festivales y campeonatos, sino con viajar de un lado a otro para demostrar que la felicidad es transportable y, de paso, provocar una envidia variada y cosmopolita, el placer más refinado del éxito.

Quién sabe qué habría sucedido si el naipe de los viajes no hubiera hecho que en el avión de Lucía viajasen tres hombres de Tijuana celebrando una noche feliz en la ruleta, y que para celebrarlo uno de ellos se empeñase en convidar a un trago a la

azafata que venía ofreciendo cafés. Y como toda azafata sabe que la mejor forma de quitarse a un borracho de encima es acceder a brindar con él, eso hizo Lucía. Con la cabeza aún atrás se extrañó de no haber probado nunca ese fuego blanco, y no había terminado de adelantarla cuando vio que el alcohol no era tequila o aguardiente, como había creído, sino mezcal. Lo supo al ver el gusano rojo en el fondo de la botella, y en ese instante estalló una revolución en su estómago, a destiempo, como toda revolución que se precie, y vio el final del pasillo como a tres kilómetros.

Lucía había crecido con una televisión y cuatro hermanos, y no tenía demasiadas manías, un lujo para una azafata. Pero sí tenía el asco original a las serpientes, doblado en su caso de un fantasma por la vez que en Caracas metió la mano bajo la almohada y, creyendo sacar el camisón fresco de seda breve con el que pretendía recibir a un piloto que llegaba de Sao Paulo, sacó una culebra roja y negra que le llenaba la mano de anillos y pulseras.

Intentó sacudírsela, y no pudo, y entonces corrió miringa por todo el hotel hasta cruzar el jardín y arrojarse a la piscina, y arrastrar tras ella a un montón de borrachos de una fiesta que creyeron que con esa visión mitológica empezaba la bacanal. Luego resultó que la culebra era una coral llanera, una serpiente peligrosa que por alguna razón se abstuvo esa noche de morder. Quizá estaba ya seducida, primero con el perfume con que Lucía rociaba su camisón, *Otage*, o tal vez fue la crema de mango con que había vestido su mano para la madrugada de amor, o acaso la culebra se mareó en la carrera y con el *whisky* de los borrachos en la piscina. Eso no la indultó.

El gusano del mezcal era en pequeñito más o menos como la serpiente y, en su angustia, Lucía pensó que si se veía menguado era porque ella se había tragado el resto, como con el gusano de una manzana. Y creyó que de verdad no iba a llegar a tiempo al baño y de un momento a otro iba a nacer la leyenda de la azafata que vomitó sobre los pasajeros, cuando a su lado surgió una mano tostada por el sol, con una uña muy bien hecha, y le ofreció un vaso.

—¿Se le ofrece un poco de agua? —dijo su propietario.

Nunca nadie le había ofrecido agua cuando de verdad tenía sed,

y sí siempre, por lo general en forma de hielos en un *whisky*, cuando no la tenía. Eso la iba a remover por dentro casi tanto como el gusano rojo del mezcal.

El vaso de agua sofocó pues el grito de independencia en el estómago de Lucía, que pudo terminar la ronda de sus cafés sin convertirse en un caso aleccionador en los manuales para jóvenes azafatas, y luego aprovechar los tres días de descanso en Madrid —fin de trayecto y cambio de tripulaciones— para seguir a Vasco a Lisboa (Vasco de Gama Almeida Hernández, se llamaba), o mejor dicho la nube que envolvía a Lisboa en una humedad invisible pero gris que se metía en los huesos más que la lluvia. Si dos días antes le hubiesen dicho que se iba a perder tres noches y sobre todo tres amaneceres de Madrid por el fado de Lisboa extraviada en la niebla, habría cambiado de profeta.

Al principio Lucía no había reparado en él, entre los pasajeros. ¿Y cómo iba a verle? Sus ojos ya estaban tan desgastados por las revistas de porno rosa y el acecho de los pasajeros-sucedáneo de actores y modelos que Lucía casi había llegado a esa incapacidad de ver nada que no se haya visto antes. Una enfermedad triste y grave que requiere algún *shock* imprevisto. Y así sucedió esta vez. En medio de la noche atlántica Vasco de Gama se acercó hasta las despensas del avión, y en lugar de pedir algo a las azafatas, como cualquier pasajero, en la semipenumbra de esa guarida de plástico y metal miró a Lucía a los ojos.

—¿Cansada? —le sonrió.

En un mundo más sutil Lucía hubiese podido dictar una cátedra sobre sonrisas, no sólo en una escuela de azafatas sino en una de ministros, por qué no: Lucía lo sabía todo sobre las sonrisas, en todo caso las de hombre. La ensimismada del que construye una catedral sobre unas piernas, la muda que se las comenta a otro hombre, la sorprendida al descubrir una mirada que se queda, no huye. Las estudiadas que roban frases de películas viejas y las que arman un ataque, por oleadas, puede que durante días. Las amables que piden

un café pero quieren otra cosa, las que se acercan al beso y las que se enredan en éste o se derriten, quién sabe. Y la de después, que dice más que un periódico. Lucía las conocía todas, en climas y sitios diversos —sabía que una sonrisa ensimismada no es la misma bajo la lluvia que en Hong Kong (o en Hong Kong bajo la lluvia)—, y tenía sus preferidas: era débil ante la sonrisa canalla, por ejemplo. Le gustaba la que vuelve al hombre joven, quizá porque a lo mejor le llegaba algo. Y la del veterano casi la alegraba, pues le ahorraba tiempo, algo —comenzaba a saber— que siempre se gasta, rara vez se gana, quizá se adelante y jamás se recupera.

Pero en su vida de azafata nunca nadie le había preguntado de verdad, con una sonrisa acogedora como un aterrizaje en una tormenta, si se encontraba cansada. Lo que unido a lo del vaso de agua cuando lo del gusano en el mezcal comenzó a tener efectos ya casi devastadores.

El primero de todos fue que, en Madrid, Lucía ni siquiera fue a su casa, como si temiera encontrarse, tal vez, con alguien. Fue en cambio al Meliá Princesa, cuartel general de muchas tripulaciones, y se duchó en la habitación de una compañera sin reparar que ahí saltar sobre la cama y cazar un poco de azul por la ventana es necesario para poder respirar entre tantas banderas y el cemento que lo cubre todo.

Había entrado en la habitación arrojando los zapatos por el aire mientras se desabrochaba la blusa y se bajaba la cremallera de la falda, como hacía siempre, pero en el coche en el que enfiló por la carretera de Cáceres rumbo a Lisboa, hora y media después, ya no era la misma: llevaba el pelo sujeto con un pañuelo de color naranja, una falda crema más corta y menos estrecha y unos mocasines de estudiante. Y eso era lo que parecía: una jovencita. Y si una mujer parece una jovencita es que está enamorada.

Todavía no, pero ya se ponía el traje. Y más aún en los ojos, con veteranía, cuando se abrió la puerta de la dirección que le había dado Vasco, en Beco dos Surradores, una calle alta y la más brumosa de

Lisboa y donde hay más farolas. Por eso tuvo que repetir su tímido saludo:

—Hola, soy yo. ¿Te acuerdas?

No había pasado un día. Vasco mantuvo su mirada amable, pero dudosa. Quizá no se acordaba. O la confundía con otra. O no la esperaba, pese a haberla invitado.

—¡Ah, hola!, ¡qué padre que hayas venido! —dijo al fin, y más que las palabras fue lo amistoso de su acento lo que borró la timidez en Lucía, y ya no le volvió.

Sobre todo porque Vasco tenía la facultad, un don, de hacer que a su lado cada frase, cada sonrisa y cada mirada llena de calidez pareciesen un avance en un juego, una escritura dictada por un destino que ya sabía en qué iba a terminar. Esa noche Vasco de Gama la llevó a cenar unas sardinas a la plancha y vino, que sólo ahí podían hacer juego con los azulejos y las mesas de mármol de la taberna, y que le quitaron las telarañas del viaje. Al salir Lucía tenía la completa seguridad de estar en Lisboa, y Lisboa en el centro del mundo.

Y así con todo. Vasco de Gama la hizo dormir en una habitación blanca y azul que parecía una pequeña bahía del cielo que entraba en la casa por la buhardilla —la única pega era la foto de una joven asiática en bikini sobre la cómoda—, le llevó el desayuno a la cama con un café africano y un lirio amarillo, la hizo caminar por calles que ni se podían sospechar en Lisboa, ciudad de matices, y le mostró algunos balcones y adoquines que por sí mismos merecían el viaje. Él no vivía allí, sólo había viajado para echarle un vistazo a la casa de sus abuelos que su padre conservaba, pero parecía conocer la ciudad: le leyó pasajes de libros y desde debajo de un paraguas le murmuró en portugués muy insuficiente unos versos socarrones de Esteban de Andrade,

Lisboa,
minha Lisboa de amor e lonjura,
se me afasto de ti, definho,

escoo e envelheço,
se fico floreço
e morro de pneumonia[3].

y por alguna razón, pese a su portugués, en él no sonaban ni cursis ni falsos. Eso, a Lucía, que tendía a reírse sólo con que un hombre mencionase la luna, debiera haberla preocupado y no lo hizo. Y lo más importante: a lo largo de tres días Vasco la miró como si no hubiese nadie más, y la escuchó con atención y le respondió con inteligencia, una refinada forma de respeto y en todo caso una novedad para Lucía, acostumbrada a que los hombres quisieran charlar con ella sobre todo con las manos.

Él, en cambio, no la tocó. La primera noche a ambos se les cayó encima el largo viaje desde América, y en las siguientes el desfase horario les tuvo paseando por Lisboa, desvelados, hasta que Lucía terminó por tener de Vasco de Gama una imagen nocturna y casta, una combinación para ella tan rara como un rinoceronte esperando el verde en un semáforo. Eso la puso en una tensión como cuando quería perder la virginidad y a la vez conservarla, pero no lo supo hasta después. A los tres días ella tuvo que regresar a Madrid para en el mismo aeropuerto unirse a su tripulación y volar a Moscú. Él devolvería en Lisboa el coche de alquiler.

Ya en el mismo avión reparó en unas manos de hombre, al alargarle una taza para que le sirviese café, y añoró las de Vasco cuando le ofrecieron el vaso de agua para tragarse el fantasma de la serpiente. En Moscú se sorprendió poniendo la sonrisa de Vasco sobre la del recepcionista del hotel. En un vuelo a Estambul las canas jóvenes de un pasajero le recordaron las suyas, y por primera vez en su vida pensó que las canas podían estar bien, y todo ello sin darse cuenta del peligro. En Roma, un día de lluvia, se preguntó por qué Vasco no la había besado cuando compartieron versos bajo un mismo paraguas y ella deseaba que la lluvia que los unía se

transformase en un baño de agua caliente. Sobrevolando Milán se acordó de un fin de semana allí en el que su cita se había tenido que poner hielo, y no sin frustración se preguntó qué había pasado en Lisboa: ni un beso. En París llamó a un viejo amigo, pero llegado el momento le pidió no ir a su casa y seguir la noche en una *boîte* llena de humo y ruido, que si Lucía no notó era porque se estaba preguntando por qué, cuando estuvieron sentados en el sofá, no adelantó él la mano y le acarició los muslos. ¿No oía él que le estaban llamando? En Londres, cenando sola en un *pub* salchichas y patata fría con mantequilla, no le quedó más remedio que preguntarse qué había pasado. Nunca ningún hombre había estado tres días a su lado sin levantar la mano y tocarle un pecho. Incluso hacía mucho tiempo un chico lo había hecho en un coche sin prepararse antes el camino con una sonrisa, un beso, una frase. Nada.

—Perdona —le dijo, casi más sorprendido que ella—, no lo he podido resistir.

Entonces le halagó. Con el tiempo llegaría a comprenderle.

Lo más frustrante era que todo ello sucedía mientras él la hacía sentir como alguien hecho para ese paisaje. Llegó a pensar que a lo mejor había vivido en Lisboa en otra vida. Sólo en el vacío de la distancia Lucía cayó en la cuenta de hasta qué punto, con sus canas y toda su nariz, le parecía guapo.

Vuelo a vuelo a Lucía se le incrustó una duda que no hizo más que crecer cuando, en la siguiente cita en Lisboa, dos meses después, Vasco la recogió en el aeropuerto, la besó en las mejillas y la llevó a un hotel de Sintra, solitario y exquisito como la casa de muñecas de una niña rica, regentado por dos anticuarios que parecían más coreógrafos que gerentes de hotel. Eso una mujer lo ve de inmediato.

Quedaron instalados en un *bungalow* decorado como para una revista, con grandes cirios de iglesia que Lucía encendió, antes de quedarse en combinación para soltar con estruendo los grifos de una bañera de época en el cuarto de baño. Allí le estuvo esperando hasta que se le arrugó la piel, y un poco más. Cuando salió, Vasco, en la

cama, dormía con una novela titulada *Final do vento* caída sobre el pecho.

Lucía permaneció despierta una hora, virgen por primera vez en mucho tiempo al lado de un hombre, esforzándose en descubrir algún indicio que le permitiese saber qué ocurría. Se sentía como un monje sin mística. No encontró el indicio y sólo se durmió al tomar una decisión.

Sentados por la mañana en un sofá frente a un desayuno que daba pena tocar, Lucía le sometió a la prueba de la combinación: sin ropa interior, con la seda recortándole las piernas de modo que se adivinen las colinas y valles y sombras del cuerpo, la mujer finge que desayuna y en realidad espera al acecho. Y por lo general no puede terminar la primera taza de café. Casi ningún hombre se puede resistir a eso.

Y sin embargo él sí lo hizo. La miró, la miró incluso un par de veces, y luego se arrojó como un muchacho sobre el desayuno de *brioches* que se deshacían y *croissants* construidos por capas como objetos de orfebrería.

Y pensar que había sentido celos de las varias mujeres que llamaban a Vasco, le sonreían por la calle o dejaban rastros en su casa… Lucía las tenía todas contadas.

Decidida a llevar sus experimentos al límite, pero ya pesimista, Lucía colocó entonces su mano como sin querer en la entrepierna de él, y como un topo prudente, tras unos segundos comenzó a indagar con delicadeza en la abertura de su pijama. Y no encontró el ser dormido al que habría que despertar, como ya se temía, sino el ser clandestino y raro, sí, pero fresco y dispuesto con el que había estado soñando.

—Sí que te hiciste de rogar, güera —le dijo Vasco entre un gemido y otro.

Pues Vasco era al parecer víctima de una extravagante superstición que le contagiaron de estudiante en una universidad del norte, según la cual era el hombre quien tenía que esperar la

invitación explícita de la mujer, incluso cuando la situación era obvia, y eso y no otra cosa era en lo que se había demorado Vasco, un caballero a fin de cuentas: bastaba verlo. Lucía alcanzó a maldecirse por no haberlo adivinado. Sobre todo cuando, desde el primer día, Vasco la devolvió como diez años atrás, pues le descubría cosas mexicanas o lisboetas que ella no conocía, y nunca decía que no. Hacía ya años que era ella quien enseñaba a sus amantes, y no era fácil que le siguiesen el ritmo.

Le descubrió, por ejemplo, y a Lucía le asombró su propia tranquilidad, que es posible desnudar a alguien durante una hora —el truco está en avanzar por milímetros, y celebrar los descubrimientos, y dar grandes rodeos y retrasar los grandes territorios—, y también que la llegada puede no ser el rutinario aterrizaje al que ya casi la tenían acostumbrada sus rápidos amantes, pasajeros-sucedáneo a fin de cuentas, vestidos con ropa de marca para darse seguridad y aplicando las recetas de los programas de sexo de la televisión, sino que podía ser como arrojarse en paracaídas sin abrirlo hasta ya cerca del suelo, arriesgando el desastre. Eso hacía Vasco: la llevaba hasta el límite y se detenía. La acariciaba como si fuese un violín, la poseía como si esa vez fuese a ser la última, y así a lo largo de una tarde de lluvia o una noche entera. Y cuando el alba se metía en la habitación y ella estallaba —ésa era la palabra—, Lucía pensaba que amanecía, sí, pero de adentro hacia fuera.

Con Vasco, en Sintra, Lucía recibió un par de lecciones sobre el uso de la bañera, y eso que más de una vez la habían elogiado por su talento con ella, y le descubrió insospechadas posibilidades al jabón, al cepillo de la espalda, a la toalla. A la naranja del desayuno, al rumor del mar en la oreja, o quizá no fuese el mar, y a la cera de los cirios de la decoración que fundieron para ver algo y a la vez adivinar. Pensaba algo y él lo hacía, y luego él añadía creaciones suyas. Así descubrió la traducción y las posibilidades de ciertas sílabas en según qué orden, de las especias picantes, de una nariz grande, de esconderse en los palacios de Sintra, del recuerdo de ciertos versos y de la miga del pan del desayuno, modelada como hacían los incas. Sobre todo, las posibilidades del helado de

chocolate o el oporto en la axila o en otras cavidades que nunca había visto.

Pero no eran *trucos* lo que le enseñaba Vasco de Gama, trucos para intercambiar con sus amigas entre risas. Por cómo manejaba su cuerpo o su modo de comportarse, lo que sucedía es que Vasco parecía venir de un lugar en el que la gente veía más colores, sufría por más cosas, amaba más y por razones más variadas y en general estaba más viva. Todo lo demás no era sino una consecuencia.

Varios días después Lucía ya hacía dos que se había declarado enferma para no tomar su avión, y no se resignaba a alcanzarlo en Rabat, donde debía incorporarse al siguiente cambio de tripulación o arriesgarse a que la visitase un médico. Pero no sólo no estaba enferma sino mejor que nunca. Más joven, más guapa, mejor amante, dispuesta a seguir hasta que el mar de Portugal se retirase un día en marea baja y ya no volviese.

Y así se lo dijo a él:

—Quiero vivir contigo —le dijo, y en esas siete sílabas puso una cantidad de amor considerable pues había gastado poco el suyo.

Vasco de Gama no pareció sorprendido. Quizá lo esperaba. Con la misma corrección de siempre miró a lo lejos, como buscando inspiración. Y allí debió de recordar algo porque dijo:

—Tengo más ofertas. ¿Tú cuánto me das?

Músicas de nido

—¿Y qué hicieron?

—Pues eso es lo mejor: casi nada —dice Sol—. El primer día estuvimos en la sala de espera de Heathrow, y luego, los otros dos, hasta que cancelaron el vuelo, paseando por Londres.

Sol miente y lo sabe, aunque miente sólo a medias. Es pudorosa y no cuenta lo que de verdad importa. Falta de entrenamiento, sin duda: nunca ha tenido a quién contárselo.

Lo que de verdad le importaría a ella es hablar de Leandro, el pasajero del Palo de Lluvia…, aunque no sabe qué decir sin traicionarse. Un viejo problema. Porque decir por ejemplo «se dedica al teatro» no explica sus ojos de color avellana. Y hablar de la avellana no muestra la luz que había en el fondo. No tanto de juego, la luz, como de cambio: en tres días el pasajero que al principio era uno más en los autobuses volantes que son hoy los aviones se había transformado en por lo menos cinco viajeros, o seis… en varios.

Y el que Sol recordaba más en ese momento no era ni el primero ni el más importante: recorrían el British Museum, las salas de los frisos del Partenón, de una belleza que el tiempo, como no podía superarla, ha medio borrado, corroído y mejorado, y de pronto él se contorsionó de una forma rara, como en un teatro de sombras. Sol lo vio como una versión actual de los centauros que, desde dos mil quinientos años antes, seguían robándose mujeres en las paredes. Duró un instante, y sólo ella, además, lo pudo ver. Luego, antes de continuar la visita como cualquier turista, él sonrió con esa arma secreta que tenía y cuyos efectos Sol no percibiría hasta tiempo después: de labios algo más oscuros de lo normal, y bien dibujada,

como repasada con lápiz, su sonrisa se le veía en realidad en los ojos; se le arrugaban como a un chino y se le bajaban las esquinas, ya inclinadas de por sí, todo lo cual le daba un aire de chico: no se sabía si era una sonrisa o la invitación a un juego.

Tampoco se pueden contar los silbidos de pájaros con que Leandro entretuvo a la gente de la sala de espera. Se podría favorecer la idea equivocada de un saltimbanqui, un acróbata como el que vio una vez saltando coches por Saint-Germain, en París, con zancos de insecto gigante y al viento una corta capa de obispo mientras anunciaba el final del mundo: «¡Arrepentíos! ¡El fin del mundo se acerca! ¡El regreso de los ríos! ¡La llegada de los arquitectos! ¡El fin del viento!…». Y no era eso: después de los dos días en Londres con él Sol pensaba que Leandro podía parecer un deportista, un escritor furioso, un banquero implacable o un huérfano más bien melancólico pero, y Sol no sabía exactamente por qué, no un saltimbanqui. Un músico, sin duda, tras la larga espera junto a los feos en Heathrow.

—Yo nunca había visto nada igual —cuenta Sol—. Leandro se construía unos instrumentos anudando las manos de cierta forma, siempre distinta, y con la boca les sacaba los sonidos de una orquesta. El trino del *gaviosol*, por ejemplo, que es la gaviota a la que ya no le tira el mar y se escapa para explorar tierra adentro. O del *avetecto*, que tiene que ofrecerle a su hembra hasta diez nidos, para que escoja, y mientras se disfraza para parecer más joven le propone cada uno con una melodía distinta. Y ahí mismo —cuenta Sol— Leandro componía diferentes músicas de nido. O el *banquero*, un pájaro que come lo que van levantando las hormigas rojas a su paso. O el canto del *pájaro manzanita*, tan pequeño como un colibrí y que anida en los floreros… —y ahí Sol se atrevió con un silbido delgado pero vivo y tenso como el del pájaro manzanita.

Vasco de Gama sonríe.

—¿Y tú cómo sabes que tal trino es de…? ¿Cómo dijiste?… *¿Gavioso? ¿avetecto?*

—Porque se los oí a Leandro —dice Sol como si ese concierto de silbidos se le hubiese incrustado en la memoria…—. Aunque eso

fue después, al día siguiente, paseando por el parque. En el aeropuerto eran trinos de otros pájaros.

Sol se ríe, recordando.

—¿Otros?

—Sí, y lo extraño es que no sonaban raro entre los otros ruidos: en los aeropuertos lo que se oye son peleas de parejas que ya no se soportan al regreso de vacaciones, ¿no? Teléfonos celulares, cancelación de vuelos, pilotos llamando a sus amantes, gritos de *hooligans*… Los silbidos de Leandro pegaban con todo ello.

—¿Por ejemplo?

—El trino del empleado a punto de mandar al jefe a chingar, el de la esposa tomándole cuentas al marido cuando vuelve de la cantina, el del galán de playa… La prueba es que las gentes de la sala de espera los entendían todos sin explicaciones, como en un buen teatro de marionetas, y se morían de risa…

—¿Puedes reproducirlos?

—¿Estás loco? —y para entonces en la pregunta de Sol ya se oyen acentos de Madrid y de México. Además, hay algo en lo que cuenta: son historias tristes pero suenan alegres, que es el don de los payasos y de algunos escritores. Luego sigue—: El trino de socorro de la hoja del árbol justo antes de caer…, también el de quien está harto de esperar en un embotellamiento… —una «intensa carga vehicular», como la llamaba el tipo que estaba hablando en la radio antes de que Vasco de Gama la apagase.

Ése es fácil de imaginar: se encuentran parados entre pitidos en uno de los miles de embotellamientos que entre claxonazos tejen como una telaraña de hierro Ciudad de México, la ciudad infinita. Quién sabe cuánto más tardarán en llegar arrastrándose a una taquería de la Zona Rosa donde según Vasco de Gama dan unos tacos al pastor (tortillas con pernil de cerdo asado coronado de pifia) que curan cualquier cruda y no tienen igual en toda la ciudad. Lo cual sería una machada dicho por cualquiera —nadie sabrá jamás lo que sucede en toda la Ciudad de México—, pero dicho por él es

probable.

En otra ciudad Vasco de Gama pasaría por un náufrago de la noche, sólo que, en lugar de hablar como un borracho, un elegante, un crápula, habla de la noche mexicana como un poeta. Sol lo ha echado de menos en muchas ciudades. Incluso crea lenguaje: los precipicios de las banquetas en donde los peatones apuestan sus tobillos, por ejemplo, son *emus* (Experiencias Místicas Urbanas), igual que los desconchados de las casas, las llagas de la pintura cuando envejece y sufre.

Se encuentran, pues, en el embotellamiento. Vasco de Gama maneja, Sol a su lado (él la llama *Soleda*, como en el colegio, adelantándole el acento a la *e* para no tener que llamarla Soledad), y Rómulo detrás, tocando un *blues* sobre una rubia de El Paso, Texas (así lo ha dicho ella varias veces a lo largo de la noche, *eilpassouteicsas*), aunque no está claro que ninguno de los dos lo sepa: que el uno está tocando y que la otra hace de piano. Ambos se han puesto hasta atrás. Por eso Vasco quiere llevarlos a lo de los tacos. Con unos buenos tacos al pastor se puede sobrevivir hasta el mediodía, y si se toman con chile habanero, hasta la tarde, hora en que el tequila reposado agarra el relevo y al recién llegado le quita hasta el suave dolor del plomo de la contaminación aposentándose en las rodillas.

Pero casi nadie puede tomar chile habanero y desde luego no una güera tejana que ya ha superado la idea de que al sur de Texas viven millones de espaldas mojadas dispuestos a arriesgar la vida para ser camareros en Los Ángeles, aunque de momento no ha superado la siguiente fase, la de creer que el alma de México es una ranchera: no otra cosa es lo que los ha amanecido en Tenampa, el único lugar bajo techo del mundo donde las trompetas de tres orquestas de mariachis levantan al tiempo el techo y los violines empujan las paredes sin molestarse.

La rara ahí es Sol, que no ha bebido. Y no es el viaje, que puede extraviar el sueño, como maletas, durante días. Sol vive en el viaje como en su casa. El problema —y crece con la edad— es que en algunos sitios la memoria se le despierta y se le pone a hacer

gimnasia sin que nadie se lo pida y luego no hay forma de acostarla.

Aunque eso es en parte lo que ha venido a buscar, con la memoria ya se sabe: es más rebelde que el hambre y más impredecible que un tornado. Ni comparación. Y en México siempre le ocurre: llega en busca, más que de un recuerdo feliz, de los amigos del colegio, que son los que no cambian, y sólo una vez allí se da cuenta de que ha cruzado a otra dimensión. Quién sabe dónde se produce el cruce: ¿en el control de pasaportes? ¿Al salir del aeropuerto a la ciudad-país? ¿En la decisión misma de ir, evocar el nombre legendario, *México*? ¿En la visión de la ciudad desde el aire, sumergida en marzo bajo un mar de humo de color marrón?…

—Mutantes —ha diagnosticado Vasco de Gama en un semáforo, donde ya al amanecer unos muchachos con máscaras de políticos o del Santo o Blue Demon tragan fuego para ganarse unas monedas—. Eso es lo que somos. Mutantes. Es esta ciudad, que ya no cabe. Está creando una nueva especie para cambiar las reglas del juego del mundo y terminar comiéndoselo.

Ya ha empezado a ocurrir, explica en esa frontera gris donde ya no es de noche pero aún no es de día: la multitud de colores de Londres o de París, la de Nueva York, como desgastada por salir en tantas películas, la resignada de Calcuta, la enigmática de Shanghai, donde no hay gordos, y la de El Cairo, que inventa un nuevo ruido cada segundo, no son sino discípulas de la del Distrito Federal. Y no sólo porque aquí sean ya veinticinco millones o treinta o más de chilangos: una ciudad que es como cuatro veces Suecia o Hungría y como siete Noruega, no se sabe bien, en cualquier caso muchos más que hace un minuto.

—Y cuantos más somos más cambiamos la naturaleza de las cosas —explica Vasco—. Nuestros niños creen que lo del cielo azul es un defecto de la televisión pues aquí el cielo es marrón, y en los días de sol, gris —mira el cielo gris y comprueba—: Hoy va a ser un día de sol. Tampoco creen que el agua crezca en ninguna parte. Piensan que es una bebida como la Coca-Cola, aunque peor.

—¿Y la que sale de la llave del agua? —pregunta Sol.

—Ésa es otra cosa —ríe Vasco—. Un enemigo interior que nos

pone el Gobierno para controlarnos. Y si no, cómo explicar los caimanes que se aparecen por los desagües de barrios, en realidad enormes ciudades inaccesibles a la policía, como Nezahualcóyotl. Son policías. Mutantes, pero policías. El Gobierno los pone ahí para vengarse.

Más que en Londres, en las playas de Casablanca o en el mercado de Edpira, la remota capital de Seda, Sol siente la muchedumbre. Va a México cuando necesita a sus amigos para que la consientan, la apapachen, y casi la puede tocar desde que el avión aterriza en medio de la ciudad. Más aún, desde que comienza a sobrevolar su nube marrón —*el Imperio*, la llama Vasco, poeta metropolitano—, y se pregunta si no habrá sido puesta ahí para que el viajero no vea toda esa multitud, la más grande de la historia, y comprenda que el futuro va a ser en adelante lo nunca visto…, y se asuste.

Pues a la vez ésa es la gente más viva que conoce Sol. En México la humanidad es virgen y está como nueva. Al menos llena de energía.

Lo pensó una vez más al cruzar esa misma mañana los controles y salir a un vestíbulo del aeropuerto Benito Juárez en el que una tropa de insomnes —se veía que habían cruzado la noche bebiendo y cultivando ya una futura nostalgia— se había traído guitarrones y sombreros de mariachi para despedir a un amigo y le cantaban *Las golondrinas*:

… si te vas,
y te vas,
y te vas,
y nó-tehas-idoooo…

Lo cual tuvo en ella un doble efecto, como a veces le sucedía: primero devolverla a la mañana de hacía unos años en que sus

amigos la despidieron con una letra que sólo escuchó una vez pero recordó siempre como si hubiese sido una profecía:

Te vas para no irte,
aquí dejas la nostalgia…
Cuando llegues nos verás,
cuando vuelvas no estaremos…
Para qué te vas,
si volverás
para buscaaarteé…

y luego darle como un adelanto de ese trancón, ya de madrugada, junto a Vasco de Gama. Fue él, está segura, quien compuso su canción de despedida.

Lo mira, le mira el perfil y se pregunta, igual que hace un par de horas, en Tenampa, por qué ha venido a verle.

Sol ha vuelto varias veces a México desde que se marchó, hará unos diez años: a una boda, a ver a los amigos, traída de los pelos por la nostalgia o, antes de abandonar sus estudios de Historia y meterse a azafata, para recomponerse su imagen en el espejo, cuando por casualidad, al buscar en París unos papeles que le pedía su padre, se enteró de que era adoptada.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó Sol, nada más llegar a México.

Vasco dudó si decírselo.

—Lo sospechaba.

—¿Por? —en aquella época, Sol, Soledad, era muy delgada, nerviosa, directa, impaciente. No sabía además qué hacer con ese pasado de fotonovela que le había caído encima. Quería resolverlo cuanto antes. Ignoraba que hay cosas que no se pueden *arreglar*, y el pasado es una de ellas.

—Porque tú no eres como los demás…

—Cuáles demás.

Entonces Vasco cayó en que era más grave de lo que creía.

Vaciló.

—Pues como nadie —dijo al fin—. No eres como los demás hijos de diplomáticos españoles, y no eres como los españoles de allí, tampoco. Los conozco de mis viajes a Portugal.

—Por qué —preguntó Soledad, pero no había verdadera sorpresa.

—No importa que seas morena ni hables con las ces, las jotas y demás, como si estuvieses enojada. En realidad… —Vasco la miró un rato como intentando penetrar una máscara de maquillaje— tus padres tenían los ojos redondos inocentes de los peninsulares y tú los tienes agachados por las esquinas. Y consigues decir mucho con ellos. Decir más. Aunque conservas la inocencia de allá, tu ironía, por ejemplo, es amistosa. No sé… Es como si hubieses nacido en China.

Chinos tragando fuego

Ya está, acaba de descubrir Sol. Ya sabe por qué ha venido esta vez en busca de Vasco. Ha sido al ver a los muchachos que andan por entre los coches tragando fuego y pidiendo lana. Ha sido una casualidad, casi, de las que buscan los escritores de culebrones: se preguntaba por qué ha venido a ver a Vasco, y esos niños le han parecido chinos. Ciudad de México está llena de chinos, chinos del sur, con los ojos más redondos, basta verles para comprender que los aztecas iniciaron su viaje en Guangzhou y las orillas del río Li.

Pero lo de verdad extraordinario es que Vasco de Gama también le ha parecido chino, pese a sus ojos verdes y a su pelo crespo de navegante portugués. Ojos verdes… con los párpados agachados por las esquinas. Como los suyos.

Y como los de Leandro.

Ha venido a ver a Vasco porque le recuerda a Leandro.

Le llamó desde el aeropuerto, sin darse tiempo casi a llegar, no hace ni veinticuatro horas.

—¡Soleeda! —escuchó por entre el teléfono, y con esa sola palabra, dicha con la calidez de siempre, Vasco tuvo el poder habitual de llevarla de vuelta al colegio.

—¿También para ti fue la época más feliz? —se le ocurre preguntar ahora.

—Cuál —pregunta Vasco, la pregunta ha venido de golpe, sin aviso, entre nuevos claxonazos del embotellamiento, que se habían calmado un poco.

—El colegio, el Liceo Francés —dice Sol.

Vasco la mira. A qué se estará refiriendo en concreto. ¿Se refiere

quizá a las clases de *Monsieur* Dombard, que utilizaba las matemáticas para pagar en sus alumnos las agresivas melancolías de sus crudas? O tal vez se refiere a Dupuis, Olivier, Roucard y los demás profesores que venían a México a vivir con criadas, como no vivían en Toulouse o Estrasburgo, y a inculcar en los niños ricos de Polanco, San Ángel o Condesa un sentido de culpa que sólo se podía redimir tirándose al monte tras el Che Guevara.

—No —responde Sol sin seguir a Vasco de Gama en su mal humor conservado una década—. Me refiero a eso.

Eso son los enmascarados comedores de fuego chinos, que ya se han instalado entre el tráfico. Ahora también dan volantines y construyen pirámides humanas que se deslizan por entre los carros con rapidez, como el hombre zancudo que anunciaba el final del mundo en París. Quizá también éstos anuncien una hecatombe, aunque como no tienen dinero para zancos, sobre zancos humanos. Pese al escenario, la ciudad-país de mutantes, anuncian una hecatombe más modesta que el final del mundo; sólo usan máscaras para atacar a un presidente ladrón.

Pasan al lado del carro de Vasco de Gama y hacen un par de comentarios sobre lo que sucede en el asiento trasero que serían censurados en una película. Rómulo y la gringa de El Paso no se dan por aludidos pero, como un par de chinos con máscaras de un payaso y un presidente cuatrero se pegan a la ventanilla trasera para disfrutar del espectáculo —ya es más de día que de noche, y se puede ver—, Rómulo saca la mano de entre los medio escurridos *jeans* de su compañera y se incorpora un poco. No se sabe si su voz vacila por el alcohol, el sueño, la hora o la interrupción de sus caricias.

—¿Falta mucho? —pregunta.

Vasco de Gama no necesita más para comprender. Cuando habla del colegio, Sol se refiere al teatro. No se limitaban a representar a Moliere, Sartre y Ionesco como en tantos liceos franceses en todo el mundo. Ellos tenían a Marcel, un profesor

director que miraba el escenario como un recurso de explorador en los tiempos en que aún había.

—¿Sabes algo de él? —le pregunta Vasco.

¿De Marcel? Sí, claro, dice Sol: siempre que aterriza en París no pierde ocasión de ir a visitarle al café donde pasa su jubilación leyendo y escribiendo. Y luego, con otra voz, le cuenta a Vasco cómo Lucía malinterpretó las visitas que le hacía a Marcel y malvendió su historia hecha con clichés a una revista barata. Y a medida que la cuenta va reviviendo el incidente y al final está hablando suavecito y temblón de puritita furia.

—No sé ni qué hacer: no sé si contárselo a Marcel, porque él no lee esas revistas. Me muero de la pena. Espero que no le hayan ido a molestar.

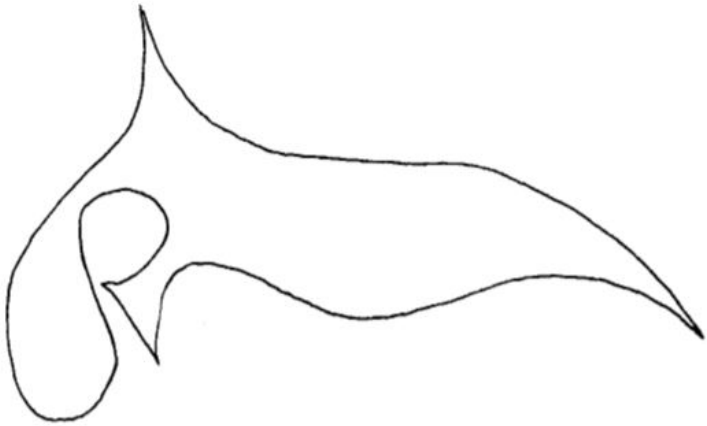
—Se reiría —dice Vasco.

Pero lo dice de aquella manera, fúnebremente… El que desde luego no se ríe es él.

Algo no va bien en la vida de Vasco porque la historia de cómo Lucía metió a Sol y a Marcel en una revista de porno rosa se le incrusta y le raspa la glándula de los enfados. Ya casi se le han quitado las ganas de ir al lugar de los tacos al pastor. De lo que tiene ganas es de subirse al avión de Sol, recordar el papel de donjuán en el que es veterano y darle a esa mujer la lección de saber vivir que no le dieron a tiempo.

Sol ha sentido ganas de pronto de dibujar a los acróbatas comefuego y saca su pequeño cuaderno de apuntes.

—Mira —le dice Sol al buscar una página libre—: Éste es el *gaviosol*. Lo dibujó Leandro.



No es cierto. Lo dibujó ella pero por alguna razón le da vergüenza admitirlo. Leandro lo interpretó con su flauta de manos y le explicó en qué consiste su neura:

—Nadie sabe qué le ocurre —le dijo mientras caminaban por Russell Square y miraban al pájaro, sobre un risco, en el momento en que siente la llamada, la necesidad del viaje rompiendo su corazón—. Un día, un día en que el sol sale por el mismo sitio, el pájaro escucha algo y sale en busca de una misión.

—¿Una misión? —había preguntado ella.

—Una forma de hablar. Una misión, un destino, un encargo. No lo sabremos nunca y está bien así. Lo único que importa es que el pájaro despega y busca…

Luego lo dibujó ella, al cabo de unos días, en un momento de soledad en un hotel de Bruselas.

Lo que interesa es ¿por qué no reconoce Sol sus dibujos?

Es que la desnudan. En su caso no es ella la que dibuja a modelos desnudos, como cuando empezó a dibujar, sino los dibujos los que la desnudan a ella. Dibujan su memoria, su nostalgia, y resultan más reveladores, mucho más, que una foto, una confesión,

un poema.

Soledad tiene una memoria rara, pues no sólo es más joven que su edad sino que la ha tenido que someter a viajes y cosas, y en todo caso guarda un recuerdo improbable, aunque el más firme de entre los suyos, de aquella noche en el Heathrow de los feos y de los dos días siguientes. Y cómo no. Leandro reproduciendo silbidos de pájaros mientras afuera se cumplía la postal de la lluvia en Londres, luego contando historias de lejanías ayudándose de dibujos y mímica, y después especializándose en un castellano suave y al tiempo familiar mientras todos iban *clavando pico* (él fue quien lo dijo) y ellos quedaban unidos por un murmullo entre un mar de derrotados: la sala de espera de un aeropuerto carece de grandeza pero cansa como una batalla.

Murmullo, conversación que fue la que los mantuvo juntos los dos días siguientes, a través de plazas, museos, librerías y sobre todo calles de Londres, bajo la lluvia casi siempre, una ciudad bajita y civilizada que prohíbe las radios en los parques, ideal para conversar, como si tuviesen que recuperar, Sol al menos, toda una vida de tiempo perdido.

No se mueven. El trancón sigue, quién sabe si todos los borrachos de la Zona Rosa no han terminado ya con los tacos al pastor, y los comedores de fuego se ven ya lejos, por el espejo. A este paso, si su lengua y sus tripas aguantan tanto fuego, van a llegar hasta el Ángel.

—¿Y de dónde es Leandro? —pregunta Vasco—. ¿Te lo dijo? —suena celoso.

—De Tres de Marzo —dice Sol, no sin vacilar un instante: pese a que allí nació, o eso le dijeron cuando descubrió que era adoptada, ha pronunciado esas palabras tan pocas veces, para ella es una ciudad tan nueva, que todavía le parece estar diciendo una fecha.

Algo se agita detrás. La rubia de El Paso parece estar emergiendo de su borrachera.

—¿Tres de Marzo? —logra articular con su acento de chiste—.

¿No era ésa una ciudad de novela?

Tercera parte

Nieve sobre un pez

Pájaros felices en el aula 303

A veces ocurre que un alumno sabe más que el profesor, aunque lo extraordinario no es eso sino que el profesor se dé cuenta. A base de oírse, muchos profesores, incluso jóvenes, se van volviendo sordos. A mí, sospecho que sordo y es posible que también algo ciego, me ocurrió en el aula 303, un mirador con grandes ventanales sobre el campus de la universidad de Madrid, territorio abandonado a su suerte pero lleno de castaños, pinos y hojas caídas, en otoño, que bajan el ruido de la ciudad a lo lejos.

Imagino que allí la vi desde el comienzo del curso, en el aire transparente de octubre, pues si algo no se puede esconder entre un público, como saben los músicos, es una mirada inteligente. Pero mi primer recuerdo la dibuja en uno de esos días fríos y grises en que el sol agotador de Madrid da al fin un respiro, en el aula 303 se pueden descorrer las cortinas, y entonces esa clase queda como suspendida en el cielo gris igual que una nave espacial. Quizá ayudó el momento: miraba yo hacia el gran ventanal del fondo, detrás de los estudiantes, cuando una caravana de vencejos hizo el garabato que hacen estos pájaros en octubre, y que por alguna razón proclama, en el cielo quieto, la felicidad de vivir.

Y sucedió justo en el momento en que desde su pupitre, en una esquina, ella hablaba de Londres. Lo hacía con palabras que yo no había oído nunca en un estudiante, y que, seguro, sus compañeros le harían pagar tarde o temprano. Hablaba de Londres y usaba expresiones como «un jardín multiplicado hasta el infinito por chimeneas siempre apagadas» y «guerra contra la niebla».

Suena raro, ¿verdad? Como un poema, o como el lenguaje de un

pintor. Pues así hablaba: sin miedo y con un suave acento que en cierto modo iba con su ropa, sencilla pero también, sin lugar a dudas, distinta. El tema encajaba en el día, londinense. Y usaba esas metáforas, no me lo invento. En su mirada negra se producía una inesperada mezcla de calidez e ironía, y parecía un tanto oriental, agachada por las esquinas.

Pese a todo no le hice mucho caso. Yo estaba en plena batalla dentro del Instituto y, aunque sabía que iba perdiendo, desconocía hasta qué punto. Como un animal que cree que pelea contra un hombre y ni se imagina su rifle con mira telescópica, aún me hacía ilusiones. Y peleaba.

Permítanme presentarme: soy profesor de Geografías Imaginarias en el Instituto Superior de Geografía y Alta Exploración, de Madrid, también conocido por los estudiantes como El Polo, supongo que para abreviar. En principio mis alumnos estudian para geógrafos, cartógrafos o exploradores, pero pocos, si alguno, llegarán a ejercer un oficio que se ha ido quedando sin salidas a medida que el mundo, por así decir, encogía.

Ya no queda gran cosa por meter en un mapa ni explorar, como es sabido (hay mapas hasta del aire), y los planetas o microbios que aún no hemos visto los deducimos. No sólo sabemos que están ahí sino de qué color son y pronto conoceremos sus traumas y caprichos. Nos pasamos miles de años encarcelados a este lado del horizonte por los monstruos del más allá creados por nuestra imaginación, y hemos tardado otros miles en comprender que nuestro sol, que nos arrastra en su estela con un hilo de luz, casi no existe en un torneo con más jugadores que la suma de todos los granos de arena de todas las playas del mundo. Y eso a pesar de que ese misterioso campeonato cuya finalidad ni sospechamos se desarrolla a la vista, sobre nuestras cabezas, y a que el día no puede borrar más que unas horas lo que dice la noche cegadora, un ser, ¿cómo llamarlo, si no?, capaz de proclamar y sugerir al tiempo, como los grandes artistas.

Además, ninguna tiranía ha conseguido que no veamos las

estrellas, pese a que todas sueñan con ello: saben que, mientras no se consiga expulsarlas de la noche, todo intento de embellecernos la esclavitud para vendérnosla está condenado al fracaso. Sucede que para borrar las estrellas habría que acabar antes con el mar, o con el desierto. O sea que no será mañana.

Pero este lenguaje, el de mis maestros y algunos escritores, mis alumnos lo escuchan como un poco extranjero. Lo noto: me miran con cierta admiración melancólica, como se mira a los poetas, a los locos y a los elefantes del circo, náufragos todos de un mundo ido. Y aunque me revienta, lo comprendo. Cómo habría de impresionarles con ciudades remotas y desiertos estrellados. Mis alumnos saben la fecha en que veremos los límites del universo y tienen tan presente el calendario de la felicidad anotado en sus agendas como los plazos de un crédito: saben cuándo llegará el fin de los calvos y de la artrosis, y cuándo seremos todos delgados. Saben cuándo se jubilarán las gafas y cuándo serán puestos a parir los hombres para terminar por fin con la primera de todas las diferencias y madre (para entonces padre) de casi todas las injusticias.

Dicen que por fin podemos empezar a hablar de la felicidad con cierto realismo, pero ¿ha pensado alguien lo que ello significa para los que, después de tantas horas de televisión que les hablaban del Tíbet y el tiburón blanco, tenían la ilusión de ser exploradores? Nadie les advirtió que el primer problema del Everest es la basura que dejan las expediciones a su cima, ya casi excursiones, ni que los leones de las sabanas del Serengeti sufren de estrés por ausencia de soledad: a juzgar por su visible aburrimiento, los leones más jóvenes creen que los fotógrafos estaban ahí en la pradera, con sus apestosos *jeeps*, desde antes que las cebras y los ñúes.

Mis alumnos han crecido sintiendo bajo los pies cómo el planeta empequeñecía y lo comprueban en que cada día se parecen más unos a otros, como si el universo los fuera limando y esculpiendo en serie mientras duermen. No les queda pues más remedio que entrenarse desde la universidad para ese mundo feliz. El problema es que viven en el pasado, como todos: quieren explorar selvas como las de antes y la única selva que conocerán nunca es la que tenemos contratada

en el Instituto para sus prácticas de mapística, botánica y exploración, y en la que todo, hasta la risa de las guacamayas, la lluvia del mediodía y la insolencia de los monos, está programado.

Ya no quedan ni terrenos que geografiar ni trabajos de explorador. Lo que quedan son sucedáneos. Así que los chicos creen que con su título escaparán de las muchedumbres del metro, la oficina siniestra y el menú del día en la cafetería de la esquina, y que muy pronto descubrirán a un felino ignoto, como el tigre de hoja, desvelado en tiempos por jóvenes exploradores del Instituto —un tigre tímido hasta la invisibilidad y cuya existencia nunca les creyeron—, o que atravesarán el Atlántico en una piragua y serán famosos. Entonces les llamarán de Hollywood a hacer la película.

No saben que estudian cinco años para ser guías de excursiones por Internet, guionistas de folletos de agencia para viajes de novios, libretistas de programas imbéciles de televisión, topógrafos de urbanistas a sueldo de constructoras, trucadores de postales en las que la banalidad parece un paraíso… Entrenamos a los estudiantes para que se resignen. También para que nos ayuden a convencernos de que éste es, al fin, el mundo feliz que anhelábamos. El Instituto Superior de Geografía y Alta Exploración es sobre todo una escuela de aceptación, donde se van limando las uñas de los cachorros para que sus zarpazos se queden en caricias.

No es extraño pues que el Instituto no tenga tanto aspecto de universidad o templo del saber como de garaje. Un lugar un tanto triste —lo rescatan los ventanales sobre los árboles y la soledad del campus—, en el que nuestro cometido, más que preparar a los chicos para que exploren mares y nos traigan montañas desconocidas y noticias de gente distinta, es embutir el mundo en formulitas para hacerlo fácil y masticable, para que nuestra felicidad sea democrática, compartible por todo el mundo.

Yo me oponía, claro. Aquella mañana de pájaros, en un cielo gris madrileño por el que navegaba el aula 303, en el Instituto Superior de Geografía nos encontrábamos en plena guerra. O quizá

fuese mejor decir que acababa de perderla.

Me ahorro el relato, que no tiene interés. Baste decir que yo me consideraba superviviente de un mundo a contrapelo de ése y que, en contra del diagnóstico dominante, me resistía a declarar muerto. O marginal. O pasado de moda. O… Por azares de mi vida recordaba de forma muy viva ciertos lugares que la Junta Rectora del Instituto se negaba a considerar ciertos, o al menos probables. O que, caso de existir, se ajustaran *en realidad* (expresión fetiche) a lo que yo contaba, decían que en mis clases pero creo que apuntaban sobre todo a mis libros: o sea que rebautizaron mi asignatura de Exploraciones con el nombre de Geografías Imaginarias, y se acabó el problema. Y cuando intenté protestar:

—… por el contrario —me dijo el decano, al notificármelo—, *geografías* e *imaginarias* son dos palabras nobles que, juntas, producen un efecto como de encantamiento. De poesía. De libertad: ahora podrás decir lo que te dé la gana y los alumnos no sufrirán desviaciones perniciosas en su percepción de la realidad y no padecerán consecuencias por ello. Además, lo de *imaginarias* nos pone a resguardo de posibles denuncias.

Quizá. Era difícil que mis alumnos, de quinto de carrera, sufrieran ya mucho, por desviaciones perniciosas de la realidad o por cualquier otra cosa que les pudiésemos hacer. Eran veteranos de la universidad, más que del conocimiento, y estaban curtidos como cajeras de un supermercado. Después de un profesor de Geografía Contemporánea que leía los mismos apuntes amarillentos y plastificados desde hacía décadas; de una profesora de Instrumentos de Exploración que dedicaba las clases a consultar con sus alumnas sus problemas con su nuera, pues eran «de la misma generación» (*generación* era otra palabra fetiche); de una profesora de Instituciones Viajeras que preguntaba si Los Ángeles se encontraba en California; de media docena de profesores que en los congresos presentaban como propios trabajos realizados por los alumnos; de *Camiseta*, el profesor de Climatología, un ser trastornado por las altas temperaturas que en su laboratorio sometía a los estudiantes a experimentos de concurso televisivo; y después de otros muchos que

no cito porque Richelieu ya dijo que podía hacer ahorcar a un hombre sólo con que hubiese escrito seis líneas y yo ya llevo más, mis alumnos, escurridos en la silla por efecto del escepticismo, que es aceitoso, me miraban con ojos de «¿lo habremos visto todo ya o todavía nos pueden asombrar?».

Salvo Soledad, en quien pude reparar al fin, cuando hablaba de Londres, porque la guerra ya había terminado y empezaba mi exilio en las *Geografías Imaginarias*. Quizá es que el exilio hace ver más, afila los ojos.

—Quiero hablar contigo después de clase —le dije.

Llueve en Varsovia

Pero no vino. De hecho Soledad no vino a mi despacho y tampoco a las siguientes clases, hasta el punto de que la olvidé. Con varias docenas de alumnos por clase resulta difícil conservar el interés por uno, y sólo porque una vez habló con originalidad de Londres, algo, por cierto, que de algún modo es una prueba: si alguien habla de Londres (o La Habana o Venecia) sin caer en ninguno de los cientos de tópicos que las amurallan en parques temáticos, entonces es que se trata de alguien que ya ha viajado lo suficiente. O más raro: que se ha afilado una mirada propia, algo casi imposible a esa edad.

Precisamente por esos días habían dicho en *Roots*, una revista de la Universidad de Tarragona, que la Varsovia que yo contaba en un cuento era falsa «como el chorizo de pollo».

—Qué estupidez es esa historia en que un poeta sin raíces va a Varsovia a que le den «un poquito de patria para poder defenderlo y tener alguna posibilidad, algún día, de que le lean y le aclamen un poco»[4]. Típica ocurrencia de imperialista disfrazado de cosmopolita. Se empieza con bromas sobre los poetas y se termina enviando los tanques, prohibiendo la lengua, falsificando la historia, rescribiéndola con sangre.

Caray, pensé, sorprendido como siempre por ese lenguaje de tambores. No sin una punta de entusiasmo, sin embargo, pues los cuentos de frontera, incluso los baratos de quiosco, me admiran como siempre que veo una idea genial para un gran negocio. Es decir, cuando el negocio es *elástico*, un concepto que utilizo en mis clases para referirme a los lugares que pueden ser al mismo tiempo

uno, varios, muchos (aunque eso, como casi todo, depende del viajero)… Un negocio tiene la elasticidad ideal cuando admite ser explotado mucho tiempo y de muchas maneras. Y ese de trazar rayas en el suelo, en el mar y hasta en el aire, y decir a un lado se llama así, y al otro asá, y empezar a cobrar por cruzar la raya, o prohibir cruzarla y cobrar por soñar con cruzarla, o por la nostalgia de cuando la cruzamos por primera vez y el culto de los primeros cruzadores, y así hasta el infinito, ése, ése no tiene igual. Es inmejorable. Es quizá el mayor negocio jamás inventado. Me pregunto si al que se le ocurrió le dieron algún tipo de premio pues el invento debe de ser tan viejo como los cocodrilos. Como los mismísimos ríos donde desovan los cocodrilos.

Pensé en escribir a los de la revista pero desistí. Como me dijo una vez Gamel, un amigo de Damasco: «Quien no comprende una mirada, no entenderá un discurso». Tampoco esta vez me iban a creer. ¿Iban a aceptar que el cuento era rigurosamente cierto, como dicen los cronistas?

Empezó a llover en Varsovia y, como era agosto, y para disfrutar de la lluvia, nos refugiamos bajo un balcón, en el borde de una de esas plazas con estatua de héroe que suelen armar ciudades tipo Varsovia, Budapest, Viena… Bajo el balcón ya había alguien: un joven de frente alta, mirada noble y nostálgica y cabello que se agitaba según lo previsto con el viento que movía la lluvia. Y no era posible no reparar en ello: el hombre se parecía mucho al de la estatua del centro de la plaza, como si el alma de la piedra se hubiese bajado de la peana para refugiarse de la lluvia.

—Es que a eso he venido —nos explicó luego, frente a un vaso de vodka, cuando ya fue imposible aguantar el frío de la plaza, por agosto que fuese—. A parecerme: en Polonia hacen los patriotas más perfectos. Más aún, los artistas-patriotas. Aquí inventaron esa figura genial, y aquí es donde les homenajean más: les leen, les escuchan, atribuyen a sus obras poderes mágicos para pesar sobre la realidad y decidir la Historia, y se las aprenden con el corazón, *par coeur*, como dicen en París, donde pasan sus exilios en los tiempos tristes para la patria. Y aunque mueran en el exilio, sobreviven. ¿No

es ése el sueño del arte? Yo quiero intentar ser un poeta polaco. Ya domino el idioma pero no sé muy bien cómo hacer. ¿Alguna idea?

Todavía recordaba el artículo de *Roots* cuando un día me crucé en la calle —mi calle, la de mi casa— con una rubia con las tetas y el culo altos, y mucho maquillaje. Sé que podría describirla de otra forma pero en este caso sería falsificarla: esta mujer se llevaba a sí misma sobre dos tacones para que se pensase en tetas y culo, y no en nada más ligero ni poético.

Ese encuentro no me habría sorprendido en casi ningún otro lugar de Madrid, pero sí en mi calle, y aun así se me habría olvidado por completo de no ser porque esa noche un ruido, un *chunda-chunda*, cruzó los cuatro árboles de mi patio delantero y me alcanzó en mi casa y me obligó a levantar los ojos de un libro. De qué se asombra, podría pensar cualquier madrileño con experiencia.

Sucede que yo vivía en Madrid en una isla, un pueblecito de casas pequeñas, calles peatonales y farolas indefensas frente a la niebla en invierno, y que pese a estar casi en el centro había escapado al secuestro de la ciudad por los fabricantes de pisos en serie. Este modelo de secuestro es muy conocido por la Interpol, un clásico, pero lo extraordinario de Madrid, Barcelona y más ciudades de la península es que se produce con una docilidad y hasta entusiasmo de la víctima casi soviéticos, en un fenómeno que desafía a la ciencia política moderna.

Tampoco recordaría este incidente de no ser porque a la mañana siguiente vi a otra mujer de tetas y culo altos. Ésta era morena, y además iba de paquete en una moto cara, muy cara, de las de gruñido de pantera, conducida por un chulo de diseño.

Desearía no ser malinterpretado: no tengo nada grave contra los chulos de diseño, salvo cuando sufren un retroceso evolutivo y les quitan el silenciador a sus motos, y mucho menos contra las tetas y los culos altos, con los que sueño a veces. Lo que ocurría es que nunca, hasta la fecha, se habían visto chulos, motos y culos de diseño en la calle Rincón de Peces.

Concentrado esos días en cómo explicar a mis alumnos que el nombre *Geografías Imaginarias* no quería decir *de mentira*, tardé en darme cuenta de que de pronto en mi pequeño barrio se podían ver más chulos y mujeres a juego que en las revistas pornográficas que espían las señoras cuando las peinan. Por las calles comenzaban a apretarse descapotables, motos caras y grandes 4x4, de los que se utilizan para demostrarse a sí mismo que uno ha triunfado en la vida, igual que en las calles de nuevorricos de todo el mundo. Y todos esos chulos, motos, culos y descapotables abrían los oídos para que se pudiese escuchar, no sin preocupación, la música de un montón de martillos.

Por supuesto que siempre se escucharon martillos y otras cosas en la colonia de los Maños, la mía. Mas el tiempo había pasado y muchas viejecitas que cuando yo llegué salían a charlar a la calle llevando su silla de paja se habían ido muriendo. Y sus hijos no habían podido resistirse a aceptar el dinero que les ofrecían madrileños angustiados, dispuestos a pagar el rescate que les pidieran para escapar de la ciudad vertical, de las bandas de donadores de pisos y reductores del cielo. Yo, por ejemplo, decidido a fugarme a cualquier precio de vecinos que se libraban a orgías de sadomaso con la televisión más necia de las posibles y con la complicidad de paredes a punto de transparentarse, renegué de mis ideales y traicioné mi media docena de patrias y me hice súbdito de un banco para el resto de mi vida.

O sea que en la colonia de los Maños nos habíamos ido refugiando gente rara, de la que necesita unas cuantas flores, un árbol, quizá un fuego en invierno para sentir que no cumple condena en un cajón, y unos cuantos vecinos ancianos que recuerden historias de esas calles. Necesidades de ser humano que en Montreal o Sidney se le satisface a la gente cuando nace y en Madrid sólo a los millonarios.

Ahora bien, ¿gente *rara*? No había nada raro en aquellas chicas, sus chulos, los coches de anuncio que habían empezado a aparcar en la colonia…, ni siquiera lo había en las casas que andaban reformando con gran ruido. Lo único raro es que se parecían. Antes,

con los desconchones de su vejez y los arranques creativos de sus dueños, eran de toda evidencia las casas de gente con el alma irrepetible. Y ahora con las reformas estilo decorador de suplemento dominical comenzaban a parecer una sola casa repetida hasta el infinito por dos espejos enfrentados.

Acababa de reparar en ello, esa mañana, al salir hacia la universidad. Por cierto que ahí estaba, de nuevo, en el aula 303: la mirada de la chica. Ni siquiera sabía aún cómo se llamaba. Me lo diría luego. Porque esta vez sí vino a verme después de clase.

Sombras de palabras

—¿Le importa que demos un paseo? —me dijo al esperarme a la salida del aula. Es que con todos estos árboles, en este campus…, da pena encerrarse.

Lo insólito de esa invitación venía de que el día era gris a punto de nieve. Me apresuré a aceptar pues algún verdoso chupatintas mantenía alta la calefacción, en un sutil pero viejo truco para envejecer a los estudiantes antes de tiempo y volverles conservadores.

Debía de ser diciembre. El suelo estaba alfombrado de hojas y, nada más salir del Instituto, el cielo gris diluyó el amarillo de los castaños con aguanieve hecha sobre todo de nube. No hice ni amago de volver. Ella tampoco. Seguimos.

Eso me llamó la atención. Las mujeres recelan del agua más que los gatos, y en particular las muchachas pues se les riza el pelo. A ella no parecía importarle, quizá porque su pelo no se le iba a rizar, en todo caso a alisar un poco más. Lo llevaba sujeto con un broche de niña, una bola de plata y otra de piedra roja, jaspe quizá, unidas con una goma. Le resaltaban el pelo liso y negro y los pómulos altos. Tenía labios de muchacha pero tensos, de mujer, y la mirada negra con lo que no era inteligencia sino algo emparentado. Desde que la detecté en una esquina de mi clase intentaba saber qué era, hasta que el aire abandonado del campus, con las hojas pegadas al suelo por la lluvia de esos días, terminó por darme la clave: inteligentes o no, los ojos de esa chica estaban un poco en otra parte.

—No vienes mucho por clase, ¿verdad?

Se ruborizó como si aún estuviese en el colegio.

—No, no puedo.

Caminamos un poco. Entrábamos en el jardín botánico de la universidad.

—Es que trabajo.

A no ser que lo necesite de veras, que un alumno trabaje es algo que por lo general me irrita, pues lo considero una superstición protestante que le roba un tiempo precioso para perder, mirar las nubes, discutir hasta el alba sobre la existencia de Dios o la necesidad de la Revolución. Ese tiempo no se recupera jamás. Y eso sin contar lo que supone tratar antes de tiempo con la mezquindad cuando es adulta, algo que por alguna razón abunda en los trabajos y cuyo conocimiento se debería evitar a los menores de treinta años pues la víctima se ve obligada a saltarse su segunda juventud y envejece de golpe. También me irritó esta vez pero me quedé callado pues la chica no me había pedido nada, como otra fecha de examen o comprensión con la nota. Me limité a caminar. Seguía cayendo una fina aguanieve pero entre los castaños y las tuyas del botánico apenas se notaba; lo verde siempre es cómplice de la meteorología y la camufla.

—No puedo hacer otra cosa —insistió, y por primera vez noté sin ver que ahora sí me miraba—. No tengo dinero.

Aunque sonaba a verdad, nadie lo hubiese dicho: vestía con buen gusto —luego me daría cuenta de que *muy* buen gusto, pues conseguía ser ella sin destacar demasiado en la moda de la universidad, más uniformada que otras—, y la ropa que llevaba encima no era barata.

—¿Y tus padres?

Vaciló un poco.

—No los veo.

—¿Estás peleada con ellos?

—Es que viven en Dublín.

Confirmado: estaba peleada con ellos. Pero eso era lo normal. Es casi inquietante que a esa edad un alumno no se quiera marchar de casa.

—Pero tú no eres de Dublín —sonreí por decir algo (una

hipótesis no tan descabellada: era pálida y con el pelo negro muy oscuro; le faltaban los ojos claros).

—No —y murmuró algo en lo que entonces no reparé—: Creo que no.

No hicieron falta aclaraciones. Que sus padres estuvieran en Dublín explicaba su buena ropa y cierta elegancia: debía de ser hija de diplomáticos o algo así.

Pero no era la típica hija de diplomáticos. Tenía el estilo internacional, los modales ocultos que dan colegios caros y padres jugadores de *bridge*, acostumbrados a elegir perfumes discretos en las tiendas libres de los aeropuertos…, y sin embargo no terminaba de encajar en el retrato. O en mis prejuicios.

Bajo lo que ahora era más nieve que lluvia, aunque escasa, le había aparecido una timidez que desde luego no tenía en clase. Allí miraba con ojos que intimidaban al profesor porque intuía que por algún malentendido de la burocracia ella sabía más que él. Y en la medio bruma de la mañana se abrió camino hasta imponerse una certeza: puede que yo supiese de geografías paralelas, viajes casi ocultos, murmullos de viaje… Ella sabía de viajes reales.

En clase hablaba además con un vago acento cambiante en un lenguaje cuya elegancia un tanto barroca —«jardines multiplicados por las chimeneas», «guerra contra la niebla»— reflejaba su entusiasmo por el tema. Siempre es así. Hablar bien es una suerte de optimismo.

Pero esa nieve niña le había mojado el entusiasmo. Ahora hablaba con los acentos muy disimulados, ni rastro de los jardines infinitos. Parecía cohibida. Quise animarla.

—¿A qué te referías con lo de *guerra contra la niebla*?

Me miró, parecía preguntarse si hablaba en serio.

—Bueno, cuando en Londres prohibieron encender las chimeneas para combatir el *smog*.

—¿Conoces Londres?

Me dijo que sí y por algo en sus ojos supe que en Londres le había ocurrido algo, y si lo sé no es hechicería: qué le vamos a hacer, algunas cosas importantes no vienen en las palabras sino en su

sombra, en el silencio que las envuelve.

Caminamos. Ahora soplaba incluso algo de viento, pero ya calados ambos sabíamos que no íbamos a volver. Ahora no. Me era indiferente lo que pudieran pensar algunos colegas o estudiantes desde los coches que pasaban por la avenida, al otro lado de la reja. A ella, por lo visto, también.

—¿Por qué estudias Exploración? —le pregunté al fin—, ¿qué quieres hacer luego?

Esta vez no sólo me miró sino que se detuvo.

—Es que no estudio Exploración —confesó—. Ni siquiera estoy matriculada.

—¿Ni en mi asignatura?

—No.

Ahora nos hablábamos de frente, pisando hojas, en una tertulia extraña, inmóviles bajo la nieve avara y frente al estanque. Observé que no usaba maquillaje, lo que le aniñaba la piel y los ojos, un poco melancólicos al estar agachados por las esquinas. Parecía haber encontrado de nuevo el valor, me miraba sin miedo.

—Yo vengo a su clase —me dijo al fin— porque es el único sitio que conozco donde se habla de Tres de Marzo.

Si existe la soledad, está en otra parte

Me acostumbré a sus desapariciones, lo que no quiere decir que fuese insensible a ellas: su presencia me alegraba y, cuando venía, la clase me salía mejor, sin duda, como les ocurre a los pianistas cuando encuentran un par de ojos en un palco. Mejor, inesperada, sorprendente incluso para mí: a veces me detenía tras una frase y apuntaba a toda prisa dos o tres palabras, como hacen los artistas, para no perder luego ese hilo prometedor.

Y no era automático. Quiero decir que ella venía y desaparecía de acuerdo con los flujos de una vida que siempre la retenía un poco afuera, lejos, según leyes impredecibles. Jamás se sentaba en el mismo sitio, por ejemplo. Algo extraño pues los estudiantes, incluso los de Exploración, tienden a ocupar un mismo sitio, igual que más tarde tienden a comprarse un chalé adosado, repetir vacaciones en una playa y leer el periódico de siempre hasta saber lo que va a decir el crítico de cine desde antes de que se filme la película. Con ella uno disertaba siempre durante un rato antes de descubrir su mirada inteligente, nunca en el mismo sitio. Y siempre había algo que la distinguía como a una urraca negra y blanquiazul sobre un tejado. Ahora sé que era algo más que un pañuelo, un broche. Quizá fuera esa forma de mirar.

—¿Por qué cambias siempre de sitio? —le pregunté una vez que, sin ni siquiera ir al aula 303, me esperó frente a mi despacho para proponerme un paseo.

—Soy realista.

La miré sin entender.

—… Nu-nunca he podido quedarme mucho tiempo en ni-ningu-guna parte —me dijo con cierta dificultad, incluso un amago de tartamudez que luego descubriría le afectaba, y sólo entonces, cuando tenía que hablar de sí misma o cuando se enfadaba.

Pensé que se refería a que su temperamento inquieto no se lo había permitido. Y no era eso.

Ése fue el más difuso de nuestros encuentros. Aunque era un día magnífico de invierno, con un sol azul sobre manchas de nieve que en el campus de Madrid es un lujo efímero, un traje de ceremonia de sólo unos días, ella prefirió no ir al jardín botánico y quiso caminar por la ciudadela que componen las facultades de Farmacia, Medicina Forense (la de los crímenes), Odontología… Un lugar en el que guapas jóvenes médicas y futuros dentistas millonarios caminan entre fantasmas que fingen no ver para no tener que interrumpir su esgrima de jóvenes encantados de conocerse. Los guerreros se seducen entre balas, los periodistas mientras corren contra el tiempo, y los médicos haciéndose los sordos para no escuchar los gemidos del miedo y el dolor.

Soledad quería preguntarme sobre «los ojos con huella de los que usted estuvo hablando a propósito de Londres y los personajes de Dickens».

—Sí, qué pasa con ellos.

—Usted dijo que son las huellas que las ciudades dejan en los ojos de los viajeros, y a partir de las cuales se pueden deducir aquéllas. O sea que podemos deducir Roma a través del paseante Stendhal, o París con el Lucien de Rubempré, de Balzac, regresando a su provincia derrotado, o Buenos Aires en el Borges que camina con su amigo Mastronardi hasta el amanecer. África se podría reconstruir con la nostalgia de Karen Blixen, y todo Tenochtitlán se encuentra con Hernán Cortés bajo el sauce llorón de la Noche Triste, después de que mataran a sus amigos y antes de que él aniquilase la ciudad.

—Bueno, sí. Es una forma de hablar, empezando por el nombre… —pero, me parece recordar, noté que Soledad no esperaba ese tipo de respuesta y me callé.

De todas formas esa conversación se me confunde, e igual la invento un poco. De nuestros encuentros, como digo, es el que recuerdo más borroso. Algo comprensible: esa mañana… creo que fue esa mañana… me había encontrado una nota bajo la puerta de mi casa. Era de Nieves. Se había ido.

«… Lo hemos hablado muchas veces, ¿no? —escribía con pluma y elegante letra—. Nadie es propiedad ni propietario de nadie. Me han ofrecido una oportunidad en Londres y no la puedo rechazar».

¿Oportunidad de alistarse en el ejército de robots de la City, quizá?, pensaba esa mañana mientras impartía mi clase sobre las ciudades transparentes: esos edificios con oficinas en serie creados por las grandes corporaciones para implantar en sus empleados la rentable duda, pues retrasa las subidas de sueldo, de si todavía son ellos mismos o ya el de enfrente. ¿Oportunidad de respirar desde la bicicleta los humos de los coches en las columnas de hormigas de entrada a Londres?, elucubraba en el atasco. ¿De triunfar al fin como actriz y salir en una película social-realista en la que el espectador se sienta como en casa? La idea me vino mirando las carteleras gigantes de la Gran Vía madrileña, idénticas a las de Leicester Square y mostrando películas sobrecargadas de premios y baratijas como putas viejas. Premios no tanto al cine como a sus cualidades de espejo.

O tal vez la oportunidad fuese de decorar una mansión georgiana en Chelsea de la mano de su viejo y aburrido amigo millonario. Un tipo que se había hecho rico con un par o tres de inventos idiotas pero de éxito predecible, como una gruesa moqueta con textura de césped y huecos para poder practicar el golf sorteando muebles.

Al llegar esa noche a Rincón de Peces, mi calle, todas las casas en proceso de reconstrucción parecían ser la misma…

Creo que a Soledad le gustaba venir a mis clases y al campus para vivir una apariencia de normalidad, pese a que ella ya tenía unos cuatro o cinco años más que mis alumnos. O quizá quería

recordar: me dijo que había estudiado en la Sorbona, en la sede del Panteón, y que también se reunía con otro profesor en París, cuando iba. Un profesor de teatro. Le pregunté si había estudiado teatro y me dijo:

—Sí, con él, pero en México. Y más que estudiarlo, lo hice. Teatro de historieta. Teatro de combate. Teatro pobre.

Y esa enumeración, que afinó sobre la marcha, me dio que pensar. Que imaginar. No me era difícil verla como una niña bien, una niña fresa de Polanco o Coyoacán, negándose a aceptar esa condición. Suéters de mangas demasiado largas de las que salían sus manos finas, intentando parecerse a una campesina de Gorki. Les ocurre a muchos ricos a esa edad. Luego se les pasa.

Poco a poco me fui dando cuenta de que no era tan sencillo. Eso era lo que tenía Soledad: que no era previsible. ¿Cómo lo iba a ser si un día te estaba preguntando sobre los ojos con huella mientras paseábamos por entre los fantasmas de la facultad de Medicina y al poco recibías un correo hablándote del caso práctico de Hong Kong?

Eso en cambio lo recuerdo muy bien. Yo andaba ansioso abriendo mi correo electrónico cada dos o tres horas, por si recibía un mensaje de Nieves, y me pareció que era uno de remitente desconocido pero familiar (Nieves cambia de dirección electrónica como de perfume).

> LO DE LOS OJOS CON HUELLA ES PELIGROSO —decía—. YO CREÍA QUE LO QUE ME IMPRESIONABA DE HONG KONG ERAN LA BRUMA DE LA BAHÍA QUE DESAPARECE LOS RASCACIELOS Y LES DEJA SÓLO LAS LUCES, Y LOS FERRYS DE MADERA QUE LA CRUZAN. ES TAN BELLO QUE RESULTA CASI INSOPORTABLE. PERO NO: LO QUE ME IMPRESIONA ES QUE ME SIENTO EN MÉXICO.

Le robé la idea en mi siguiente clase en el aula 303:

—El viajero se hace una herida en los ojos pero la herida no se queda ahí, no se le cicatriza: la lleva con él a su siguiente destino. Y

allí se le abre un poco más.

Esperé como un buen actor para que la revelación hiciese su efecto.

—Así que la llorada contaminación de los tristes trópicos no se produce por la imposición de dioses ajenos, sino por los simples, los desnudos ojos del viajero, que suma lo que ve a lo que ha visto. Ambas cosas ya nacen entrelazadas. Así que no puede haber tal cosa como un lugar puro y esencial, un origen, una patria. Si la soledad existe, está en otra parte.

El efecto en mi público, comprobé, no era el esperado. Rara vez lo es. Aparte de que la gente siempre recela cuando le tocan la patria, en los ojos de mis estudiantes se confundía una vaga admiración por ese lenguaje prestigioso, sin saber si era poético o pomposo, o ambos, ni si estaba hablando en serio. Yo… ¿era real? ¿Era de verdad posible que desvariara de esa manera? O era un profesor de ficción colocado ahí para ponerles a prueba. Pues la universidad actual no es tanto una cuestión de aprendizaje como de resistencia para aguantar profesores y, a menudo, la estupidez más impávida del pensamiento triunfante. Sólo al que les aguanta los profesores le terminan dando un título.

Con la melancolía del actor que sabe que ha perdido una vez más su oportunidad, y ya quedan menos, repasé en la platea a mis espectadores predilectos, aquéllos con los que el actor cree haber tendido un puente de inteligencia. También en ellos se adivinaba una estupefacción mayor que nunca. Incluso Pablo me miraba sin saber qué pensar, y eso era grave pues Pablo me entendía incluso cuando nadie más. Hasta los peores actores tienen un espectador así entre el público.

Hubiese preferido no verla pero en las miradas de mis alumnos se adivinaba una duda: ¿y si… y si en efecto yo estuviese loco? ¿Y si hubiese sido puesto ahí por el decano, que me odiaba, para enredarles?

Luz dramaturga

Pero el correo de Soledad sobre la bahía de Hong Kong no era el primero suyo que leía. El primero fue uno escrito para Pablo, que vino a consultármelo.

Me encontraba en mi despacho y miraba llover en el ventanal cuando se oyeron unos golpes leves en la puerta que parecían los de la lluvia convertida en granizo por los gélidos pasillos de El Polo. Era Pablo, uno de mis mejores alumnos, un joven callado a quien un tic nervioso en un ojo no conseguía esconderle la inteligencia… y de quien yo, además, sabía un secreto.

Unas semanas antes paseaba yo por cierta exposición de dibujos y retratos de condenados en los campos de concentración de Siberia cuando escuché una voz como de carcelera, y me asomé. Los dibujos se exponían en el antiguo depósito de la Compañía de Aguas de Madrid, un enorme cilindro separado en terrazas con vistas a una planta baja que, desde mi gallinero, se veía como un escenario. Hasta entonces éste había estado tan sólo ocupado por una empleada que hablaba por teléfono, y gracias a una acústica que daba miedo, pues les ponía altavoz a los susurros, clásicamente proclamaba a quien estuviera en un radio de medio kilómetro, entre imágenes del congelado infierno del fin del mundo, la banalidad de sus pasiones pequeñitas, el gran aporte de los teléfonos móviles a la civilización.

Aunque por una vez la conversación había sido interrumpida por un fulano que pretendía poner una queja, sin saber que era el portador, por así decir, de la tragedia.

—¿Una queja? —preguntó la empleada con su voz de corneta, y

eso fue lo que me hizo asomarme.

—Sí, una queja.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque estos individuos —y señaló a unos tipos uniformados que me daban la espalda— me impiden visitar el jardín.

Ahí fue cuando la empleada, con universal placer de chupatintas ejerciendo poder, tuvo a bien constatar: «En efecto, está prohibido»; el fulano dijo: «Desde cuándo. Es uno de los mejores jardines de Madrid y lo he visitado muchas veces…», y así sucesivamente, en una escena clásica y deducible que si reproduzco aquí es porque en uno de los giros de los actores reconocí a Pablo, mi alumno, en el papel que el destino le había asignado, que era el de gorila en la puerta. Y sufría por ello. La prueba es que su mirada no era como las de los carceleros de Siberia sino más bien una mirada de caballo como las de los presos: dolorida, aguantando, con el tic del ojo a toda mecha, mordiendo freno y queriendo escapar.

Y lo comprendí. Era como una metáfora de la situación de mis alumnos en El Polo de la Alta Exploración. Seguro que Pablo tenía la vocación de ir a explorar el último glaciar antes de que se funda, la última selva antes de que se la lleven los traficantes de madera con serpientes y mosquitos incluidos. Pero igual de seguro también que, más que una verdadera pobreza, el extenso malentendido de que los jóvenes han de trabajar aunque sea de esclavos le había trágicamente adjudicado el papel de guardia en la sala de exposiciones de la Compañía de Aguas y sus jardines. Y lo que a primera vista podía ser un trabajo para disfrutar de los cuadros y los robles y chopos plateados se convertía en una pesadilla de las que no lo parecen, o sea, las peores.

Porque a cambio de un sueldo de juguete Pablo tenía que aguantar la cháchara mezquina de la empleada de la sala, y además transformarse en un carcelero al revés para mantener a los árboles lejos de la admiración de la gente, que es oxígeno… pero para la gente: necesitamos admirar para crecer. El tic del ojo se le agitaba.

Ése era el estudiante que unas semanas después me visitó en mi despacho, esa mañana de lluvia, para preguntarme con esfuerzos de tímido sobre la luz de los viajes: otra idea de clase según la cual lo que de verdad demuestra la distancia es la luz. No los *años luz* y esas dimensiones teológicas que manejan los astrónomos sino *la* luz, la del sol, la de la noche o la de cuando se acerca, o la de la oscuridad de las calles, como en Cantón. Antes que los monumentos o la gente, es la luz la que nos revela que estamos en Amsterdam y no en Johannesburgo o Curasao.

—Sólo en Madrid —les había dicho a mis estudiantes— la noche llega a los diez minutos de anunciarse con una especie de aurora nocturna, un color de *noche madrileña diez minutos antes de que se cierre*.

La prueba era que ese nombre un poco largo había sido adoptado ya por un catálogo de colores de Milán: *Blu Madrid dieci minutiprima che sia notte fonda*.

—En Tres de Marzo la luz se comporta como un dramaturgo —había dicho también—, y a través de sus cambios de humor sería posible transcribir una obra de teatro. Lo podríamos llamar meteorología trágica. Luz dramaturga. Teatro de tormenta. También sucede en Edimburgo, Dublín, en el cabo de Hornos o en Skagen, junto al mar del Norte, donde dramaturgos y cineastas consultan la meteorología antes de decidir cómo terminan sus obras. Es la luz la que levanta o baja el dedo, como los jefes romanos con los gladiadores… Seguro que algún profesor terminará proclamando el hallazgo en algún congreso.

Pero Pablo, cuando vino a mi despacho para una primera consulta, seguía con dudas.

—¿Puede ocurrir que esa luz modifique nuestra percepción del viaje?

—Claro.

—¿Un poco al modo de las huellas de ojos?

—No. De otro modo, igual que la entrada de un personaje modifica una obra de teatro de una forma distinta a como lo hace un cambio de luz.

A Pablo se le aceleró un poco el ojo mientras preparaba la siguiente pregunta.

—… ¿y puede ocurrir que lo falsee?

Aquí pasaba algo. Uno va afilando su instinto, con los estudiantes, y por alguna razón esas preguntas no le iban a Pablo. Quizá en el futuro, con sus primeros viajes de verdad, pero de momento Pablo era tan sólo un joven intentando sobrevivir en una ciudad construida por los donadores de pisos. Seguro que vivía en uno con un televisor como ventana y un horizonte melancólico como único paisaje para impedir la imaginación de cualquier otro: no era en ese reino de cemento y ángulos rectos donde la luz iba a establecer las distancias y los matices.

Le pregunté qué ocurría. Me dijo con franqueza que me hacía esas preguntas por cuenta de Soledad.

O sea que no estaba tan aislada de los otros estudiantes como yo había pensado.

—¿Conoces a Soledad? —pregunté tontamente.

—Sí —me dijo, y su *sí* fatal, de resignación, de destino, me pareció el de un místico con la vida partida en dos tras una experiencia, y que desde entonces vive del recuerdo, luchando por resignarse a que no se repita.

Comprendí a Pablo mucho más de lo que él hubiese podido sospechar. Me lo figuré de inmediato con el ojo parpadeando ante Soledad como un insecto acercándose a una hoguera. Escuché incluso su primer pensamiento al ver por primera vez con qué natural elegancia se ponía la misma ropa que los demás, pero distinta: «Qué hará esta pija en Exploración», se habría dicho. Y «un poco más y te atragantas», habría pensado al escucharla formular su primera pregunta sobre Londres, confundiendo su acento raro con el tonto de las madrileñas tontas que, para disimular, hablan desde un oscuro pero universal cruce entre nariz y garganta, y que es precisamente la niebla que cubre lo que dicen cuando pretenden decir algo y así sale luego en el porno rosa.

Inútil resistencia, claro. Igual que el viajero por las montañas súbitas del sur de China, que el perro hipnotizado por el baile azul

de una mariposa, que el árbol enamorado de la tormenta inacariciable más que cuando ella se deja, Pablo habría quedado pronto colgado de la naturalidad de Soledad, de sus ojos y juventud, que siempre es eterna en los jóvenes, pero también del aura que la acompañaba y que no era más que sugerencia: su historia desconocida y en cualquier caso distinta, la imposibilidad de encerrarla en un cliché. Soledad, en una esquina imprevista del aula 303, era como los vencejos proclamando en el ventanal del fondo que el mundo es mucho más grande. Y supongo que, para un estudiante de Exploración residente en un Madrid hecho a base de escuadras para recortar la imaginación de los votantes, y curtido por las pruebas de resistencia de El Polo, ese descubrimiento era como el hilo de humo para el náufrago… Sin saber, pero eso es común en los naufragios, que los hilos de humo suelen disolverse en el cielo azul. O sea, Pablo destrozado también por las impredecibles desapariciones de Soledad, permanentes recordatorios de que ella era inalcanzable.

—Y qué le ocurre —pregunté—. A Soledad, digo.

Pablo pareció aliviado de poder compartir el problema:

—Pues que está en La Paz y por lo visto la luz de los Andes… la luz de los Andes le hace ver cosas —ahí parpadeó varias veces antes de arriesgarse—: Le hace ver… ¿más?

Globo subiendo y niño detrás

A veces me pregunto qué habría sido de mí de no haber aparecido Soledad, como un pájaro felizmente extraviado, en el aula 303. Qué habría ocurrido de no haberme cruzado con esa mirada con más recuerdos que los de su edad, o de no haberse agarrado ella con fuerza de náufrago a conceptos difusos como *huellas de ojos* o *luz del viaje*, que me sirven para contar mis expediciones pero con los que no pretendo crear ninguna teoría ni… Siempre me sorprendo cuando alguien me entiende.

Cuánto más que por entonces, cuando mi vida cambió como por decisión de los dioses, yo estaba más *difícil* que nunca. Eso me decía B. A., una novia de Copenhague que tuve (su identificación es ficticia: me amenazó con denunciarme si alguna vez la convertía en un personaje, una teoría, incluso una nota a pie de página en una de mis obras): «*How difícult you are*». Eso me decía, no sin cierta admiración de colega: de pronto a ella se le alborotaba alguna glándula de su espigado cuerpo de mármol blanco (caliente en la cama sin embargo como una estufa tras generaciones de vivir largos inviernos bajo cero) y sufría las reacciones más tormentosas y extraordinarias. Era fascinante y a veces inolvidable, pero también agotador.

Pues bien, cuando me pongo *difícil*, como decía B. A., también yo sufro reacciones extraordinarias. Los ojos se me enfadan —aunque yo no esté enfadado, no es eso— y la cojera se me pone más rígida.

Lo que la gente no sabe, y tampoco mis alumnos (no se lo creerían, pues en su mundo ya no suceden esas cosas), es que mi

cojera viene de una mordedura de látigo, un animal selvático casi secreto, dotado de una cola cuyo fustazo, y de ahí su nombre, produce al comienzo hinchazón, supuración de colores y fiebre. Luego deja coja a la persona, a ráfagas aunque para siempre, y sobre todo le cambia la visión del mundo. Le hace más lúcido y también más solo. Los indios Cai Jao, ya extintos y disueltos por el mestizaje, lo consideraban una designación de los dioses y señal de privilegio.

Quizá. No tengo perspectiva para juzgarlo. De lo que sí puedo dar testimonio es que a mí, cuando al regreso de un viaje me obligan en El Polo a camuflar mi relato o quitarle el lado dramático para no asustar a los estudiantes, la mirada se me pone colérica y se puede percibir que la pierna izquierda se atiesa. La gente piensa que regreso de una guerra, o que voy, o que me han despedido de un trabajo, o algo, y así es muy difícil.

Por eso se fue Nieves, imagino. Siempre ocurre. Al principio todo es entusiasmo ante el explorador (no sé si aún tiene sentido llamarme así), pero luego se descubre que la vida del explorador, a primera vista aventurera, es a la vez solitaria y pendiente de un proyecto invisible, con todos los silencios que supone eso. Y entonces:

—*How difficult you are.*

Nieves no tardó mucho en regresar de Londres. Sospecho que lo único que quería su amigo del césped millonario era exhibirla como un trofeo moreno y mediterráneo en uno de sus congresos de inventores de éxito (gafas de ejecutivo con porno incorporado, televisores que hacen más guapo al espectador, huevos afrodisiacos sin colesterol…), pero nunca lo supe. Luego ya no podía ser igual y no fuimos capaces de retomarlo donde lo habíamos dejado.

Entre otras cosas porque no estaba muy claro dónde íbamos a retomarlo. En unos pocos meses el distrito de la Armada Invencible, antes colonia de los Maños, se había ido poblando de culos y tetas altas y ejecutivos con aspecto de salir de la ducha al volante de coches que proclamaban su precio como si lo llevasen sobre el capó. El nuevo estilo de las casas reformadas incluía muros pretenciosos tras los cuales se torturaba impunemente a perros de razas de moda

que no estaban hechos para vivir en esos patios de prisioneros. ¿Por qué la gente creerá que encerrar a niños, criados, perros, loros o peces de colores es un signo de ascenso social? Del viejo barrio sólo sobrevivíamos unas cuantas viejecitas y yo que, en lugar de muro, me atrincheraba detrás de cuatro árboles de aire frágil: uno de Júpiter, de flores rojas, un liquidámbar, que otoñea en cuatro colores, un carpe negro, ligero como un bailarín, y un elegante ciprés.

Toda esa mutación ya estaba casi terminada cuando regresó Nieves —en breve llegarían las niñeras con cofia y los paseadores de perros—, y tardé en comprender que la distancia entre ambos tenía que ver con algo más.

—¿Qué pasa? —le pregunté un día. Esta vez no me refería a nosotros.

Nieves me miró como si no se cansase de asombrarse.

—Es increíble…

—Qué.

—… ni siquiera te has dado cuenta: eres el único de toda la colonia que se sale de la película.

Entonces me enteré de que se trataba en efecto de una película. Un poderoso productor de cine de los de *whisky* con su nombre en inglés en la etiqueta y piscina en el despacho se había ido comprando la colonia de los Maños para que hiciese de plató y le saliera más barata la serie *Quién tiene la vez*, el gran fenómeno de la televisión de los últimos años y quizá de todos los tiempos. El mundo entero vivía pendiente de *Quién tiene la vez*, una serie sobre gente que se vuelve rica al tiempo que guapa en el curso de una generación, algo de lo que yo no me había terminado de enterar porque veo poco la televisión desde que empezó a emitir cosas sospechosas, y además para preservar mis ojos de explorador: yo cuido mucho lo que miro. Los ojos se vuelven vagos y cobardes con facilidad y mantenerlos afilados requiere ejercicio diario.

Al revelarme Nieves que residíamos cercados por una serie de televisión se aclaró ese aire de *déjà vu* en el que, desde hacía un tiempo, todo mi vecindario me parecía familiar y al tiempo incómodo. Me sentía como el joven que comienza a querer

abandonar el pueblo pero aún no lo sabe.

Lo supe el día en que sentí una paz un poco sideral e, intrigado, salí a ver qué ocurría. Parecía silencio pero no lo era: se oían cosas. Lo que pasaba era que por primera vez en esas calles no escuchaba ruidos de televisión dentro de las casas ni veía sus reflejos, algo insólito en Madrid, una de las ciudades más televísicas del mundo. Los ruidos que se oían eran los que los vecinos producíamos. Nosotros éramos la televisión. Estábamos dentro de ella. Sus sombras eran las nuestras. ¿No es ése el sueño de la mayoría? La sensación de paz era la de muchos de mis vecinos de haber triunfado en vida.

Luego me extrañó que nadie me hubiese querido meter en ese plato en el que todo el mundo parecía estar tan contento. Habría de saber que no se me había mantenido al margen, pero eso fue después, cuando Nieves ya se había ido.

Esa vez ni discutimos. Algo se rompe en silencio en plena noche, y cuando por la mañana vemos la pieza rota, ya es tarde. Un día no encontré a Nieves en Madrid, al regreso de un viaje, y en cambio me encontré sobre mi almohada un abrecartas de anticuario que le había traído de Berlín: una pluma de ave hecha de hebras plateadas con buena parte de las cuales se podía abrir una carta. Entonces me había reñido con superstición de actriz:

—¿No sabes que no hay que regalar objetos con filo? Tarde o temprano cortan el afecto con quien te lo ha regalado.

Y aunque insistió en darme una moneda para *comprarme* el abrecartas y neutralizar el agüero, al ver la pluma sobre mi almohada comprendí.

Y junto con el dolor cabrón, como de cáncer, sentí que las hebras del abrecartas habían cortado otros lazos, además de los que me unían a Nieves. No era sólo el globo que sube a los cielos cuando el niño abre la mano. En este caso el globo subía y, sin sujetarlo, el niño iba detrás.

Patria del atardecer

NO TE PREOCUPES —le contesté a Soledad el correo desde La Paz que me había rebotado Pablo a mi dirección electrónica—, ES NORMAL EN LOS ANDES «VER COSAS». ES UN EFECTO DE LA ALTURA Y DE LA LUZ. AMBAS SE COMBINAN CON LAS NUBES PARA CREAR UNA BATALLA SIN FIN, NO SIEMPRE DECLARADA PERO LATENTE Y VISIBLE INCLUSO EN LAS SOMBRAS, Y DE LA QUE NO ES POSIBLE ESCAPAR A LO LARGO DE TODA LA CORDILLERA. LO MISMO SUCEDE EN SANTIAGO, QUITO Y UN POCO EN LIMA, NEIVA, TRES DE MARZO, GUATEMALA… INCLUSO EN MÉXICO.

Poco a poco Soledad dejó de venir por mi clase, y supongo que ello tuvo que ver con que ese correo de La Paz estableciese un puente entre ambos, y a que mis clases perdieron también un poco su continuidad: un día descubrí, al fumarme una clase por culpa de niebla en el aeropuerto que retrasó mi regreso de un viaje, que no se había notado mi ausencia y no pasaba nada si concentraba las clases de dos semanas en una, o las de tres.

No sólo eso. Por diversas razones El Polo ya no tenía dinero para mantener en condiciones y al otro lado del mundo la selva para las prácticas de los estudiantes.

—La gente no puede imaginar el dineral que cuesta criar serpientes sin veneno pero con los colores vivos, e inculcar modales a los monos para que se sigan riendo sin chulería —nos dijo el decano en una reunión del claustro—. Sólo la lluvia del mediodía y la espesa humedad que hace la gracia de la selva nos cuestan tres veces más que la electricidad de todo este edificio.

—¿Y por qué no quitar la humedad? —preguntó un pragmático.

—Es que entonces la selva se quedaría en bosque.

No se podían subir las matrículas, «pues no parece razonable pagar por aprender a *explorar* y luego tener que resignarse a trabajos que son más bien de confirmar lo de siempre», explicó. «La gente se cabrea: el curso pasado ya recibimos diez denuncias por estafa. El año anterior, sólo tres». Así que la junta rectora había decidido parcelar el Instituto en acciones y salir a ofrecerlas en Bolsa.

Con gran éxito: las acciones se las desayunó una multinacional ciega que ya era propietaria de restaurantes, agencias de viaje, hoteles y un canal de televisión, que se sepa. Y poco a poco, en un proceso ya muy conocido, las clases del Instituto quedaron condicionadas por la necesidad de ceder los vestíbulos a las agencias antes de las vacaciones o alquilar aulas para grandes banquetes de empresa, debates, desfiles de modelos o concursos en el canal de televisión. O sea que las clases se convirtieron poco a poco en algo aleatorio, imprevisible, casi meteorológico. Ya muy encallecidos, a mis estudiantes no parecía importarles demasiado. A mí tampoco.

Nunca había viajado con tanta intensidad, aunque luego lo haría todavía más. La pierna se me atiesaba y me balanceaba de una forma visible al caminar. Los ojos se me oscurecían y el desasosiego sólo se iba un poco en la soledad de aviones, lejanos aeropuertos, barcos, carreteras de noche… Nada que no conociera desde el mismo día que nací, pero nunca, que yo recuerde, con tanta intensidad. Para financiarme los viajes me gastaba los restos de mi herencia y me deshacía de mis últimas cosas valiosas, también la pluma de Nieves.

En los viajes, sin rutinas que me distrajeran, me encontré pensando a veces en Soledad. Algo no tan sorprendente tras nuestro encuentro en Gibert Jeune, una librería grande de París, en la sección de libros de viaje usados, y el gusto por el viaje en soledad es una suerte de señal de trashumancia. Abora sospecho que ella buscaba algo relativo a Tres de Marzo. En cuanto a mí, recién llegado, buscaba pistas de hoteles baratos pues los de mi lista, construida visita a visita durante años, siempre alerta para detectar los pequeños hoteles que en París se esconden más cuanto mejores son, habían sido engullidos fatalmente por el lado postal de la

ciudad y cobraban tarifas de galerista por respirar el mismo aire que Apollinaire, Lautrec, Sartre y los otros fantasmas de Montmartre y la Rive Gauche: más zonas perdidas para siempre. El mundo encogía.

No es lo mismo el trato con una alumna, aunque no esté matriculada, que con una mujer, aunque sólo tenga veintiocho años y a causa de una falda y unos mocasines parezca de dieciocho. Frente a un café-créme, que pidió con un acento ya no de París sino de Villejuif, un acento de *midinette* un tanto extraño porque de lo que tenía aspecto era de *Marie-Chantal* de la orilla derecha, tuve casi la certeza de que siempre había vivido en París. Con un pañuelo de seda azul cobalto que le alargaba el cuello sobre una chaqueta de pana marrón muy oscuro, Soledad, Sol, tenía ese aire de muchas parisinas que es una leyenda, pero una leyenda hecha de verdad. Nadie ha explicado qué las hace parecer tan indispensables a la ciudad como el tráfico de agitadas nubes que le trasiegan la luz sin descanso. Quizá la razón sea que París fue siempre perfeccionada por escritores conjurados en dejar una pista de lo que fue la literatura para cuando ésta ya sea un recuerdo.

—Pero al fin ¿cómo te llamas? —le pregunté cuando ya me había contado algo de su trabajo de azafata, y en él la llamaban Sol. En la universidad era Soledad.

—Pues cuando vivía aquí algunos me llamaban Solange. Aquí ya hay un *Soleil* y es Luis XIV. Y *Solitude* les parece como de El Greco o Dostoievski: demasiado dramático. Y además —añadió un poco en voz baja—, en París llamarse Soledad es redundante.

Y sonrió, encantada de la confusión. Está claro que se divertía. Restos de su afición al teatro, supongo, en el que seguía cuando ordenaba y reorganizaba las vidas de los pasajeros, como esa vez en la que tiró una bandeja sobre el pantalón de uno de ellos para desviarle el destino y crearle otro con su compañera de asiento. Ésa fue la primera de sus historias que me contó.

Yo creo que Soledad apareció en mi vida, o mejor yo en la suya, más o menos después de que conociese a Leandro y pasaran juntos aquellos tres días en Londres, y antes de volver a México porque su

amigo Vasco de Gama y los niños tragafuegos con ojos de chino se lo recordaban. Y a partir de entonces, ya fuera en mi clase o paseando por el botánico de la universidad, ya con un puñado de correos que me escribió desde sitios inesperados, o en unos pocos encuentros, me fue contando cosas que no reproduzco porque eso es lo que he reconstruido aquí. Su historia. La de Soledad. O Sol, si se prefiere. Lo que me contó, lo que sospecho, lo que deduzco y lo que imagino. Todo verdadero, en cualquier caso.

Hubo tres o cuatro encuentros, inesperados y hasta un poco increíbles, si se piensa, pero no voy a dejar de contarlos sólo porque parezcan trucos de una mala novela. Sucedieron. Y claro que me pregunto si semejantes coincidencias no tendrían un sentido, pero si lo tuvieron sospecho que no lo encontraré nunca. Es ese tipo de preguntas que nos acompañan de una punta a otra de la vida. Quizá nos lleven. A lo mejor es eso —la duda, la búsqueda— lo que mueve el tiempo.

El siguiente encuentro fue en Miami. Formaba yo obediente en una fila de pasajeros esperando a que me dieran el visto bueno para pasar a la zona de tránsito internacional —una aduana para no entrar, en definitiva, para seguir el viaje—, cuando me llamó la atención una silueta familiar que se disponía a cruzar el control de las tripulaciones, un poco, sólo un poco más fluido que las colas de pasajeros donde nos examinaban con los ojos entrecerrados y preguntándonos impertinencias. La sorpresa vino cuando la cola se detuvo al cruzar ella y, al alargarse el problema, la apartaron para seguirla interrogando sin la presión de los que venían detrás. Ahí detenida, frente a policías inmigrantes que hacían méritos inyectándole realismo a fronteras imaginarias, fue donde la reconocí: Soledad. Parecía mayor, por culpa del maquillaje y el uniforme, y también por un ceño entre cansado y aburrido. Muy aburrido. Finalmente los debió de convencer porque la dejaron pasar. Como ya no la vi en la sala de tránsito, pensé que, o se había quedado en Miami, o las tripulaciones permanecían detenidas en salas aparte de

los pasajeros.

En mi hotel de destino me hice con un ordenador para leer mi correo y le escribí:

> —TE VI EN MIAMI DISCUTIENDO CON LA POLICÍA. ¿ESTÁS BIEN?
>
> —¡PROFESOR! —me respondió—, ¡QUÉ SORPRESA! SÍ, ESTOY BIEN. ES UNA VIEJA COSTUMBRE: LAS POLICÍASSE HACEN CADA VEZ MÁS LÍO CON MIS ORÍGENES, MIS APELLIDOS, LOS IDIOMAS, LOS SELLOS DE MI PASAPORTE Y TERMINAN PREGUNTÁNDOSE SI EL JABÓN DE MI BOLSA DE VIAJE NO SERÁ UNA BOMBA. ES MUY CANSADO Y NO LOGRO ACOSTUMBRARME. PERO ¿QUÉ HACÍA USTED EN MIAMI?

Se lo dije sin poder imaginar que de los cinco espectadores asistentes dos días después a la presentación de mi último libro en el centro cultural de Guatemala —cinco—, uno iba a ser Soledad. Y al principio eran cuatro. La directora regional de mi editorial estaba consternada y me daba todo tipo de explicaciones, sin saber que ésa es la tónica con mis libros; soy un especialista en públicos escasos. Y no me parece mal: la exploración, al fin y al cabo, es una actividad solitaria. Cierta vez insistieron en que hablase en un pequeño auditorio en un supermercado y vino sólo una mujer, una mujer guapa que pensaba que iban a regalar un perfume. Yo no tenía perfume que darle pero aceptó a cambio que le diese la conferencia durante una cena. Ventajas de escribir libros en susurros.

Así que ahí estaba yo, mucho menos incómodo que mi editora con un público tan escaso que convertía el acto en una heroica sesión de teatro independiente, cuando apareció Soledad, se sentó en la última fila y, a través de su mirada, por un segundo me pareció que el aula 303 se había trasladado hasta Ciudad de Guatemala.

Mis editores me habían alojado por si acaso en un hotel digno de un escritor de película y no uno de sombras como soy yo. Mi lugar natural era jugándome una cuchillada o por lo menos una

diarrea con el vaso de agua de la mesilla de noche en algún hotel desconchado situado en el patio de una vieja casa colonial del centro, cerca de los mercados indígenas llenos de colores, moscas y pitidos de buses. Pero hoy es raro que un escritor ocupe su lugar natural. Lo más frecuente es que a la bajada del avión lo empaqueten en papel acolchado y lo lleven y traigan en una limusina con blindaje para que no le vaya a pasar nada, siendo así que lo suyo sería que le pasase algo. El principal problema de la literatura moderna es que no le ocurre nada y, como enfermos sin más dolencia que el tedio, a la larga muchos escritores se tienen que inventar problemas o copiarlos del cine y a sus dolencias se les ve pronto el lado de mentira.

En ese viaje en concreto mi hospitalaria editora me facturó en un hotel en lo alto de una colina, en el que de entrada me hicieron sentir Ernest Hemingway como mínimo. Grandes reverencias de bisagra en la recepción, botones tratando mi equipaje magullado como si fuesen los baúles de una diva, *suite* con comedor y piscina masajeante por la que podía deambular desnudo y con las cortinas descorridas sobre un jardín vacío que parecía una hacienda, y una cama en la que ir de una orilla a otra tomaba su tiempo y pensada para Neptuno: el cabecero era una enorme concha marina de mármol que podía palpitar en azul pálido en un seductor diseño pensado para un joven narcotraficante en luna de miel.

Pues bien, en ese escenario comprendí un poco mejor a Soledad. Porque parecía en su casa. No en ese hotel ideado para seducir a gángsters en medio de su fulminante ascenso social y a golfistas ricos. Lo cierto era que donde parecía en su casa era entre las oscuras multitudes de las calles y también un poco en el hotel: y no con las jóvenes nuevas señoras que a la hora del desayuno en el comedor palaciego exhibían modales aprendidos en telefilmes de amor y lujo, sino con los criados. Esos mismos que no me llevaban en sus espaldas porque lo prohibieron los Padres Fundadores en la Declaración de Independencia, pero que no hubiesen tenido inconveniente, se les veía. Para ellos lo único que importa es que el enemigo no consiga cruzar la sabia opacidad oriental de sus ojos.

Ésa es la verdadera frontera de la humillación, la que les conserva la virginidad del alma.

No debe creerse que sugiero en Soledad el menor servilismo. En modo alguno. Seguía siendo una joven no sólo de delicada elegancia sino con un plus, además, de insolencia: aquello que en unos felices pocos se desprende de los huesos, la sombra, quizá la mirada, y que de algún modo enigmático les saca de la moda, el grupo, la generación, la patria, el género, la raza o la plantilla, como se prefiera. Que les identifica como seres libres.

Pero algo en los ojos reunía a Soledad con la gente de por allí. Algo que los emparentaba, igual —fui comprendiendo mientras juntaba recuerdos y trozos de los relatos de Soledad—, igual que con Leandro, Vasco de Gama y los niños comedores de fuego de la Ciudad de México. Todos tenían algo de esa miopía oriental que los retenía en otra parte. Y eso lejano en los ojos de Soledad cuando me iba a visitar en Madrid…, eso lejano estaba ahí, en Ciudad de Guatemala. En ese extremo del mundo seguía pareciendo en otra parte, pero más cerca. Lo mismo, comprendí, sucedería en muchos sitios. Era una cuestión de luz. *Luz de viaje*. Meteorología trágica. Teatro de tormenta.

O quizá es que me dejo influir por un diálogo crucial.

—Mira —le dije cuando acabábamos de presentarle mi libro en persona a cuatro espectadores—. Mira: me has preguntado a veces cómo es Tres de Marzo…

Sol me miró, como a la espera.

—… pues Tres de Marzo es así —le dije mientras señalaba con un gesto vago el cielo fugitivo—. Por lo menos es así la luz del atardecer. Sol se quedó mirando el cielo como, imagino, Núñez de Balboa quedó inmóvil cuando un indio le mostró por primera vez el Pacífico.

—Sí, y como Bogotá —dijo con nostalgia una de las espectadoras que salían con nosotros. Había llegado a Guatemala ciudad no hacía mucho y aprovechaba la ocasión para hacer patria.

La miré como se mira a quien impide un beso, interrumpe un consejo de ministros, tose en un concierto.

—¿Usted cree? —le pregunté con retintín de profesor regañón.

Curso rápido de Geografía Imaginaria

Volví a ver a Soledad un par de veces más. La primera en El Sillón Volador, el anticuario que me había comprado los últimos muebles buenos y, a razón de uno o dos en cada viaje, la colección de botellones y frascas antiguas de mi madre. La segunda vez fue en su casa. Dos días antes había venido a El Polo para invitarme y asegurarse de que no fuese a faltar. Insistió.

Y una vez allí, al despedirme, comprendí por qué: pretendía regalarme dos de mis propios frascos de cristal, los dos, quizá, más bonitos.

—De ninguna manera —le dije.

—Sí, permítamelo… —imploró casi en una sola palabra.

—De ninguna manera —repetí. No me parecía que ésa fuese la casa de alguien con dinero para andar regalando botellones venecianos que parecían fuego de hielo (o al revés).

—… por lo mucho que me ha dado —argumentó.

—¿Yo? —fui sincero en la sorpresa: ni siquiera había sido alumna mía—. ¿Qué te he podido dar yo?

Me miró esquinado.

—Una ciudad. ¿Le parece poco?

Entonces no podía imaginar hasta qué punto era cierto.

Soledad vivía en un quinto sin ascensor en la frontera del Madrid de los Austrias y el barrio de La Latina, entre viejecitas de otro siglo, chinos y otras gentes de ojos rasgados, algún académico, putas y traficantes. No es que el barrio no tuviera su encanto. Es que parecía de otra obra. Bien es cierto que Sol tampoco habría pegado

en ningún otro que yo conociese de Madrid, y por supuesto tampoco en el de nuevorricos en que la serie *Quién tiene la vez* había convertido el mío.

Sólo en su casa comprendí por qué me podía encontrar a una joven azafata en un anticuario llamado El Sillón Volador. Y es que su casa parecía otro: una almoneda, una chamarilería abarrotada. O las bambalinas de un teatro. La obra que se representaba era ella, el personaje. Pero ni en su propia obra terminaba de armonizar pues el ático parecía un andén con los equipajes de varios viajeros cruzándose.

Nada terminaba de ser lo que parecía. Desde arriba de una mesa de cristal con aspecto de urna, por ejemplo, se veía una figura en barro de alguien más bien abstracto entrando en una habitación en la que otra figura de la misma especie medio saltaba por una ventana, no se sabía si para tirarse o agarrar a un pájaro de colores que pasaba cerca de su mano. Apetecía intervenir, tomar partido, igual que en el teatro o frente a un ajedrez.

Los sofás parecían comienzos de frases, tapizados con series de colores que siempre proponían uno más. Grabados ingleses con perros y jinetes con frac de una época periclitada habían sido reconvertidos, mediante dibujos pegados sobre el cristal, en animales fantásticos en carnaval. «Fue un regalo —explicó Sol—, y no los iba a tirar, ¿no?». Una mesa de una esquina no era una mesa sino un cubrerradiador, y éste no lo armaban las habituales rejillas sino paneles móviles que con grandes dibujos contaban una historia de ballenas: un cuento escrito por la calefacción. Sentados en pequeñas bibliotecas, todas distintas, una *matrioshka* rusa, un minero con una lámpara, un *puppo* siciliano con un tercer brazo de hierro, un Pinocho blanco y otros títeres parecían dirigirnos como si los invitados interpretásemos una música invisible. Para todos ellos Sol tenía una historia. Recuerdo la de una bailarina del vientre, pintarrajeada e ingenua pese a todos sus velos y transparencias. O más que ella, cómo hablaba de ella Soledad:

—Me la regalaron en un hotel perdido de Jaipur al que me había llevado mi taxista pues eran los festivales de Maimiti, las calles

estaban llenas de bodas y no había habitación en ninguna parte. Me senté a cenar en un jardín vacío, salvo por dos señoras que charlaban mientras una de ellas se hurgaba en un pie. Al fondo de un jardín verde oscuro, dos niños representaban algo sin que nadie les hiciera caso: dos palos y una tela, iluminados por una linterna colgada de un árbol. Y con un movimiento de la mano y cantando una canción melancólica punteada con un ruidito en la boca que hacía de orquesta, uno de esos muchachos me enseñó lo que es el talento.

Le pregunté si no podía reproducir el ruidito y sonrió con la broma. Seguro que quien le había regalado la bailarina era el muchacho, deslumbrado como yo con esa mirada de su única espectadora que, a diferencia de otros viajeros, sí parecía haber visto más.

En el suelo numerosos tapetes hacían el efecto de una inmensa Bajtiari.

—Es una alfombra kurda que se inspira en la gualdrapa de un camello y por eso está hecha con diversas texturas adaptadas a las piernas del jinete: los muslos, las pantorrillas, los tobillos… —y mientras lo explicaba, Sol se ponía en cuclillas para acariciar con sus dedos largos uno de los tapetes, igual que si fuesen piernas, como un vendedor en el Gran Bazar de Estambul.

Apenas quedaba sitio para el recuerdo de algún viaje. Lo que recorría aquella apretada colección de objetos que parecían armar la casa más que las paredes era que habían sido vividos por una sola mirada. Sus muchas historias, estaba claro, componían una sola.

Y otra cosa: parecían esforzarse en construir un mundo para reemplazar otro roto en pedazos. Quizá el de Soledad, volatilizado al enterarse ya mayor —según había terminado por comprender yo con sus historias a medias y silencios— que no era hija de sus padres. Que había tenido que enfrentar sola la pregunta sin respuesta de si estamos hechos de sangre o de recuerdos.

A lo cual se añadía, por si fuese poco, la realidad imposible de que, propiamente, *Tres de Marzo* no existe. Para evitar que perdiera su vida buscándose, sus padres, diplomáticos como yo había imaginado, maestros en la ambigüedad del oficio, le dijeron dónde

había nacido, pero para mencionar aquel lugar remoto y no darle pistas usaron el nombre casi secreto que aparece a veces en mis novelas, mis tratados de Geografía Imaginaria. No sé por qué hicieron algo así, les debía de parecer una solución elegante, *literaria*… Es muy raro lo que llega a pensar la gente que se aburre en los salones.

Existía una posibilidad en un millón, en cinco, en veinte millones o en más de que Soledad comenzase a resolver el enigma leyendo uno de mis libros, ya no sólo descatalogados sino desacreditados y superados por las nuevas teorías de exploración en el Instituto. Pero así fue: lectora de las que buscan en los libros su lado avión, Sol recogió un manual olvidado por un pasajero y lo leyó. Sobrevolaba los Alpes, ignoro si suizos, franceses, italianos o austríacos, y con el fondo de esa página en blanco leyó por primera vez las palabras *Tres de Marzo*. No parece importante y sin embargo, sobre ese paisaje de montañas que parecían escribir algo, era el primer indicio real de que tal cosa existía, Tres de Marzo, y por tanto ella también. Fue entonces cuando me buscó.

Su casa era pobre. Las alfombras y sofás dejaban ver peladuras y rotos, y los platos y cubiertos, restos de viejas vajillas, parecían querer negar la sugerencia misma de cualquier serie, sistema, quizá cualquier tradición. Por eso imagino que Soledad iba a El Sillón Volador no tanto a comprar antigüedades como a cambiarlas. Cuadros por sillones, espejos por alfombras, copas de vino por tenedores de plata vieja.

Los invitados, además, no éramos los previsibles de un anticuario. Como sucedía con la casa, éramos los invitados de una viajera. Una docena mal contada, aunque con varios idiomas, incluido el húngaro, que Soledad hablaba con un invitado pequeñito. Parecía un hombre-sonrisa, alguien hecho para abrirse sonriendo desde los ojos hasta la barbilla, y sólo hablaba húngaro. «Es que viví en Budapest», me dijo Soledad en explicación a medias, como solía. Al menos a mí no me decía, como a sus compañeras azafatas, que sólo sabía unas frases. Le agradecí esa confianza.

Mas no era esa mezcolanza de viajes lo que me llamó la atención

—algo habitual, al fin y al cabo, entre exploradores—, sino un cosmopolitismo mucho más refinado, que desde luego nunca había visto en Madrid y poco en otras partes: la mezcla de edades, un *tener mundo* de otra época. Allí nos encontrábamos una jovencita de Córdoba que parecía llegada esa misma tarde del Sáhara, prima al parecer de Soledad en su anterior vida de hija adoptada, una atractiva diplomática de Estambul con brillos en los ojos y el pelo y un jersey negro esculpiéndole los pechos —Gülay, ignoro si el que terminásemos nuestra conversación dos días después junto a una cama estaba previsto en el teatro que Soledad organizaba para su disfrute privado—, o el húngaro pequeñito: resultó ser un veterano concertista que había conocido a Vinkírovitz y, para contarnos cómo interpretaba a Rachmaninov, improvisó con facilidad en el piano de pared mientras tarareaba con entusiasmo la música de veinte o treinta violines. Sólo antes se hacían cosas así.

También estaban Pablo y otro par de mis alumnos, que me sonrieron desde lejos, un poco envarados ante la posibilidad, quién sabe, de tener que comer, reír o, en el caso de una chica que no paraba de asomarse a la ventana, como estudiando vías de escape, incluso bailar con un explorador de otra época. Pablo sí se acercó para ofrecerme un plato con una audaz combinación de maíz, gambas y un toque de sobrasada. Me contó que había dejado su trabajo de gorila. Y entre parpadeos de su ojo independiente me pareció más contento con uno que consistía en rebuscar viejas películas españolas, por encargo de un empresario de Amsterdam, para encontrar aquellas que se podían plagiar.

Llegado el momento, y por una puerta que no se veía, Soledad nos hizo subir a una azotea colgada en el aire como el aula 303, y desde la que se dominaba el corazón de Madrid: mar de tejas de pueblo, sombras de gatos y rumor de la ciudad que sube enredado con el de las televisiones y pitidos de los coches. Y allí, entre cuerdas con ropa puesta a secar en las terrazas vecinas, y en la suya macetas con geranios, cipreses y adelfas, lo único que resiste en verano el consomé azul de cielo hirviendo de Madrid, Soledad me lo comunicó:

—Me voy…

Tardaré en olvidarlo. Yo había intentado irme antes de la cena pero ella me había pedido que me quedara. Ahora se habían marchado los demás y nos encontrábamos solos en la terraza. Era la primera noche fresca del otoño. Ella se envolvía en un chal azul gris y, aun así, me pareció que tenía frío. Desde la terraza, Madrid se veía como un mar de luces y, aunque pocas ciudades son tan distintas entre sí, por un instante me recordó a Tres de Marzo. La noche democratiza las ciudades. El amanecer les devuelve las ojeras.

—Me voy a Tres de Marzo —dijo Soledad, y sonrió: seguía usando *Tres de Marzo*, en una especie de complicidad de lectora, incluso después de revelarle yo quién se escondía bajo el alias de esa ciudad secreta.

Se lo había contado mientras paseábamos la primera vez por el jardín botánico de la universidad. Nevaba algo, con ese estilo sobrio de Madrid en el que se pueden contar los copos. Nos habíamos detenido frente al estanque y ella me dijo:

—Yo vengo a su clase porque es el único sitio que conozco en el que se habla de Tres de Marzo —se calló como para coger fuerzas y luego pidió—: Quiero saber dónde está.

—En Colombia —le dije sin más vueltas—. Tres de Marzo es básicamente Bogotá.

Recuerdo que en ese momento miraba el agua y un fenómeno que no conocía me retuvo la vista en el estanque: un copo de nieve no había desaparecido al llegar a la superficie, como los demás, sino que navegaba sobre el agua pacífica entre los lotos y nenúfares. Para cuando comprendí que un pez rojo llevaba el copo de nieve en sus lomos como una carga, la sorpresa por la revelación, si la hubo, ya había desaparecido de los ojos de Soledad. Medio agachados por las esquinas, se encontraban muy lejos de allí, como a menudo sucede en los ojos de Tres de Marzo, México, China…

Cierre por fin del mundo

Me negué a aceptar los botellones, además, porque ya no tenía dónde ponerlos.

Dos o tres noches antes me había despertado en medio de la madrugada con la llegada del fin del mundo. Al menos del mío. Me quedé quieto en la cama, no sabía si por miedo o por haber muerto en una gran explosión.

Dos noches antes de esas dos noches antes, o sea, cuatro noches antes de la cena en casa de Soledad, me habían despertado unos crujidos que sólo podían ser de ladrones. Pensé en levantarme, coger una espada de un uniforme de diplomático de mi abuelo, la única arma disponible, y defender mi territorio, pues en la casa ya no quedaba casi nada de valor, como no fueran algunos cuadros y libros, innegociables en un mercado. Al fin opté por dejar que los ladrones se llevasen el chasco sin mi ayuda, y seguí durmiendo. Dos noches después, al bajar las escaleras, comprendí que el estruendo que yo temía hubiese sido una bomba se debía al hundimiento de la biblioteca del comedor, y que los ladrones que yo había pensado derrotar con la espada de mi abuelo no habían sido más que las estanterías crujiendo. Una especie de estertor de agonía de mi biblioteca que avisaba de algo.

Y no les había hecho caso porque mi tiempo no era en ese momento de libros. Un criado del productor de *Quién tiene la vez* había venido a ofrecerme dinero por la casa, una de las poquísimas, por lo visto, que le quedaban por comprar en la colonia.

—No está en venta.

—Todo está en venta —dijo el enviado. Había visto mucha

televisión y se la había creído.

—Esta casa no —dije como los héroes de esos mismos telefilmes.

Y así varias veces hasta que me dijo:

—Entonces tantos euros —aquí una cifra obscena, que he olvidado— si nos deja quitar los árboles y pintar la casa del color que nosotros queramos.

De modo que no era mi casa lo que querían. Sólo querían su fachada. Su aspecto. Pero su aspecto era también el mío. Yo era ese liquidámbar que me entusiasmaba los otoños, ese ciprés…, ese azul sobre blanco de mis ventanas que me había pasado tanto tiempo buscando…

Nunca se me ocurrió que quizá la caída de mi biblioteca tenía que ver con mi negativa a vender la casa, a talar mis árboles, ni siquiera repintar la fachada. No me dieron tiempo. Porque al día siguiente de esa visita se me notificó en el Instituto que mi asignatura salía del programa oficial de la carrera de Geografía y Exploración y pasaba a ser un curso libre en oferta. Y ya no se llamaría Geografías Imaginarias, palabras prestigiosas, en efecto, sino Ocio y Exploración: Cómo Sacarle Partido a las Vacaciones.

—Hay que ser prácticos —dijo el decano, satisfecho: antiguo ejecutivo de publicidad, era una de esas personas que se realizan repitiendo *hay que*—: Hay que sacar la exploración del gueto elitista de la universidad.

O sea que de la misma forma que ni me había acercado a mi despacho en El Polo para recoger mis cosas —sólo tenía recuerdos, al fin y al cabo, y los recuerdos pesan el doble—, tampoco me di el trabajo de recoger los libros esparcidos por el suelo y la mesa grande de las cenas de amigos. Soy de los que creen que todo significa algo aunque casi nunca sepamos qué, incluso el naufragio de unos libros en la noche, y además no me sentía con fuerzas para reconstruir una biblioteca, que es como nacer otra vez. Hice amago de recoger algún volumen pero me di cuenta de que el más ligero pesaba ya demasiado y los que me importaban de veras los llevaba escritos en la piel.

Además, uno de esos días me olvidé las llaves y no pude entrar en mi casa. Podía haber recurrido a mi asistenta o a un cerrajero pero tenía una curiosidad: llamé a Nieves, pues me parecía una buena excusa para saber si aún quería verme, y en efecto se apiadó de mí:

—Qué faena —y al cabo de unos segundos añadió—: ¿Y qué piensas hacer?

En efecto, no quería verme, y menos en su cama o tan siquiera el sofá de su apartamento.

Tampoco quise llamar a ningún amigo. Casi todos son exploradores y están fuera —soy de la última generación de exploradores que pudieron ejercer—, y los demás viven en casas ocupadas por sus matrimonios y eso encoge mucho la arquitectura. He observado además que la gente que parece libre, aunque sólo sea porque ha olvidado las llaves de su casa, molesta. También es cierto que me apetecía ir a un hotel y viajar en mi propia ciudad, que empezaba a no serlo.

El problema era cuál ciudad. Porque el centro de Madrid ya vivía en función de los guiris, los turistas, como cualquier Venecia, Barcelona, Cracovia o París, y el norte era desde siempre un pretencioso monumento al ángulo recto, construido por arquitectos domesticados para no distinguir la belleza. Que al tiempo su negocio de vender fealdad sea muy rentable es uno de los grandes misterios de nuestro tiempo. Así que me adentré por la plaza de Santa Ana y la calle Huertas, llenas de tabernas para sacarles el dinero a los turistas con aperitivos y tapas al precio de tópicos dorados, pero donde quizá podría encontrar algún hotel imprevisto.

Sucede que ya no quedan hoteles imprevistos, al menos en Madrid. Lo que en cambio no me esperaba era ver juntos a Pablo y Soledad, aunque por qué no, me dije mientras caminaba unos pasos más allá del bar donde los había visto. En efecto, no había razones. Aun así volví sobre mis pasos con sigilo, como si estuviese haciendo algo malo (lo hacía: espiaba a unos amigos), y entonces, camuflado entre el humo y las risas de los bares donde la gente es feliz, pude ver que Sol parecía una estudiante más, en vísperas de su viaje, y que

no estaban solos: junto a ellos —tapada por Soledad y por eso antes no la había visto— se encontraba la muchacha que unos días antes, en la cena, parecía buscar en la ventana vías de escape. Ahí en el bar tenía la mirada embebida, lejos, estupefacta, y Soledad le hablaba, igual que Pablo, aunque desde donde yo estaba no se distinguía si le hablaba a la chica o a Soledad. También él parecía querer ayudarla, mas la chica se resistía: de pronto hizo un mohín, arrugó la cara y comenzó a llorar, sin dar el espectáculo pero con angustia, se veía. Aunque los otros clientes del bar parecían demasiado felices para darse cuenta, a mí me impresionó. Me marché de allí: nunca se me ocurre que mis alumnos se emborrachen, sobre todo por culpa del tedio, y —soy un iluso— el oficio de estudiante me parece inmejorable, lo contrario mismo del tedio.

¿Y por qué no?, volví a preguntarme mientras me abría paso por entre gente, voces, televisiones y músicas que salían de los locales. Qué otra cosa tienen: ¿rebuscar viejas películas plagiables? ¿Meter y sacar de un carrito bandejas con macarrones de plástico? Me registré en cualquier hotel y una vez en mi habitación encendí el televisor, un recurso decisivo para sentirse extranjero.

A lo que no me resigno es a que ésa sea mi última imagen de Soledad. Consolando a una amiga en un bar lleno de gente ruidosa.

Lo que tampoco podía imaginar es que, en mi televisión de extranjero, iba a ver a Nieves como estrella invitada en *Quién tiene la vez*. Me negué a faltarme a mí mismo al respeto sospechando, tras múltiples detalles que de pronto veía en fila, si su regreso de Londres no habría sido una treta para persuadirme de venderle la casa al productor. Ver a Nieves en un salón que tenía un sofá como el mío pero parecía al otro lado del mundo, siendo así que en ese salón estaba de visita medio Madrid, me hizo comprender que el del otro lado del mundo era yo.

El criado del productor tenía razón: todo tiene un precio. Incluso mi casa. Incluso mis árboles. Incluso mi fachada blanca y azul. Nada me retenía.

Así que vendí la casa a puerta cerrada —salvo los libros, que mandé a una cárcel— cuando comprendí que ese dinero, multiplicado hasta una cifra increíble por el negocio de los traficantes de pisos, una vez descontada la sentencia que me sometía a un banco, podía ponerlo a interés, como un banquero cualquiera, y pasarme el resto de mi vida viajando. No sabía muy bien por dónde, pues antes de partir el mundo siempre parece más, mucho más pequeño de lo que es, pero la idea de partir, partir de nuevo, era más fuerte que cualquier otra cosa.

No hay llegada, sabía ya para entonces. Sólo el viaje nos devuelve lo que somos y de dónde, y ello no tiene nada que ver con las patrias y sus negocios e himnos compuestos para disfrazar la soledad de haber sido abandonados a nuestra suerte en medio de un cerco invencible de estrellas, y en un mundo muy pequeñito como para que encima andemos parcelándolo. En mi caso tiene que ver con una luna sobre un barco en un puerto, algunos idiomas, ciertos libros, unos peces voladores, el mundo que se va desnudando mientras nos acercamos al desierto… Lo que nos recuerda lo que somos: viaje. De ahí al menos soy yo.

Los ausentes y las balas

No me chocó que me asaltaran al salir del aeropuerto de Bogotá, pues en todos se roba a los turistas. Con dedos finos en San Francisco o Múnich, directo en las cintas de equipaje, como en Milán, o con los taxis de la puerta usados como escopeta recortada por ciertos gángsters especializados en tráfico, como en Madrid. El método más habitual es la lista de precios en la cafetería. Y en el aeropuerto de El Dorado, en Bogotá, ya me habían robado en cierta ocasión un cuadro, en la aduana. Así que lo que me sorprendió esta vez, en el trayecto hacia el parqueadero de los taxis, no fue que mis atracadores me amenazasen con piedras, sino que el jefe se pareciese a Patricio.

—Quiubo hermano, qué más —me dijo—. Cómo le fue por las Europas —aunque esa amabilidad desapareció al no encontrar en mi cartera más que unos cuantos miles de pesos para el taxi—: Deme billete, malparido —ordenó. Eran ladrones rápidos y de medio pelo, los más peligrosos.

—No tengo —tuve que reconocer, aunque sabía que eso me podía costar el cráneo.

—Entonces deme sus zapatos, huevón, y su chompa —y como seguí mirándole mientras me descalzaba y le entregaba mi chaqueta, hizo un amago de darme con la piedra—. Qué me mira, jueputa. Lo estoy viendo. Me he quedado con su jeta. Como vaya a los tiras lo quiebro.

Pero yo no pensaba perder el tiempo denunciándolo. Me daba por servido si salía de ahí sin sangre y, por alguna misteriosa razón, lo que de verdad me tenía impresionado era lo que se parecía ese

hombre a Patricio. Un espejismo provocado por la altura, quizá. Patricio era el hombre que, en Madrid, me traía frutas a casa. Un tipo amable, con el acento cantarín de la sierra de Quito. La última vez que lo vi, a Patricio se le quebraba la voz de pura angustia y se sujetaba los ojos con el pulgar y el índice. El camión de quinta mano con el que su mujer llevaba papa desde los Andes al Pacífico y banano de regreso, que había costado los veintiséis mil dólares de tres años de trabajo, lejos de la familia, «el camión de mis hijos», tenía un rayón en el motor y era sospechoso de ser robado. La policía quiteña se lo había secuestrado y ahora policía, juez y abogado exigían cada uno su rescate.

Pensé que quien le había vendido el camión robado debía de tener la cara del tipo que me amenazaba con una piedra y borraba los diez mil kilómetros entre Madrid y Bogotá. Y quizá el policía también, y el juez, y el abogado. Clones con la única diferencia de la bondad en los ojos de Patricio.

En la avenida de Chile y en la Caracas, por donde se llega al norte de Bogotá desde el aeropuerto, sujetos con la boca tapada con pañuelos quemaban neumáticos y pintaban con humo negro el cielo gris, y se iban por oleadas contra la policía, a la que arrojaban botellas en llamas que reventaban en el suelo creando rapidísimas culebras rojas de fuego. Por la calle rodaban cientos de bolas de acero que jugaban al billar con tachuelas puntiagudas como de tres centímetros para romper las ruedas de los carros. En el avión había leído algo sobre disturbios en Bogotá, pero los disturbios son ahí una tradición, como en Roma lo es arrojar muebles por la ventana en Nochevieja, y además desconfío de los periódicos cuando hablan de Colombia. Casi nunca entienden nada. Menos aún que yo. Y menos aún cuando hablan de Bogotá, la más secreta de las ciudades.

Pero en efecto no era fácil acceder a los barrios del norte, la zona donde me proponía comenzar mi búsqueda de Soledad. El norte, al menos, lo conocía. El sur de Bogotá me inspiraba tanto miedo como Lagos, o Río de Janeiro, o Moscú.

—Hasta aquí llegamos, míster.

—¿Qué sucede?

El hombre me miró impasible por el espejo del taxi.

—Lo de siempre.

—Y qué es lo de siempre —insistí.

Me volvió a mirar.

—¿No lee los periódicos? —el hombre vacilaba en cómo tratarme, pues no le parecía un nativo pero tampoco un extranjero como los demás. Antes de subir a su taxi había sacado otros zapatos de una maleta que si no me robaron fue, supongo, porque no querían encartarse con un bulto. Las tarjetas de crédito las llevaba bajo la ropa.

—No, no mucho.

—Pues pasa —y pareció animarse un poco— que el pueblo se ha bajado de los cerros y ha subido del llano y al fin van a tumbar a este Gobierno de oligarcas.

La vieja retórica me hizo sonreír: en Bogotá hasta los taxistas hablan como tribunos.

Pero de momento el pueblo no parecía avanzar mucho. En el tiempo que llevábamos ahí, de trancón, los encapuchados habían hecho retroceder a la policía avenida de Chile arriba, hasta la iglesia de la Porciúncula, y ahora la policía les hacía bajar utilizando pequeñas tanquetas de guerra. Contra botellas en llamas y bolas de acero, balas de goma y botes de humo que llegaron hasta el taxi. El chófer subió su ventanilla.

—Yo si quiere lo llevo —me dijo después de pensárselo—. Pero eso le va a costar plata —y dijo *plata* como si fuese de la pesadota que salía de las minas en las espaldas de los indios.

Lo cual, como casi todo desde que había decidido ir a Bogotá en busca de Soledad, tuvo el efecto de recordármela.

—¿Qué es eso tan bonito que llevas? —le pregunté una vez, en uno de nuestros paseos. Hacía frío, los prados del campus estaban grises por la helada, y al levantarse las solapas para abrigarse se le

veía un broche cuadrado de plata que parecía más bien hecho para colgante. Muy de ella, lo llevaba oculto.

—Es un collar de Jaisalmer, en el Rajastán —me dijo—. Lo ganaba el hombre que mataba su primer tigre con una lanza sin ir a lomos de elefante.

Y en efecto, en el broche cuadrado se veían dos almendras, entre pequeñas hojas, que parecían los ojos indiferentes y crueles de un tigre. Había que esforzarse para verlos pues al principio parecían un diseño abstracto, musulmán. Comprendí que también en el norte de la India existía el tigre de hoja, un felino verde y marrón pálido, tímido como una pantera, que se camufla entre las hojas y que fue entrevisto por la última exploración de El Polo digna de tal nombre, pero cuya existencia, borrosa como la del leopardo de las nieves que vive o vivió en el Himalaya, nunca consiguieron probar. Ahí se acabó la carrera de esos jóvenes exploradores, que prometían mucho. Al viajero que no trae fotografías sino dibujos se le considera un novelista, y entonces más vale que se dedique al cine.

Le conté la historia a Sol y le advertí que lo que llevaba oculto por la solapa era la prueba de que una leyenda no era tal. Pero lo que quería era seguir cerca de su broche. Y de ella. Y no era tanto la proximidad de la *mujer*, aunque fuera muy consciente de la pelusilla de su nuca o de que sus pequeños pechos firmes habían estado a centímetros de mi mano mientras sujetaba la solapa de suave paño *beige* para verle los ojos al tigre. Era más bien la cercanía de la juventud —podía sentir su tibieza—, una juventud ya llena de historias, y de la libertad que se desprendía como un aura de su vida de nómada. Como yo también estaba lleno de historias, de viajes, quizás quería que se me contagiara un poco… Notaba, además, su perfume. Algo muy ligero y aéreo, más una sospecha que un olor, algo que parecía hecho para ella. Creo que fue la primera vez que reparé en él.

Claro que me pregunto todo el tiempo si ese perfume de Soledad que parece esencia de aire libre habrá tenido que ver con lo

que le haya ocurrido, en esta ciudad que huele a gasolina sin refinar, como Moscú. El perfume, o uno de sus broches —fue entonces cuando me contó la historia de la media y el broche veneciano en el muslo, que tuve que imaginar—, o la silueta de sus pechos bajo jerseys de lana y seda.

Aquí nadie va por la calle con broches. Las mujeres se tapan para no mostrar, más que formas, brillos. Van vestidas un poco de viejo, un traje de campaña adecuado para la guerra que sitia la ciudad y también la penetra: nunca se sabe en qué momento un quintacolumnista te puede arrebatar el reloj o arrancar un arete y media oreja con él. Al entrar en las casas, en los edificios protegidos con guardias armados, las mujeres se quitan chándals y gabardinas y entonces aparecen vestidas como dicen que se viste la gente en París y Berlín y ya no se viste: sólo en las novelas de época, sólo para películas y anuncios. Es curioso porque cuando se visten como en Miami lo hacen con realismo. Y cuando bailan —ahora se ha vuelto a bailar mucho, y con la ventaja de que las pistas no están abarrotadas—, entonces les vuelven a brillar las joyas y las sonrisas. Pero ahí da igual cómo se vistan porque

> AL BAILAR LO ÚNICO QUE IMPORTA ES CÓMO SE QUIEBRA LA CADERA Y CÓMO TRANSMITES ESE QUIEBRO A LA MANO DEL HOMBRE AHÍ APOYADA —le contesté a Soledad con nostalgia cuando me escribió uno de sus correos desde Bogotá. Me hablaba de su entusiasmo al descubrir el baile, y también de su temor por no estar a la altura—. PARECE QUE ES EL HOMBRE EL QUE TE LLEVA —le dije—, PERO ERES TÚ LA QUE LE TRANSMITES CON TU CINTURA BAJO SU MANO CÓMO QUIERES QUE TE LLEVE. TAN PRONTO BAILES BIEN SERÁS UNA DE ELLOS.

Entre otras cosas porque, con la guerra, la mitad de Bogotá ha partido hacia el exilio. Es fácil escuchar acentos bogotanos, costeños o paisas allí donde vayas por el mundo, pero donde uno se da cuenta de la dimensión del éxodo es en Bogotá. Se diría que la ciudad-tren

que en su día fue famosa por sus atascos, sus rumbas de tres orquestas, sus gentíos vitoreando líderes o sus muchedumbres incendiarias, sobrevive más bien —típico de las ciudades en guerra— en un largo domingo. Parece Bruselas. Sólo de cuando en cuando se escuchan secos tiros de pistola, toses de ametralladoras pequeñas y, cuando parece que ya no, una gran explosión: coches bomba. Pero todo integrado en una especie de normalidad. Espeso o rantifuso, el tráfico fluye. Los señores se aflojan la corbata al regresar del trabajo y pensando en un *whisky* con soda, y en la puerta de los colegios bilingües y utópicos —el alemán, el francés, el británico, el suizo…—, las mamás que todavía no se han ido de la ciudad recogen a sus niños al volante de coches engordados con fajas de acero bajo la carrocería. Alguna vez se escucha una moto que baja de volumen en segundos: es posible que sea un sicario huyendo después de haber asesinado a alguien por encargo.

Por lo demás hay fiestas, restaurantes, enamoramientos, estafas, cines, perfumerías y cohetes voladores en Navidad, cuando la pólvora de las fiestas se confunde a veces con la de la guerra. ¡Ah!, y cuando grupos de enemigos con uniformes irregulares consiguen cercar algunos barrios y hasta partir la ciudad de vez en cuando: no es difícil, pues la ciudad se alarga como un río en las faldas de la cordillera. Entonces CAOS, como titulan invariablemente los venerables periódicos de toda la vida. No usarían otro lenguaje en caso de gran socavón en la carrera Séptima, inundaciones en La Candelaria, crónicas de matrimonios de sociedad que parecen el mismo repetido una y otra vez de siglo en siglo, los mismos apellidos, las mismas iglesias…, o toque de queda para atajar los disturbios que suelen seguir a las elecciones o a las derrotas del fútbol. También a las victorias. Y además, los tipos que se toman la ciudad no la quieren realmente. Es mucho mejor negocio el cerco, la droga, la amenaza, los secuestros.

O sea que todo parecería normal de no ser por los ausentes y las balas. En mi caso, la ausencia de Soledad. Es lo que me hizo venir a buscarla.

El nombre es lo de menos

Yo me entusiasmaba con la emoción de comenzar un largo viaje sin fin a la vista y el cielo cambiante de París, donde estrenan un drama nuevo todos los días, cuando sonreí con el primer correo electrónico de Soledad.

> ¿POR QUÉ NADIE ME HABÍA DICHO QUE ESTO ERA ASÍ? LLEGAMOS MUY TEMPRANO, DESPUÉS DE AMANECER EN CARACAS, Y LA SABANA DE BOGOTÁ ME PARECIÓ UNO DE LOS MÁS BELLOS VALLES DE LA TIERRA, Y ESO QUE YO HE VISTO MUCHOS.
>
> Y AUNQUE ALGUNOS PILOTOS Y AZAFATAS DICEN QUE ES UN EFECTO CONOCIDO DEL JET-LAG DESPUÉS DE CRUZAR EL ATLÁNTICO, YO YA SOY INMUNE AL JET-LAG. CREO QUE ES LA LUZ, LA LUZ DE LOS ANDES, QUE COMO EN LA PAZ, USTED ME LO EXPLICÓ, CAMBIA LAS COSAS… PERO NO ME DIJO DE QUÉ MODO. YO CREO QUE MUESTRA SU LADO SAGRADO…

El siguiente correo lo recibí en Casablanca, mientras admiraba desde la terraza de mi hotel en La Corniche los efectos de mil futbolistas o más jugando en la playa enredados en los rayos de un atardecer de invierno sobre el océano. En su correo Soledad contaba que había visto a un taxista pateando en la cara a un joven bien vestido tumbado en el suelo y quiso imaginar, pese a la impresión, que eso podía suceder en cualquier parte (aunque nunca lo había visto). Dos días después, desde el interior de un *jeep* alto, vio justo delante de ella cómo un coche era detenido por otros dos de los que se bajaron hombres con corbata y metralleta.

MI ACOMPAÑANTE METIÓ LA PRIMERA Y SALIÓ CORRIENDO DE ALLÍ. Y CUANDO UNAS CUADRAS DESPUÉS —ya usaba palabras bogotanas— LE PREGUNTÉ QUÉ HABÍA OCURRIDO, ME CONTÓ QUE ERA UN «INCIDENTE DE TRÁFICO». EL COCHE AL QUE LUEGO CERRARON SE LE HABÍA ATRAVESADO A OTRO, SIN VER QUE IBA ESCOLTADO POR OTROS DOS COCHES CON HOMBRES ARMADOS.

—¿Y AHORA QUÉ PASARÁ? —LE PREGUNTÉ A MI ACOMPAÑANTE.

—… PUES AHORA LO ESTARÁN HUMILLANDO —ME DIJO SIN NINGUNA ALARMA.

ESE «LO ESTARÁN HUMILLANDO» —seguía Soledad— NO ME DEJA DORMIR.

A mí tampoco. Pero no por los tópicos sobre la violencia que llegan en tromba tan pronto se menciona a Bogotá, una ciudad hoy no más peligrosa que Caracas, México, El Cairo o Ciudad del Cabo, y menos que Los Ángeles, Moscú, Buenos Aires, Lagos, Guatemala y otras muchas ciudades boqueando en la tuberculosis crónica de desigualdades prehistóricas que no tienen que ver con ideas políticas sino con la ferocidad. Además, no creo que a Sol la consiguiesen impresionar con la historia de cómo en los semáforos los ladrones arrojan una serpiente al interior de un coche, o una rata, para que la dueña salga corriendo de él y deje las llaves puestas (sucedió una vez, y la serpiente era una inofensiva culebra de tierra fría). Y no lo creo porque como azafata tuvo que visitar otras ciudades en guerra, aunque es verdad que los pilotos y azafatas se parecen a los diplomáticos y otros viajeros de lujo: los trasladan en burbujas con hilo musical a sus hoteles con televisión por cable que les sirven para estar lejos de allí, no haber llegado, y los malos olores los tienen que deducir desde las ventanas por los matices marrones de las nubes.

Pero yo me acordaba de que Soledad no acostumbra a practicar los rituales de las azafatas —mirar por la ventana, saltar sobre la cama, lavarse el pelo…—, y en cambio sale a escape, tras una ducha,

para investigar en viejas iglesias y descubrir callejones con encanto.

Que es justo lo que no hay en Bogotá. Allí quedan pocos callejones con encanto y en cambio muchos otros con gente que mira desde la esquina…

Pero en el norte sí, y allí la violencia es más oculta, se esconde, la disfrazan, pero no es menos real. La violencia de su familia, por ejemplo.

O de la que yo creía era su familia, y hacia la cual la había guiado.

Porque a estas alturas ya había pasado de la sospecha a la casi seguridad de que Sol es la hija que Marina Uría tuvo del piloto francés, Bernard Surville, muerto en accidente de aviación acrobática (Surville de Montzaigle, asesinado por haber dejado a una novia en el altar en Buenos Aires y tener la intención de hacer lo mismo en Tres de Marzo, según mi padre), y que los Uría escondieron en París, la finca de tierra fría de la familia, para que Marina pudiese casarse con su novio de toda la vida. La niña que entregaron en adopción a una pareja de diplomáticos españoles, «buenas personas». Las posibilidades eran escasas, entre todas las adopciones que se producían, tanto en tiempos de guerra como de armisticio, aunque con no menos huérfanos y abandonados. Parecía una historia de folletín que ningún escritor podría contar en una novela porque no le creerían. Peor: se reirían de él.

Jamás podría probar que Sol era esa niña, pero es una de esas cosas que *sé*. Se sabe que se sabe cuando al imaginar otra cosa suena falso: cuando *se sabe* que es falso. Y a mí me basta.

Por supuesto que dudé mucho en si decírselo, no sin asombro por cómo encajaban en el presente recuerdos viejos igual que habían encajado las sospechas de mi padre de que el piloto francés no era Surville sino Surville de Montzaigle y que había sido asesinado. Aunque nunca se hubiese podido probar nada. Ni se intentó.

A mí se me comenzó a completar el cuadro al contarme Soledad el episodio de cuando viajó a México a visitar a su amigo del colegio

y me dijo que los muchachos tragafuegos le parecían chinos, igual que Leandro y que Vasco de Gama. Al decirlo se giró para mirar como a otra parte, lejos, y entonces le vi la silueta de sus ojos, y ya no me pareció tanto que en ellos brillase una especie de alegría prima de la inteligencia. Era más bien una melancolía idéntica a la de tanta gente en Bogotá y en mis recuerdos. La misma con la que identifico a muchos asiáticos por el mundo, antes incluso de que hablen con acento de Bogotá, de Medellín, Valparaíso, Monterrey, Miami o Santa Cruz de la Sierra.

Y de pronto, por esa mirada, vi a Marina en el último curso de mi colegio, el Liceo Francés, cuando a mis trece años llegamos a vivir a Bogotá, la ciudad de mi madre. La vi con su pelo más liso que negro, o al revés, cortado como el de un paje, y con esas piernas que tenía alegres bajo la falda gris del uniforme, como con ganas de bailar.

pude —¿hay algo más misterioso que la memoria?— sobreponerla a Sol, Soledad…, incluso a Solange, como la llamaban en París. Sobreponerla como sólo se puede hacer entre padres e hijos. También podía sobreponer con gran facilidad al piloto que imaginaba era su padre, que volaba sin remedio porque era en realidad medio pájaro. Más aún: podía deducirle a él a través de su hija.

Pero… ¿decírselo? Cómo poner a alguien en la pista de quienes fueron sus padres, cuanto más que su verdadero padre murió en un accidente de avión, derribado como una codorniz en una cacería de señoritos, casi seguro que asesinado por el nuevo abuelo en complicidad con otro padre ofendido allá en Buenos Aires: él habría enviado al asesino.

Hasta ahí no me atreví a decírselo. Además, no sabía si Sol viajó a Bogotá en busca de Leandro porque se creía enamorada, o buscaba a su propia familia, que en su día se la cedió a unos diplomáticos. Pero cuando pronto comprobó qué difícil es entrar de verdad en esa sociedad secreta —y eso que iba con dos o tres teléfonos de viejos amigos míos del colegio—, y cuando me escribió:

no tuve estómago para negarme. Le dije que tenía «un pálpito», eso escribí, y le sugerí que quizá podía empezar por los Uría: Gonzalo Uría y Teresa Velasco, de dos de las familias que hasta no hace tanto gobernaban en efecto el país: políticos, banqueros, golfistas, hacendados, tribunos, equitadores, campeones de *bridge*… Imposible no encontrarlos: desde hace décadas tienen titulares garantizados en los periódicos y televisiones, igual que ciertas familias de Sevilla o de Barcelona tenían bancos reservados con su nombre en las iglesias. Le dije la calle y le describí la casa.

Luego ya no volví a saber de ella. No le di importancia, pues yo mismo desaparezco a veces en busca de aire, pero pronto se me hizo evidente mi temeridad. Al fin y al cabo Sol estaba en Bogotá, y lidiando con el viejo Uría, si seguía vivo…

O sea que un día en que no vi pero alcancé a escuchar los disparos de un tiroteo con terroristas en Venecia le envié un correo, y un par de semanas después otro desde Casablanca, adonde había regresado tras otra historia que no cabe en ésta.

No contestó y comenzó a entrarme algo. Llamé a los amigos cuyos teléfonos le había dado y me dijeron que no, nadie les había llamado de mi parte. Le escribí a Pablo y me contestó que si yo sabía algo de Soledad por favor se lo hiciese saber. Incluso a través del ordenador alcancé a percibir su desesperación, no sé si por la lejanía de Soledad o por seguir viviendo de buscar viejas películas plagiables. Acaso por ambas cosas.

Por eso he venido. A lo mejor esto es lo que quise conjurar cuando en mis novelas cambié el nombre, Bogotá por Tres de Marzo, sin saber que el nombre es lo de menos: uno termina cumpliendo lo que está escrito, aunque parezca una novela.

Quiubo

Y sí, el viejo Uría sigue vivo, sólo que fugado. En Panamá, creo, o en las Bermudas. Y no por la guerra, o no de forma directa. Se vio envuelto en una gran estafa, sin calcular que el gran número de sus perjudicados era ya electoral, y pese a toda su influencia se vio obligado a huir para no correr la misma suerte de cárcel que varios subordinados suyos, de nombre sonoro, golf el domingo y corbatas de seda gruesa. Además, la familia se arruinó o lo fingió para que no les pudieran embargar. Como la guerra había hecho peligroso ir a París, la finca se la quedó un tipo que según se dice —aunque esas cosas ya no le extrañan a nadie— no parece tener miedo de que lo vayan a secuestrar y ha mandado instalar fuentes doradas con música y ángeles y ángelas, pues tienen sexo, entre los urapanes y eucaliptos centenarios de la entrada. Teresa Velasco, la madre, dejó al parecer a su marido y, en una finquita por los lados de Fusagasugá, dedica sus esfuerzos a hacer proselitismo de una secta en los pueblos de la zona.

En cuanto a Marina —y daría cualquier cosa por averiguar si Soledad consiguió saber al fin de quién era hija—, su historia me abruma, aunque todavía no he desarmado muy bien el porqué. Había retrasado mi visita a su casa porque para llegar a ella había que pasar frente a la que fue nuestra y ahora es una academia, una fundación…, una de esas actividades misteriosas que se instalan en las viejas casonas para que se les pegue cierta antigüedad y a las casas no se les vean los fantasmas. Pero al verla de nuevo varios de mis fantasmas me salieron al paso, como me temía, y mantenerlos a raya me costó no poco esfuerzo.

Y cuando busqué la casa de los Uría, no la encontré. También aquí, y envalentonados por la guerra, que les suministra las coartadas, se han hecho fuertes las bandas de traficantes de ladrillos, ladrones de aire libre y de jardines, y en no más de treinta años han convertido una de las ciudades más armónicas del mundo, y por muchos huecos que hubiese siempre en las calles, en la típica amalgama de casas luchando contra el ahogo, ya sentenciadas, y edificios clonados de ladrillo visto y grandes ventanales, la lenta invasión del *tres dormitorios y salón-comedor* que poco a poco, está escrito, ocupará el mundo. Claro que esta epidemia afecta sólo a la ciudad oficial. En la ciudad oculta que rodea a la oficial, y donde no hay calles ni farolas aunque sí muchas televisiones, la gente se moría entonces de falta de futuro y de tristeza, y se sigue muriendo.

Uno de los edificios-clon se había tragado la casa de Marina. Reconocí el sitio porque en la entrada sobrevivía el enorme sietecueros cuyos rojos volvía a admirar, no sin cierta melancolía, cuando alguien me saludó:

—¡Quiubo! ¡Cómo le va!

Era una mujer más o menos de mis años, con cuerpo disciplinado en el gimnasio y bastante maquillaje, que me usteaba de ese modo tan peculiar bogotano, como signo de confianza, desde la ventanilla de un carro saliendo del edificio, y al mirarme parecía preguntarse si no se había equivocado.

—¿Usted no estaba en el Liceo Francés, hace años?

Le dije que sí.

—Ya ha visto que lo he reconocido: usted pasaba por aquí mientras yo estaba esperando el bus, ¿no?… ¿No se dedicaba a la geografía, la antropología o algo así? ¿Y no estaba en Europa? ¿Ha vuelto para quedarse?

—… ¿Marina? —pregunté, me parecía que era ella—. ¿Marina Uría?

Lo era. En el par de minutos que pudimos hablar, antes de que otro coche pidiese paso, alcancé a enterarme de que vivía en ese edificio, en el *penthouse* cedido por la constructora a cambio de la casa, y que se había casado tres veces y tenía un par de niños, «ya

grandes», me dijo antes de girarse hacia el carro de atrás: «¡Yaa, carajo! ¡Deje la pitadera que ya me voy!». Y metiendo la primera se volvió hacia mí: «Me encantó verlo. Llámeme un día y conversamos», me dijo con esa mirada de coqueta desesperación de ciertas mujeres que han cruzado una línea. Años atrás ni hubiese reparado en mí, ser inferior de dos o tres cursos por debajo del suyo. «Tres», le hubiese querido decir. «Cuatro uniones y tres hijos, y uno de ellos una muchacha extraordinaria que le recuerda a uno, con su sola presencia, que le recuerda a uno…».

Pero no lo hice, claro. No me parecía que esa mujer a quien a simple vista se le podía ver hasta el último capítulo de su historia —tedio, divorcios, algo de trago, golf, gimnasios y dietas medio místicas, plata y preocupación por la plata—, no me parecía que esa mujer hubiese podido descubrir hacía poco que tenía una hija como Sol. Se le hubiese notado. Hasta la banalidad tiene unos límites.

De todas formas el encuentro con Marina me dio la pista. Hice algunas llamadas, recuperé viejas amistades y, lo que es muy fácil pues la gente está cercada y sola en Bogotá y es muy hospitalaria, como en todo el continente, me hice invitar a un par de fiestas, que se siguen haciendo pero ahora son secretas a causa de la guerra y la lluvia, el rencor y los secuestros. Y en efecto, en uno de esos almuerzos típicos en una de las fincas de la Sabana —ajiaco y *whisky*, ruanas, suéters de cachemir y chimeneas con olor a eucaliptus—, un domingo de no mucho después alguien me supo decir quién era Leandro.

—¡Claro, ya sé de quién me habla: tiene que ser Leandro Jaramillo! —me dijo una muchacha exiliada en Boston que había vuelto a Bogotá de vacaciones.

Era el caso de la mitad de la fiesta, incluida la dueña de la finca —Entreverdes, una de las haciendas históricas de la Sabana de Bogotá—, que según me había explicado ya no podían ir a dormir a la finca, a pocos kilómetros de Bogotá, por temor a los secuestros. Sólo podían ir a mediodía, los fines de semana, y con dos chóferes

por carro y una perrera con media docena de animales que parecían tigres oscuros.

Algo había cambiado con los años: las conversaciones incluían muchas referencias al mundo exterior, Estados Unidos y Europa, pero si antes eran las de una clase inconsciente, como todas las clases altas, gastándose la plata en universidades, viajes y tiendas caras, ahora eran los comentarios un poco más tímidos de gente que había tenido que salir al exilio, acosada por el secuestro como impuesto revolucionario del hampa, a enterarse de lo que supone no tener un permiso de trabajo y que un apellido que antes abría bancos y hasta presidencias de la República ahora no pueda abrir ni la puerta de una cocina.

No así Leandro Jaramillo, por lo que me contaron. Sus padres habían muerto en un accidente en los Alpes hacía unos diez años —iban en el teleférico de esquiadores que se cayó en Courchevel, la noticia salió en los periódicos—, y él se estaba fundiendo la fortuna familiar viajando por el mundo.

—Pero eso no es nuevo —comenté. Petaquearse fortunas viajando a lo grande ha sido siempre una tradición continental desde Alaska a Tierra de Fuego. Los ricos, me explicó alguien una vez, fueron los primeros que empezaron con el cuento de la búsqueda de la identidad.

—En su caso sí es nuevo —me dijeron—. El viaja… haciendo teatro.

Y me contaron que, en cada viaje, Leandro adopta una nueva personalidad y estudia para ver qué funciona mejor con la gente que se va encontrando, a ser posible mujeres pero no sólo. Puede disfrazarse de campeón de tenis, guitarrista (toca muy bien), antropólogo filoguerrillero, banquero de éxito, huérfano rico pero triste…

No olvidaré ese almuerzo, creo, pues en él me alcanzó una de las tres o cuatro revelaciones que nos están reservadas. Ahí sentado, mientras se desencadenaba de golpe la tormenta de la tarde en la Sabana, rodeado de gente que se vestía como en Escocia pero estaba en un valle de los Andes a tres mil metros de altura, sentí con

claridad de epifanía que el tiempo no pasa y si pasa vuelve al mismo sitio.

Gracias al puñado de años que pasé en Bogotá, remotos pero nítidos a causa de la luz de los Andes, que no escribe en la memoria sino que se graba, podía imaginarme muy bien a Leandro, a pesar de todos sus disfraces o precisamente por ellos. Pero lo que sobre todo podía imaginar eran los tres días que pasó en Londres con Sol.

Ella ya me había hablado de la lluvia de Londres, o por lo menos las *duchas* obligatorias, de la visita al parque y al British, y de las veladas en los *pubs*, escuchando los relatos de Leandro sobre el aeropuerto vacío de Santa Cruz de la Sierra o la vez en que un avión cambió de manos en una timba de póker en Kiev. Pero ¿y él?

Erotismo y sinceridad

En ese salón de una finca colonial de la Sabana, que con sus criados de chaquetilla a rayas, tapetes persas, marcos de plata y mesas de alas parecía querer estar en Cornwall, pude comprender que Leandro había visto en Soledad una suerte de atajo a la tierra prometida de la que de una forma confusa se sentía expulsado. El edén hacia el que dirigía una melancólica nostalgia y que tanto él como otros muchos bogotanos, costeños y paisas, y quiteños, porteños y chilangos de México, la ciudad infinita, andan buscando por el mundo. Con su espontaneidad, su afición a mezclar pasajeros como si fuesen el tomate y el aceite del gazpacho y su experiencia en nubes y distancias, Sol era, incluso por su nombre, una forma rápida de llegar a todos esos lugares a los que sin duda pertenecía como ser humano, y a los que unos guardias se atribuían, en nombre de unas pocas pero prestigiosas supersticiones sobre fronteras imaginarias en la Tierra, el poder de impedirle entrar.

Me lo imagino. Como buen exiliado, mejor aún que como actor, seguro que Leandro dominaba el arte de ser de todas partes. En los *pubs* de Bloomsbury contaría con humor y en voz baja historias épicas pero para quitarles hierro, que es la primera norma de la cocina británica. Si en el aeropuerto de Viru Viru, de Santa Cruz de la Sierra, no había visto ni a pasajeros ni a policías, como le contó a Soledad, era con toda probabilidad porque sabía moverse sigiloso como un andino, que no se sienten llegar. Y es posible que él no participase en la apuesta del avión, en la timba de póker durante la nevada de Kiev —qué se hace cuando uno se ha ganado al póker un avión: ¿ponerlo en el jardín? ¿Ir a la playa con él?—, pero me jugaría

algo a que sabría aparentar *fulls* de ases y reinas como un gángster en la trasera de un burdel moscovita, y que de esa lenta partida mientras el mundo sucumbía bajo la nieve no salió perdiendo.

Y allí en Entreverdes, una finca con los cotidianos relámpagos de fin del mundo en las ventanas y crujidos en las maderas del suelo, rodeado de delicadas bogotanas de las que con un ligero quiebro de la cintura en la cumbiamba son capaces de transmitirle elocuentes discursos a la mano del hombre, me permití imaginar al fin aquellos tres días en Londres, condensados en una hora. Seguro que Leandro suspendió uno de sus relatos en el momento culminante, cuando Sol no se lo esperaba, y entre una coma y un punto y seguido se inclinó como un maestro del cuento para besarla en los labios. Para su sorpresa los encontraría más bien inocentes. Sin creérselo casi, imagino que sintió la mano de Sol en la nuca, luego la dureza de su pecho bajo el jersey de seda y lana delgada, y más tarde el corazón latiéndole en el pezón en el centro de la mano cuando llegase hasta él sin pasar la aduana de recelo que ponen las mujeres con experiencia.

Apostaría a que él le acarició una rodilla, colocó una mano en el borde de su falda y remontó el muslo por dentro, y cuando su mano sintió ya cerca el volcán, ella le frenó, pero no por pudor sino para que aquello no terminase como en todas las películas, que filman las escenas de amor según plantillas de eficacia probada con el público y porque sale más barato.

Ahí comenzaría, quiero creer, lo distinto: Leandro vio entonces a una mujer desvistiéndose para hacer una pausa en la combinación de falda y luego quedar desnuda, tras haberse quitado las medias y la pequeña máscara de Venecia enganchada en una de ellas. Sol era una joven delgada y muy blanca, descubriría Leandro, no muy distinta de otras mil en otras mil playas y habitaciones de hotel —las diferencias son de milímetros—, pero con algo que también ahí, en su desnudez, se las arreglaba para diferenciarse. Comprendería entonces que lo suyo no era tanto cuestión de ropa, broches, peinados antiguos. Lo que la hacía diferente era que no había apartado la mirada de él, de sus ojos. Y no por estratagema de la que

abusa el cine. Nunca lo sabré pero me parece evidente que Sol no se prodigaba en camas, y cuando lo hacía era para dar y esperar algo más que sexo. Y era esa honradez fundamental, esa vida más allá de la cama, el hotel, el avión, las apariencias, lo que, sin saberlo siquiera, distraído por sus disfraces, Leandro había venido a buscar.

No logro comprender cómo Leandro se pudo recuperar de esa rarísima alianza de erotismo y sinceridad y desapareció, y ya nunca más Soledad volvió a saber de él. Supongo que por eso vino a verme, para que le hablase de Tres de Marzo a ver si entendía algo. Nunca terminé de explicarle que yo tampoco comprendía ese idioma secreto, hecho sobre todo de lo que no se dice.

Ya hubiese ido a Bogotá en busca de su familia original, o de Leandro, no los encontró. Al llegar Sol, Leandro volvía a no estar. De hecho, por lo que he podido saber, la última vez que se le vio fue hace un par de años, para uno de esos matrimonios dinásticos que luego salen contados en el periódico con las frases hechas de siempre, como si no ocurriese nada y la guerra fuese en otra parte. Luego se volvió a marchar, en el rol de quién sabe quién, a ver si conseguía convencer a alguien más de que él no era él. Tal vez se quería convencer a sí mismo.

Lo único concreto es que Leandro desapareció, algo por lo demás frecuente entre los amenazados de secuestro, y fue Sol la que quedó enganchada.

Ella creía que era amor. Yo quiero creer que en ese hombre cambiante ella creyó encontrar a quien podía comprender sus juegos, su ansiedad de ver siempre los muchos lados que tiene un minuto y sacarles elefantes a las nubes. También creo que a través de él alcanzó a ver que Tres de Marzo existía, Bogotá, sólida como un hombre tendido en una cama sobre las montañas a tres mil metros de altura, y que nada iba a ser lo mismo hasta que fuera allí a buscar lo que le faltaba. No una patria, claro, después de tanto viaje es muy difícil creer en cuentos para quitar el miedo en las casas vacías. Creo que buscaba saber cómo había comenzado su viaje y por qué la habían devuelto, nada más nacer, como una compra defectuosa. Resolver la duda —y me conmueve cuando lo pienso— de si su vida

era suya o prestada.

Por supuesto que acudí a la policía, pero en un país en guerra eso es como intentar llamar la atención de un tanque para que respete un prado. Sólo en Bogotá desaparecen en un día más personas que en un mes en Estocolmo, Helsinki y Copenhague juntas, aunque menos que en Buenos Aires o Los Angeles, y huyendo de la guerra llegan más refugiados que los que llegaban a Hong Kong en un mes. «Y además ¿no me dice, doctor, que no es de aquí?», me preguntó un muy educado inspector, desbordado por el cansancio, las colillas en su cenicero y el ruido: hace un año les explotó un coche bomba frente a la comisaría y él sobrevivió, pero medio sordo.

Antes lo había intentado con algún que otro bogotano de los que repiten apellidos en los periódicos, pero como me temía todos sacaban a relucir una amable sonrisa tan pronto les mencionaba los supuestos apellidos de Sol. «¡Ah!», se agarraban al clavo ardiendo del *Surville*: «O sea que es francesa», lo que en la teología medieval de las patrias y el negocio de los pasaportes quiere decir «punto final».

Eso me dio la idea de acudir a la embajada de España, pero allí me dijeron que no estaba registrada y, pedida información a Madrid, tampoco constaba allí.

—Pero ¿es española? —me preguntó el cónsul, uno de esos diplomáticos que se las arreglan para viajar por el mundo sin que se les pegue nada. Ni el sol. Aunque la lluvia golpeaba con fuerza en las ventanas de su despacho, parecía que el cónsul estaba tomando una caña un domingo por la mañana en Tamarises, en Las Arenas, costa de Vizcaya. Jerseys azules anudados sobre camisas a rayas remangadas por debajo del codo, mucha gomina y chicas con vaqueros calados.

Sólo entonces caí en la cuenta de que no lo sabía.

—¿Importa mucho?

El cónsul apartó la mirada de la lluvia y la puso sobre mí como si dudase: o me estaba quedando con él o era gilipollas.

—Hombre, pues sí —dijo despacio.

—Sí, sí, es española. De Bilbao —me había acordado de la historia que me contó del viejo que no quería aterrizar en Bilbao. La del Guggenheim. Cuando conoció a Leandro.

Y aunque el cónsul tampoco pudo confirmar ese dato, me había dado otra idea. Acudí a las embajadas de Hungría, México, Setia, Francia, como me habían recomendado… Todos esos sitios que Soledad hubiese reclamado como patrias de sus múltiples mitades, todos, por cierto, lugares de lluvia como esos días en Bogotá. Y en todas ellas me dijeron poco más o menos lo que me habían dicho en la de España. Pruebas. Necesitaban pruebas. Si no, Soledad ya podía desaparecer.

—*On se taazafanau*? —me preguntó la consulesa de Setia, una mujer un poco más de carne que sus colegas (Seda es un país de gran tradición literaria y la gente es más humana)—. *Eups ráseta jodviaand*.

Pero en su compañía aérea, tras consultas, me recordaron con alivio que ella se había despedido; ya no estaba en la nómina, que según dónde es la única demostración aceptable de que alguien aún vive. (En el aeropuerto de El Dorado, adonde tuve que acudir, intentaron volver a robarme, pero el atracador debió de ver algo en mis ojos porque lo dejó estar). Esa misma condición de azafata la descalificó en la opinión de la directora de una oficina de protección a la mujer, a la que acudí ya sin saber a quién: no me lo dijo pero por sus silencios helados terminé por comprender que azafata era precisamente el tipo de mujer decorativa con el que empresas como la suya intentaban acabar. No iban a mover un dedo.

Fui a una de esas organizaciones internacionales que ayudan, pero un hombre rubio me miró con irritado fuego de justicia en sus ojos azules: «¿Usted se da cuenta de los problemas que tiene este país?», me preguntó.

Aunque se me ocurrió intentarlo con la gente del teatro, allí ni sabían quién podía ser Leandro, así, en abstracto: había pensado que quizá a través de él…

—Un tipo que imita pájaros con las manos —le dije al director de un «teatro pobre, teatro de combate», como lo habría llamado

Soledad. En la mirada del director vi que me sopesaba como posible personaje para una de esas obras de locos que les gusta representar a esos grupos: gente con los brazos levantados, gritando. *El hombre que imitaba a los pájaros…*

Y un día caminaba por el desconchado centro de Bogotá, allí donde la muchedumbre es espesa pero la guerra se ve más, sobre todo en los ojos de la gente, y de pronto me tuve que parar como frente a un hallazgo. Lo era. El cielo remendaba sus rotos grises tras la tormenta de primera hora de la tarde, los cerros parecían estar a punto de caer sobre la ciudad, como siempre, me seguía un perro mojado que me miraba como esperando algo, y la luz… La luz, al fin lo comprendía, esa luz trágica de Bogotá es la sugerencia de lo que hay al otro lado de la cordillera y, también, la de que algo ha llegado a su fin. El final de la historia. Nunca he sabido muy bien cuándo terminan las historias. Supongo que, más allá de nuestra voluntad y deseo, el final es cuando ya no hay más palabras sobre alguien. Cuando escuchamos un silencio insistente, ¿no? Qué más puedo decir.

PEDRO SORELA (1951-2018) Hijo de español y colombiana, vivió en varios países y tuvo familia directa en ocho. Dirigió el montaje de obras suyas de teatro, fue reportero de Cultura y columnista durante catorce años en el periódico El País, y en el momento de su muerte, impartía un curso de doctorado sobre las últimas tendencias de la escritura en la Universidad Complutense de Madrid. Aficionado al dibujo, viajó todo lo que pudo, convirtiendo el viaje en tema y en instrumento de su narración; buena parte de su escritura no sólo se inspiró en sus viajes, sino que partió de ellos. Es autor de las novelas *Quién crea la noche, El sol como disfraz, Ya verás, Viajes de Niebla, Trampas para estrellas, Aire de Mar en Gádor y Banderas de Agua*, entre otras; de los relatos *Ladrón de árboles, Cuentos invisibles, Historia de las despedidas y Lo que miran los vagos*, y de los libros de no ficción *Dibujando la tormenta. Faulkner, Borges, Stendhal, Shakespeare, Saint-Exupéry. Fundadores de la escritura moderna, La entrevista como seducción y El otro García Márquez. Los años difíciles*, ensayo escrito a partir de su tesis doctoral y primer estudio sistemático de la juventud del novelista como reportero. Escribió y dirigió *Lost Paradise: A Journey through Imaginary England* para la serie *A Vision from Abroad* de la BBC.

Notas

[1] «Mi bello amor, mi desgarro, / te llevo en mí como un pájaro herido» <<

[2] «Aguaveo, aguava, / bendita Santa Bárbara, / tú me das el rayo, / yo te doy el trueno, / no me mojes la nariz / que se puede volver hielo» <<

[3] «Lisboa, / mi Lisboa de amor y lejanía, / si me voy de ti, me seco, / paso y me hago viejo, / si me quedo florezco / y muero de neumonía». (*Traducción de Nélida Piñón*). <<

[4] «Cómo ser polaco, aunque sea un poquito», en *Cuentos invisibles* (Alfaguara). <<